MARTINA LEIVA

VECINO, ¿HACEMOS UNA APUESTA?



MARTINA LEIVA

VECINO,

¿HACEMOS UNA APUESTA?

Primera edición.

Vecino, ¿hacemos una apuesta?

©Martina Leiva

©junio, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Capítulo 1



Alicia

—Te he dicho que no, Andrés, no seas *pesadito*. —Qué hombre más coñazo. Cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no paraba hasta conseguirlo.

—Anda, mi *reinita*, no me seas malaje, por favor —seguía insistiendo.

—No se trata de ser malaje o no, sino de que es imposible que tu culo entre en mis pantalones, que me los vas a reventar y son mis preferidos. Además, sabes que no tengo el horno para bollos, que llego a lo justo a fin de mes y no puedo hacer un gasto innecesario. —Trataba de que entrara en razón, pero nada, él erre que erre.

—¿Me estás llamando culo gordo? —me dijo fingiendo indignación, pero yo sabía que era mentira— Eso no te lo perdono…

—Déjate de dramas, que llevo una semana que para qué te voy a contar. Mi jefe se jubila, no sabemos quién se hará cargo de la oficina tras su marcha, mi compañera está más insoportable que nunca y, encima, se me ha roto el tacón de mis *stilettos* favoritos viniendo hacia aquí. —Le estaba contando, y cuando me di la vuelta, lo vi intentando cerrarse mis pantalones.

—¡Como me los partas, me los pagas, que lo sepas! ¿Por qué no hablas ya con tus padres y sales del armario, hijo mío? Así podrías comprarte la ropa que te gusta y no tendrías que vestirte en mi casa cada vez que salimos.

—Bonita, cómo se nota que tú no conoces al señor don Juan Sánchez en la intimidad. Recuerdo un día que me encontró con unos zapatos de tacón

de mi madre en la mano, mirándolos —yo no tenía más de diez u once años — y le arreó tal guantazo que todavía me duele.

—Pero ya no tienes esa edad, Andy. Tienes veintiséis años, un trabajo estable y la cabeza muy bien amueblada. Si te pone pegas —que no entiendo cómo puede haber gente todavía así en pleno siglo XXI, dicho sea de paso—, te buscas un apartamento y listo.

—¿Y mi madre? Si me voy de mi casa, a mi madre le da un chungo. Pero tienes razón, no te lo puedo negar, por mucho que me duela.

Os pongo en situación, y de paso me presento. Me llamo Alicia, tengo veinticinco años y vivo en un pequeño barrio de Cádiz. Tan pequeño, que solo tiene una calle en horizontal y tres en vertical que desembocan en ella. Vivo en un piso que me legó mi abuela al morir, así que aquí todos me conocen como la nieta de la Luisa, lo cual es muy normal, por otro lado. Una vez que entras a vivir en este barrio, tu nombre deja de existir: pasas a ser la hija de, la nieta de, o directamente te llaman por tu profesión.

Mi grupo de amigos lo forman Míriam —conocida como la nieta de la Manuela—, Vanesa —a la que se refieren como la amiga de la nieta de la Luisa— y Andrés, al que todos llamamos Andy, pero que en el barrio conocen como el hijo del militar.

Mi amigo es gay, pero para nada es amanerado el muchacho. Aprendió a no serlo en cuanto que su padre se imaginó algo y le dio una paliza que casi lo mató. En ese momento, su condición sexual no es que se quedara en el armario… pasó directamente a la caja fuerte. Andy no vivía en el barrio, sino en la casa cuartel que había muy cerquita de allí, pero como íbamos los cuatro al mismo colegio, siempre estaba con nosotras. Por eso lo conocían en el barrio.

A pesar de que mis padres estaban vivitos y coleando, me crie en casa de mi abuela —la misma en la que vivo ahora— porque estaba cerca del colegio y de mis amigos. Cuando fui creciendo, mis padres se resignaron y me dejaron a vivir con ella. Mi abuela fue mi madre, mi amiga y mi confidente. Su marcha me dejó desolada, pero ahí estuvieron ellos, mis amigos, para apoyarme y ayudarme a superar el duelo. No es que la haya olvidado ni que no la recuerde cada día, porque no es así. A mi mente vienen a diario recuerdos de cuando me esperaba en la escalera para

esconderme el tabaco si mis padres estaban en su casa, o de cuando me gustaba un chico en la adolescencia y ella hacía todo lo posible para que pudiéramos vernos sin que nuestros padres se enteraran. Y como estas, mil anécdotas más que no podría contar ahora, porque entonces estaríamos aquí hasta pasado mañana.

Mis padres, viendo mi negativa a irme a vivir con ellos, terminaron vendiendo su piso y se fueron al chalé que tenían en Chiclana. Mi padre trabajaba en una nave industrial que estaba más cerca de allí que de Cádiz, y mi madre se dedicaba a ser ama de casa, así que no los veía mucho: en Navidades y poco más.

Yo apoyaba a mi amigo, pero había cosas que no podía tolerar. No porque se pusiera mi ropa —eso era lo de menos, también se la dejaba a las chicas—, sino porque Andy tenía como dos tallas más que yo. Cuando me ponía un pantalón después de que se lo hubiera puesto él, tenía todas las costuras abiertas y ya no me servía. Pero da igual. Andy lo dejaba en mi casa para usarlo en otra ocasión… hasta que se encaprichaba de otro, como era el caso en estos momentos.

—¿Te crees que tu madre es tonta? Ella sabe de tu condición sexual, otra cosa es que se haga la tonta porque le conviene. Bien que le das la mitad de tu sueldo para sus caprichos. Si te vas, se le acabó el chollo. Además, sabes que viene muchas veces a la frutería, y a Antonia la lechera no se le escapa ni una. ¿Tú crees que no se lo habrá cascado ya? —Seguía intentando que saliera del armario, porque no estaba haciendo nada malo y se merecía ser feliz. Andy trabajaba como responsable de departamento en un centro comercial cercano, así que no tenía por qué esconderse.

—Me lo hubiera preguntado, Alicia, aunque fuera cuando mi padre no estuviera. Pero me lo estoy pensando, porque no me apetece nada quedar con un chico y tenerme que ir a la gran puñeta por miedo a que no me vea alguien conocido.

—¿Sabes cuándo lo vas a hacer? Cuando conozcas a alguien que te toque la patata y te veas entre la espada y la pared —le dije. Y él, con mucho arte, dio la conversación por zanjada y me cambió de tema como quien no quiere la cosa.

—¿Y tú qué? ¿Cuándo le vas a dar una alegría a ese cuerpo serrano? Porque tú mucho decirme a mí, pero desde que dejaste al cabrón de Cayetano no has vuelto a estar con nadie.

—Y lo que me queda, amigo, y lo que me queda. Que todavía me pesa la cabeza de los cuernos. Cuando se me quite la migraña que me provocaron, entonces buscaré a otro que lo sustituya.

—Vamos, vamos, que no te estoy diciendo que te busques a alguien para casarte el mes que viene. Pero sí que te quite las telarañas vaginales, que te van a salir de ahí abajo murciélagos.

Estuvimos un rato ahí charlando, y él intentando subirse mis pantalones, que se les habían quedado atascados a mitad del culo. Se ponía los míos por cabezonería, porque lo sencillo sería comprarse unos de su talla y dejarlos en mi casa, pero no. Él prefería ponerse los míos.

En su casa los pantalones estrechos estaban prohibidos, tanto para él como para su hermana. A él porque su querido padre decía que esos pantalones no los usaban los hombres, que los podían dejar estériles. Y a su hermana, porque según él, las mujeres decentes no usaban ese tipo de ropa, que eso era de fulanas que salían buscando mambo, y su hija iba a llegar virgen al matrimonio.

Lo que no sabía él era que su hija, de virgen, lo único que iba a llevar el día que se casara sería una estampita, porque se había cepillado a medio cuartel… y al otro medio no porque eran mujeres.

En fin, un derroche de virtudes, el hombre. ¡Qué le vamos a hacer!

Cuando llegó Míriam, nos dispusimos a salir. Esa noche, Vanesa no podía acompañarnos porque iba a celebrar el cumpleaños de su madre con la familia, y habían reservado en un restaurante. Nos dijo que, si la cosa no se alargaba demasiado, nos daría un toque para darnos el encuentro.

—¡Míralos los tres, lo guapos que van! —nos dijo Antonia desde su balcón. No sé cómo lo hacía esa mujer, pero siempre estaba en el lugar indicado para enterarse de todo. A la mierda, las cámaras de seguridad de las alarmas: si pasaba algo en el barrio, por más insignificante que fuera. Le preguntabas a ella y te decía hasta la hora exacta en que había sucedido.

—De fiesta que nos vamos, Antonia. A ver si nos sale un novio —le contesté, que me encantaba buscarle la lengua.

—Hija, pero elige bien, que el cabrón del Cayetano te los ponía que daba gusto. Igualito que mi Paco, que en gloria esté, que no había más mujer que yo para él, pero ya no quedan hombres de esos —decía ella en tono melancólico.

—Afortunadamente, cada vez quedan menos —murmuró mi amigo Andy. Pero ella, que en vez de oídos tenía antenas parabólicas, lo escuchó.

—¿Qué dices, niño?

—Que sí, Antonia, que todavía queda alguno. Si no, fíjese usted en mi padre —le contestó él, con una sonrisa torcida. Y es que ambos hombres estaban cortados por el mismo patrón. Su pobre madre también era prima de Bambi.

—Sí que es verdad, que el señor Juan es un hombre de los pies a la cabeza —respondió ella, mientras nos despedíamos y subíamos al taxi que había venido a recogernos. Cuando salíamos, no cogíamos el coche: primero, porque beberíamos, y segundo, porque a ver quién era el guapo que encontraba sitio para aparcar después.

Veréis, Antonia tenía setenta y dos años, y hasta que se jubiló, regentaba un comercio en el barrio, una lechería, concretamente. Pero vender, vendía poco. La tienda era más bien el cuartel general de su verdadera vocación: ser cotilla.

Se quedó viuda con treinta y cinco años y sin hijos, y jamás se le volvió a conocer un novio. Decía que ella a su Paco no lo traicionaba, que seguro la estaba esperando en el otro lado.

Y Paco… cuando estaba vivo, se liaba con todo lo que tuviera falda. No es que yo lo hubiera conocido, pero todos los mayores del barrio lo recordaban de este modo. Así que, en el otro lado, seguro que se lo estaba pasando de muerte. Nunca mejor dicho.

A lo que iba: ella decía que tenía insomnio crónico, pero yo creo que era la vena cotilla lo que le hacía tener un sueño de lo más ligero. Se despertaba para no perderse ni un suspiro. Tenía un calendario en la tienda donde apuntaba la fecha en que se casaban las vecinas y cuándo tenían el primer hijo, para ver si se habían casado embarazadas.

A día de hoy, el local seguía abierto, pero apenas tenía cuatro o cinco artículos —algunos llevaban en la estantería desde antes de que Franco

hiciera la comunión, con eso lo digo todo—. Le servían como coartada para decir que se aburría en su casa y que por lo menos allí se ganaba unos euros.

Esa trastienda ha visto más cónclaves que la Capilla Sixtina, os lo prometo. Yo salía de casa todas las mañanas a las siete y media, y ya llevaban un buen rato Antonia, Paqui y Manuela en la tienda, anotando todo lo que tenían pendiente para ese día. Pero no de médicos o pastillas, como todos los mayores. No. Ellas anotaban los cotilleos que se habían enterado y de los que había que estar pendientes para comprobar si eran ciertos.

Capítulo 2



Pablo

—Joder, vaya mala suerte la mía —murmuré más para mí que para nadie cuando recibí aquel correo electrónico.

Yo trabajaba de profesor de Economía en un instituto de Sevilla. No llegaba a las cuarenta horas semanales; bueno, más bien, no llegaba ni a la mitad. Pero me encantaba tratar con los chavales. Como comprenderéis, el sueldo tampoco era para tirar cohetes, aunque para mis gastos tenía. Hasta ahora me había resultado rentable, porque seguía viviendo con mis padres, aunque ellos estuvieran en Cádiz. Me había sacado el bono del tren e iba y venía los días que tenía clase.

Mis compañeros eran estupendos y me habían facilitado el poder cuadrar todas mis horas lectivas en tres días. Así que trabajaba de martes a jueves, por lo que cogía el primer tren de la mañana y regresaba en el siguiente que salía al terminar mi jornada. Pero se me había terminado el chollo.

¿Por qué se me había terminado el chollo, os preguntaréis? Pues muy sencillo: yo no tenía plaza fija, e iba alternando institutos cada curso, y este ya había terminado. La persona titular de la plaza que yo estaba ocupando se reincorporaba el curso siguiente, así que me habían asignado otra. Pero no podía estar más lejos: era en un pueblo de la sierra norte de Córdoba, casi tocando Castilla-La Mancha, así que me iba a resultar imposible ir y volver en el mismo día.

Si tenía que pagar alquiler, comida y demás, todavía me iba a faltar dinero para vivir. Así que no tuve otra opción que rechazarla. Y eso me

jodía sobremanera, porque entonces solo me quedaba la opción que me planteaba mi padre, y que a mí no me gustaba un pelo.

Él era el dueño de una gestoría y estaba próximo a jubilarse, por lo que quería que yo me hiciera cargo de ella. Era un negocio consolidado, en el que tendría un buen sueldo, pero no me gustaba. Yo había estudiado Económicas para poder dar clases, no para encerrarme en un despacho a hacer cuentas para los demás.

—Hijo, ¿has pensado ya lo que te dije? —me preguntó el bueno de don Manuel, o sea, mi padre, que llevaba toda la vida hablándome del legado familiar.

—No voy a tener otra opción que aceptarlo, papá. Acabo de rechazar la plaza que me han ofrecido de profesor. No me salía rentable por el lugar en el que me la habían asignado. Si la hubiera aceptado, me habrías tenido que mandar dinero para comer. Después de eso, sabes que me vuelven a poner en la parte baja de la lista, así que, si no quiero depender de la paga semanal que me dabais en el instituto, no me queda más remedio que hacerme cargo de la gestoría.

—Quería comentarte algo también, a ver si te parece correcto. El tío Anselmo quiere dejar su casa e irse a un apartamento tutelado. Sabes que ya está mayor y le cuesta hacer las cosas cotidianas. Ha estado hablando conmigo y me ha propuesto algo. Si yo le ayudo a pagar su estancia allí, él pone el piso a tu nombre.

»Le he dicho que hablaría contigo y, si estás de acuerdo, yo se lo compré, para que él disponga del dinero necesario sin tener que estar a la espera de que yo se lo ingrese o no. Es más tranquilidad para los dos, que sabes cómo tengo la cabeza, y no sé si se me puede olvidar hacerle el ingreso un mes —me explicaba mi padre.

El tío Anselmo era el hermano mayor de mi padre. Era soltero y sin hijos. Se llevaban quince años de diferencia, ya que entre ellos había cuatro hermanos más, pero él era el que mayor trato tenía con mi padre. Mi tío no había podido estudiar; tuvo que ponerse a trabajar con quince años, en cuanto mi abuelo falleció, porque tenía cuatro hermanos más y mi padre venía en camino. Por eso, sus circunstancias económicas no eran las mismas que las de sus hermanos. Esto no quiere decir que estuviera

pasando penurias, porque no lo hubiéramos permitido, pero tampoco abundaba el dinero en su vida.

—Me parece perfecto, papá. Así, yo también me independizo y tengo mi espacio y mi intimidad, que la época de estar con las *churris* en la playa o en el coche ya va quedando atrás —le dije en tono de broma. Y es que mi padre, para estas cosas, era un tipo muy recto, de los que piensan que solo te puedes acostar con una mujer después del matrimonio. Si él supiera…

—No me seas cutre, hijo mío, que el dinero te da para coger un hotelito. Y si no, me avisas y tu padre te manda un Bizum —dijo mi madre, que apareció por detrás con una tortilla de patatas para la cena.

—Desde luego, Paula, tú sigue animando al niño a que se porte de esa manera. En mis años mozos, si deshonrabas a una mujer, te tenías que casar con ella.

—Vamos, papá, que tampoco eres de la época de Tutankamón, no me seas exagerado —le dije, riéndome junto a mi madre, que me miraba con una sonrisa pícara en los labios—. ¿Cuándo tiene pensado marcharse el tío? Lo digo porque a su piso habrá que hacerle una buena reforma. Ese papel pintado de las paredes se lo puso el mismo que empapeló el salón de la familia, esa de la serie de la tele, *Los Alcántara*.

—Estábamos esperando tu respuesta. Él ya lo tiene todo preparado. Supongo que, en un par de días, cuando se haga efectiva la compraventa, podrás disponer de las llaves —me dijo mi padre, al que notaba feliz por mi decisión de hacerme cargo del negocio—. En cuanto a la gestoría, me gustaría que el lunes pasaras conmigo por allí, y que te fueras familiarizando con el personal y con el trabajo.

»Te digo que una de las administrativas, que es un encanto, te lo pondrá todo muy fácil. En realidad, es ella quien lleva casi todo para adelante, la que reparte el trabajo entre sus compañeros y demás. Cuando la documentación llega a mí, es solo para firmarla.

—Vamos, que me voy a rascar los huevos a dos manos, ¿no, papá? —Seguía picándolo, y es que me encantaba buscarle la boca.

—¿Eso piensas? Pues déjame decirte que estás muy equivocado, porque para saber mandar, antes tienes que conocer todos los entresijos del trabajo.

Si no, ¿cómo vas a decirle a alguien que ha hecho algo mal si tú no sabes cómo se hace?

—Ay, Manuel, parece que todavía no conoces a tu hijo. Mírale la cara, si está aguantando la risa y tú ahí, todo sofocado —le dijo mi madre, mientras su expresión era un poema. Nosotros nos reíamos a carcajadas.

Terminamos de cenar. No tenía previsto salir de marcha, porque había llegado de Sevilla tan solo unas horas antes, pero la llamada de Pedro, diciéndome que habían quedado para tomarse una copa, hizo que al final me animara yo también.

—Mamá, me marcho, que Pedro me está esperando en la esquina para tomar un taxi. Los otros dos nos esperan en el local donde hemos quedado. No me esperes despierta —le dije, y ella me miró con una ceja arqueada.

—¿Desde cuándo hago eso? Pues creo que la última vez no tenías ni veinte años todavía. Ya una está mayor… Si por estar despierta supiera que no te iba a pasar nada, me quedaba en vela toda la vida, pero como por desgracia eso no es así, mejor me duermo, y ya mañana, más descansada, me cuentas las anécdotas de la noche —me contestó, abrazándose a mi cintura. Y no es por nada, pero la pobre medía uno sesenta, y yo uno ochenta y ocho; ni de puntillas me alcanzaba.

Mi grupo de amigos lo formábamos cuatro personas, Pedro, que había estudiado conmigo desde infantil y que era como un hermano para mí —no es que a los otros dos no les tuviera aprecio, que los quería mucho también, pero con él tenía un vínculo especial; sabíamos lo que el otro pensaba solo mirarnos—. Alejandro, al que conocimos en el instituto y que desde entonces tampoco se había separado de nosotros. Era gay, y en aquella época tuvimos que partir muchas caras para que lo respetaran. Con él, las bromas eran casi continuas por nuestra parte, pero una cosa eran bromas y otra muy distinta era hacer daño gratuitamente. Eso siempre lo habíamos tenido claro.

Y el último en llegar a la pandilla fue Julián, que se unió a nosotros en la universidad. Los cuatro habíamos estudiado lo mismo, pero cada uno lo enfocó de una manera totalmente diferente. Mientras que a mí me gustaba más la rama docente, Pedro y Alejandro se inclinaron por el ámbito bancario, y actualmente eran director y subdirector de una sucursal de uno

de los principales bancos. Julián, por su parte, era el encargado de una fábrica de conservas en un pueblo cercano.

—¿Dispuestos para comernos la noche? —preguntó Alejandro nada más reunirnos con ellos.

—Mientras sea la noche y no me quieras comer a mí, todo irá bien —dijo Pedro, con sus bromas habituales.

—¡Más quisieras, chaval! Pero este cuerpo tiene gustos más refinados, como, por ejemplo, aquel que está entrando ahora mismo por la puerta —dijo Alejandro, señalando el lugar por donde entraban dos chicas guapísimas con un chico. A primera vista no parecía gay, aunque a mi amigo tampoco se le notaba. Vamos, que no era de los que tenían pluma.

—Pues yo no le haría ascos tampoco a la de los ojos verdes… Menudo cuerpazo que se gasta la muchacha —les dije a los demás, que me miraron asombrados. No era yo mucho de ir diciendo esas cosas en alto, pero os prometo que esa mirada me mató.

—Julián, la otra vamos a tener que echárnosla a pares o nones, porque estos dos ya han elegido —le dijo Pedro a nuestro amigo, que negaba con la cabeza. Todo en broma, por supuesto. Que mis amigos no eran así de neandertales, ellos respetaban a las mujeres al máximo, igual que yo.

—Enterita para ti. Yo conocí el otro día a una chica que me dejó enamorado. Fue en el supermercado que hay debajo de mi casa. Ha entrado nueva a trabajar como encargada y tiene una sonrisa que me ha cautivado. Quiero intentarlo con ella, bueno, si ella quiere. Hoy le había dicho de ir al cine, pero tenía una cena familiar.

»Eso sí, hemos quedado mañana por la tarde para ir a la playa —contestó Julián. Nos quedamos con la boca abierta, no nos había contado nada de eso. Es cierto que él era muy reservado y que solo hablaba de su vida cuando se veía entre la espada y la pared, como había sido este caso.

—Chicos, mi tío Anselmo me ha dejado su casa a cambio de que mi padre le ayude a pagar su apartamento tutelado. Se acabó tener que ir de pensión en pensión para acostarnos con alguien. Eso sí, tardaremos todavía un poco en poder disfrutarla, porque hay que hacerle una reforma de cojones. Los muebles tienen más años que un bosque —les expliqué a mis amigos, que sonrieron todos.

—Yo no sé vosotros, pero yo me voy a acercar a invitar a ese tío a una copa. Me encanta su manera de actuar y no me voy a quedar con las ganas —dijo Alejandro. Pero cuando nos dimos cuenta, el chico ya estaba a su espalda.

—Buenas noches, mi nombre es Andy. ¿Te apetece una copa? —le preguntó. Mi amigo lo miró con una sonrisa y, por supuesto, aceptó la copa, así que los demás fuimos detrás.

Capítulo 3



Alicia

Llegamos entre risas al local donde nos tomaríamos una copa. Era uno que habían abierto nuevo y en el que había música en directo, además de sesiones de DJ. Pero no era la música actual, esa que parece que te está dando un espasmo en la pista, sino de los ochenta y los noventa, que nos gustaba mucho a todos.

—Mirad el maromo que está en la barra —dijo Andy, y las dos nos miramos y empezamos a reír.

—¿Aprobaste el curso de adivina? Porque a mí me quedaron dos, y una de ellas es la que me impide saber a qué maromo en concreto se está refiriendo nuestro amigo —le dije a Míriam. Y es que la vena irónica me salía sola; no lo podía remediar.

—Mira que eres gilipollas, de verdad. Aquellos cuatro que están en la esquina derecha, y al que me refiero concretamente, es al del vaquero marcando culo y la camisa azul claro. Ni mirarlo, que ese es para mí —dijo él, muy teatral.

—Claro, como que ya sabes que es gay. Tiene que ser que lleva el letrero en la frente, y como está de espaldas, no se lo hemos visto. Desde luego, más tontas nosotras…

—Tú sigue, pero digas lo que digas, ese tío es homosexual. Y si no lo es, no os preocupéis, que yo lo cambio de acera de un empujón —dijo, y soltamos una carcajada, hasta que él mismo se dio cuenta de lo que había dicho y, rojo como un tomate, se unió a nuestras risas.

—Pues anda, que el del polo azul marino tampoco está bueno, qué va —dijo Míriam.

En ese momento, todo el grupo, a excepción de uno, giró la cabeza y nos pilló mirándolos. Era cierto que todos eran guapísimos, pero a mí el que más me había llamado la atención era el que llevaba la camisa blanca remangada hasta los codos y un pantalón chino color arena. Me resultaba el más llamativo.

Cuando quisimos darnos cuenta, el loco de Andy ya estaba yendo hacia donde estaban esos chicos, así que no tuvimos más remedio que ir tras él.

—Buenas noches, mi nombre es Andy. ¿Te apetece una copa? —le preguntó, y el otro le respondió con una sonrisa, sujetándolo por la parte baja de la espalda.

No sé cómo lo hacía, porque este chaval no es que tuviera pluma ni mucho menos; se veía de lo más varonil, al igual que él, pero detectaba a leguas cuando un chico era gay.

—Buenas noches a vosotras también. Yo soy Pablo, y ellos son Pedro y Julián. —Se dirigió a nosotras el de la camisa blanca, aunque especialmente a mí, a quien no quitaba ojo.

—Hola, yo soy Alicia, y ella es nuestra amiga Míriam. Encantada —le contesté de la misma manera. Nos dimos dos besos cada uno, pero en uno de ellos posó sus labios en mi mejilla más tiempo de lo normal.

La noche transcurrió entre risas y bromas, en uno de los reservados que había en el local, donde estábamos más cómodos que en la parte de la pista. Uno de sus amigos, Julián, dijo que se marchaba a casa. Estaba cansado del trabajo y, como sus amigos estaban en buena compañía, prefería irse a descansar, ya que al día siguiente tenía una cita y no quería llegar con cara de haber estado de juerga. Así que nos quedamos los seis solos.

Andy prefería los reservados por una sencilla razón: Cádiz era una ciudad muy pequeña, en la que casi todos nos conocíamos, aunque fuera de vista. Por eso, mientras su condición sexual estuviera a buen recaudo, no se atrevía a estar con ningún chico en público.

Casi sin darnos cuenta, vimos cómo Andy y Alejandro se estaban besando. Mi amiga y yo nos miramos, completamente sorprendidas.

—¿Por qué ponéis esa cara? ¿Acaso no sabíais la condición sexual de vuestro amigo? —me preguntó Pablo, que llevaba tonteando conmigo toda la noche.

—Claro que la sabemos. De hecho, somos las únicas. Y para que haya hecho esto en público, mucho le tiene que gustar tu amigo, porque ni siquiera se lo ha dicho todavía a sus padres —dijo Míriam. Yo no podía salir de mi asombro.

—Joder, pues sí que les ha dado fuerte. Porque, aunque la familia de Alejandro sí que sabe que es gay, tampoco es de los que se va *morreando* con nadie en un sitio público. Ha sufrido mucho por eso, de ahí que las muestras de afecto las suele hacer en privado. Vamos, te puedo jurar que es la primera vez que lo veo así —me dijo Pablo. Ambos sonreímos—. ¿Y tú qué, preciosa? ¿Nos vas a dar la oportunidad de pasárnoslo igual de bien que ellos?

—Vamos a empezar por el principio, y ya luego veremos a dónde nos lleva todo esto —le dije. Me cogió la cara con sus manos y me dio un beso. Joder con Pablito de los cojones, vaya manera de besar tenía. Con otro igual y me tendrían que llevar a rastras a mi casa. Si en todo ponía la misma intensidad, iba a ser una máquina sexual.

Allí permanecimos una hora más, aproximadamente, donde los arrumacos y los besos se dieron por doquier. Eso de que no me iba a acostar con nadie… me parece que me lo iba a saltar a la torera, porque probar a Pablo iba a ser algo que mereciera la pena.

—Chicas, yo me marcho con Alejandro a su casa. Mañana hablamos —dijo Andy, que salió de allí con el chico de la mano, ante la cara de asombro de todos.

—Yo te diría que nos marcháramos también a mi casa, pero no creo que a mi padre le sentara bien vernos allí al levantarse. No sin un anillo de por medio, por supuesto —me dijo Pablo, que con sus palabras me sacó una carcajada.

—Pues entonces nos tendremos que marchar a la mía, que allí no hay nadie que nos pueda decir nada —le dije.

Era verdad que ambos íbamos un poco pasados de copas, pero no hasta el punto de no poder mantenernos de pie. Teníamos ese puntito gracioso los

dos.

Mi amiga, Míriam, y Pedro, también se habían marchado, pero ellos no le comunicaron su plan a nadie, o si lo hicieron, nosotros estábamos bastante entretenidos como para darnos cuenta. Durante la batería de besos que nos dimos, las manos de Pablo, al igual que las mías, recorrían nuestros cuerpos en la medida de lo posible. Vamos, que íbamos más calientes que el palo de un churrero.

No me di ni cuenta de cómo llegamos a mi casa. Sé que la dirección al taxista se la di yo, obviamente, pero hasta ahí. Subimos las escaleras de mi casa sin poder soltarnos. Menos mal que el conductor del taxi que nos tocó no era de esos antipáticos, porque fuimos todo el camino entre besos y toqueteos. Poco nos importó no estar solos. Afortunadamente, vivía en un primero, porque en el caso de que tan solo hubiera sido un piso más, creo que no hubiéramos llegado a entrar en mi casa.

En la misma puerta, nada más entrar, me aprisionó contra la pared. La cosa pasó a mayores. Pude notar su miembro totalmente erecto a la altura de mi vientre. No es que yo sea una persona bajita, ni mucho menos, y además llevaba un buen tacón, pero, aun así, Pablo era más alto que yo.

Sus manos se metieron por debajo de mi camiseta, sacándomela por encima de la cabeza, mientras que yo le desabrochaba los botones de la camisa. Lo dejé con el torso desnudo. Este hombre parecía estar esculpido por los dioses.

El camino hasta mi dormitorio lo fuimos dejando regado de prendas, tanto de él como mías. Cuando llegamos a la altura de la cama, yo solo llevaba mis braguitas y él su bóxer.

Se lanzó a mis pechos desesperado, como si fueran agua en el desierto. Los lamió, los mordió y se dio un festín con ellos. Lo que me estaba haciendo sentir, no lo había sentido nunca.

Cuando los abandonó, bajó hasta mi sexo, dejando un reguero de besos por el camino. Se entretuvo en mi ombligo, donde introdujo su lengua haciendo círculos. Solo de imaginarme eso mismo en el botón de mi placer, casi me corro. Pero no hizo falta mucha imaginación: en cuanto su lengua lo alcanzó, me llegó el primer orgasmo.

A continuación, se desprendió de su bóxer, se colocó la protección y no perdió más el tiempo, me penetró profundamente, haciéndome soltar un grito. Al día siguiente, todo el barrio sabría que yo había tenido fiesta, porque ante semejante forma de gritar, estaba claro que Antonia se habría despertado. Cuando se cansó de esa postura, salió de mí, se sentó en la cama y me colocó encima, a horcajadas. Fui yo la encargada de penetrarme con su miembro, donde boté todo lo que pude y más, ayudada de sus manos, que estaban ancladas en mis caderas. Imprimiendo el ritmo que a él le gustaba que llevara.

En esa postura alcanzamos el clímax, uno que me llegó sin avisar y con tal intensidad que tuve que morderle en el hombro para no gritar de nuevo. Si al día siguiente Antonia me preguntaba, le diría que, al entrar, me encontré con un bicho. Y menudo bicho. Ese no me importaba que me picara todas las veces que quisiera.

—Me has marcado, preciosa. Ahora, cuando mi padre lo vea, le tendré que decir que me encontré con una fiera y que no me dejó escapar —dijo, saliendo de mí y yendo hasta el baño para tirar el preservativo y asearse un poco. Luego lo haría yo.

—Tampoco ha sido para tanto, chaval. Solo tienes marcados los colmillos, así que puedes decirle que te encontraste con una vampira —le respondí riendo.

—No, no, porque a mí nadie me ha chupado nada.

—Uy, eso tiene fácil solución —le dije. Al fijarme, vi que ya se había recuperado del primer asalto. Me lancé hacia su miembro, lo cogí entre mis manos y lo lamí de la base a la punta, como si fuera un helado. Gruñó de placer. Ese fue el inicio del segundo asalto.

No os puedo decir cuándo me quedé dormida. Lo que sí os digo es que, cuando me levanté, estaba sola. Ni un adiós, ni una nota, ni un «nos vemos otro día», aunque fuera mentira. Y no puedo negar que eso me dolió. No es que me hubiera enamorado de él, ni mucho menos, pero sí me hubiera gustado que pudiéramos seguir conociéndonos. Aunque fuera como amigos con derecho a roce.

Pero si él lo había decidido así, que le dieran con viento fresco. Ya había dado el paso de acostarme con otro hombre después de Cayetano, así que no

me costaría hacerlo con cualquier otro que me gustara. Él se lo perdía.

Nada más levantarme, llamaron a la puerta. Al abrir, me encontré a mi amigo Andy con dos maletas y un ojo morado, pero con una sonrisa digna de admirar. A pesar de todo, había dado el paso de salir del armario.

Capítulo 4



Pablo

Con el trajín que llevábamos, ni siquiera me había dado cuenta de cuándo le dio su dirección al taxista, ni de que nos dirigíamos al barrio donde vivía mi tío. Es más, a pesar de que hacía muchísimo tiempo que no venía por aquí —porque normalmente era mi tío quien venía a casa en todas las celebraciones—, juraría que era hasta el mismo edificio.

Después de acostarnos, me quedé dormido un rato, pero al despertarme, me dije que allí ya no pintaba nada. No era de los que repetían con la misma mujer, por mucho que me hubiera gustado el sexo con ella —como había sido el caso—, y mucho menos ahora, sabiendo que probablemente íbamos a ser vecinos.

—Adiós, buen mozo —me dijo una señora desde el balcón. Miré el reloj: no eran ni a las seis y cuarto. Joder con las ancianas de aquí, parecía que hacían guardia por turnos.

—Adiós, señora, buenos días —le contesté. Me daba la impresión de que aquí la vida privada no existía y que, situaciones como esta, me las iba a encontrar un día sí y otro también.

Decidí irme a casa dando un paseo; total, tampoco estaba tan lejos. Yo vivía con mis padres, tal y como os he contado antes, en un piso bastante grande justo enfrente de la playa. Solo tenía que cruzar una pequeña carretera y ya estaba allí. La casa de mis padres tenía tres dormitorios: uno para mis padres, otro para mí (soy hijo único) y el tercero lo usaba mi padre como despacho. Cada dormitorio tenía baño propio, además de otro al final

del pasillo. El salón también era bastante amplio, con unas puertas acristaladas que daban a una terraza sin cerrar, donde normalmente cenábamos en verano. Era un gustazo sentarse allí al fresquito, viendo el mar. Aunque a mí lo que más me gustaba era el olor a algas, ese que se te mete por la nariz y te embriaga durante toda la noche. Eso sí, en invierno no había quien tuviera cojones de sentarse allí, porque la humedad te calaba los huesos.

Como os iba diciendo —que me pierdo más que los tertulianos de la tele —, la cocina estaba al lado del salón, pero no de manera totalmente abierta. La pared que los separaba tenía una especie de ventana que permitía hablar con quien estuviera cocinando, sin quedar aislado del resto.

—Buenos días, hijo —me dijo mi padre, que estaba sentado en el salón con una taza de café y que me dio un susto de muerte.

—Joder, papá, casi me matas de un infarto —le dije, sorprendido por su presencia.

—Estoy en mi casa, desayunando. Que para eso son las siete de la mañana.

—Claro, y lo dices como si fuera muy normal que alguien se levante a esta hora un sábado.

—Sabes muy bien que tengo la hora cogida, y me da igual el día que sea: a las siete menos cuarto tengo los ojos como platos. Así que, para evitar dar vueltas en la cama, despertar a tu madre y no poder dormir, prefiero levantarme y tomarme un café tranquilo. Aunque tú te lo tomarías no al levantarte, sino antes de acostarte —añadió, lanzando la *pullita*.

—Si me tomo un café ahora, echo hasta la primera papilla que me dio mamá. Mejor te acompaño, pero sin tomar nada.

—Perfecto, así hablamos del tema del piso. Ya he hablado con el tío Anselmo. Me ha dicho que lo tiene todo listo, así que he llamado a un notario amigo mío que certificará la venta esta tarde a las cuatro y media. Abrirá la notaría solo para nosotros. Así que, después de comer, mientras yo recojo al tío, tú te das una ducha y te vistes. Nos vemos allí. Te dejaré anotada la dirección.

—No me seas antiguo, por favor. Mándamela por WhatsApp.

—Como si no supieras que a mí esas modernidades no me van. En un post-it, como toda la vida de Dios.

Lo dejé con su café y me fui a la cama. No podía ni con mi alma. Yo, que tenía pensado bajar a la playa un rato, e iba a ser que no, que me tocaba ir a comprar un piso.

Mientras iba cogiendo el sueño, empecé a pensar en todo lo que quería hacer en él. Para empezar, uniría el primer dormitorio a la cocina, y esta al salón, creando así un espacio amplio y abierto. El balcón lo dejaría tal cual, solo darle una mano de pintura y comprar mobiliario nuevo para darle uso. Aunque me lo tendría que pensar con las «cámaras de vigilancia» que tenía el barrio, que estaban colocadas estratégicamente cada dos o tres casas. No vayáis a pensar que os estoy hablando de tecnología, sino de esas señoras mayores que, aburridas, llevan la vida, obra y milagros de toda la calle, como la que me despidió esta mañana.

Tenía en mente hacer algunas mejoras en los otros tres dormitorios y el baño. Para empezar, el dormitorio que estaba más cerca del aseo lo dividiría a la mitad para integrarlo en el baño, lo que lo haría mucho más amplio. Además, también cambiaría los azulejos y todos los sanitarios, que llevaban allí desde que mi tío hizo la comunión. La otra mitad la transformaría en un vestidor, conectándolo con el dormitorio central del pasillo, que era el más grande y que sería el mío. En el otro, tenía la idea de crear un pequeño despacho, pero con un sofá cama, para que si alguno de mis amigos quería quedarse a dormir, tuviera un lugar cómodo donde hacerlo.

Con todo el diseño en mi cabeza, me quedé dormido. Ahora tendría que averiguar cuánto costaría poner la casa a mi gusto. Quería hacer la reforma completa del tirón, no poco a poco. Quizá tendría que pedir un préstamo, que no creía que me denegaran, ya que ahora tenía un empleo sólido como aval.

—Hijo, vamos a comer ya, que se os va a hacer tarde para la firma en la notaría —dijo mi madre, entrando en mi habitación, levantando la persiana y dejando que entrara la luz, a pesar de que yo seguía con los ojos medio cerrados, por el sueño y por lo que me molestaba tanta claridad.

—Ya voy, mamá. Dame un minuto para ubicarme —le respondí con voz ronca, señal inequívoca del sueño que tenía. Esta noche iba a salir un

guardia vestido de gitano, porque lo que era yo, no me iba a mover de mi terracita. Además, había fútbol. Otra razón más para quedarme.

Con todo el sueño del mundo, me levanté y fui al salón, donde ya estaba la mesa puesta y mi madre emplatando la comida. Solo a ella se le ocurría poner puchero un día de primeros de julio, con el calor que hacía. Pero cualquiera le decía algo, porque lo primero que te contestaba es que abajo había un bar y un chiringuito, y que si no estabas de acuerdo con el menú, allí te servirían otra cosa.

Mi madre era muy buena, muy santa, pero cuadriculada. Tenía una lista de comidas establecida para toda la semana. Daba igual que fuera agosto, y tocara potaje, o enero, y tocara ensaladilla. Eso era lo que había. No se partía la cabeza con el menú, y ante eso, a callar los dos. Menuda era la señora Paula.

Me caían goterones de sudor por la espalda con la comida de los cojones, igual que a mi padre. Nos mirábamos intentando ver quién era el guapo de los dos que se atrevía a insinuarle a mi madre que cambiara la comida caliente en verano por una ensaladita más fresquita, pero ninguno tuvo el valor de abrir la boca, así que seguimos comiendo.

Yo tenía un pase, porque todavía no me había duchado, pero mi padre, el pobre, acababa de salir de la ducha. Por suerte, no se había puesto todavía la camisa que usaría para salir, así que podría pasarse aunque fuera una toallita húmeda para quitarse el sudor. No sé por qué, pero me entró la risa. De esas cargantes que no puedes parar. Mi padre me miró, sabiendo por dónde yo iba, y empezó a carcajearse también.

—¿Se puede saber qué es tan gracioso que os estáis descojonando? Lo digo para reírme yo también —dijo mi madre, totalmente enfadada, y no es que estuviera fingiendo, que el cabreo era auténtico.

—Mamá, hija mía, estamos sudando como si estuviéramos en la playa bajo el sol ardiente, y eso que tenemos el aire acondicionado funcionando a tope. De verdad, deberías darle una vueltecita a ese plan de comidas tuyo, por lo que más quieras, porque así no vamos a aguantar mucho —le dije como pude entre risas, mientras mi padre, sin parar de reír, asentía con la cabeza en señal de acuerdo.

—Paula, cariño mío, no te enfades. Que comamos ensaladilla en enero, pase. Aunque lo que te apetezca sea un buen plato de menudo. Pero hacernos comer puchero en verano… eso no está pagado —dijo mi padre, mientras ella nos miraba con los ojos entrecerrados, analizando la propuesta.

—Pues, ¿sabéis qué os digo? Ahí tenéis la hoja del mes. Tachad lo que no queráis y poned una alternativa, pero no vale poner algo que solo le guste a uno de nosotros, tiene que ser algo que nos guste a los tres. Porque hoy, por ejemplo, yo me hubiera tomado un vaso de gazpacho antes que un plato de sopa. Pero como al niñito de los cojones no le gusta, pues a jodernos todos y a comer puchero —dijo, poniéndose en pie y dejándonos a los dos en la mesa.

—Papá, te prometo que si me hubiera dado esa opción, me tomo el gazpacho, aunque sea tapándome la nariz. ¡Qué calor más horroroso, Dios mío de mi alma! —le dije a mi padre, que rompió en otra sonora carcajada. Eso solo enervó más a mi madre, que se quitó una zapatilla y me la lanzó con efecto. Qué pedazo de pícher se había perdido el béisbol profesional, porque estuvieras aquí o estuvieras allí, más cerca o más lejos, ella lanzaba la zapatilla y atinaba siempre, oye.

Mi padre no podía parar de reír, así que el segundo lanzamiento fue para él. Le dio de lleno en la frente, y en ese momento pensé que le iba a tener que poner una gorra, porque la marca y el número iban a quedar grabados en su piel de lo fuerte que le había dado. Llegados a este punto, mi padre no podía parar de reír, incluso se iba ahogando, y yo, incapaz de aguantar más, tuve que sentarme en medio del pasillo; era eso o arriesgarme a hacerme pis encima. Mientras tanto, mi madre, muy digna, recogió sus zapatillas y nos mandó de excursión —lo que viene siendo «a tomar viento», que de eso en Cádiz tenemos bastante—. Se encerró en la terraza, pero poco le duró, porque con el calor que hacía y teniendo el aire acondicionado dentro, no iba a quedarse allí «como las lagartijas», según sus propias palabras.

Capítulo 5



Alicia

Abrir la puerta y ver a mi amigo con las maletas fue una sorpresa, pero mayor sorpresa fue ver la cara de felicidad que tenía.

—Deduzco que has decidido salir del armario, ¿me equivoco? —le dije sonriendo y quitándole de las manos unas de las mochilas.

—Deduces bien. No ha sido intencionado, pero fue lo suficientemente fuerte como para sacarme de él. Después de estar con Alejandro en su casa, me acompañó de vuelta a la mía y me dio un beso antes de dejarme allí, no sin antes intercambiarnos los teléfonos. Pero eso te lo cuento luego. Como te iba diciendo, no puse ningún impedimento para que eso no pasara, así que lo correspondí.

»Cuando subí a mi casa, la bienvenida de mi padre fue darme un puñetazo, sin hablar, sin preguntar. Te puedes imaginar el discurso, ¿no? Que si eres la vergüenza de la familia, que si no tendrías que haber nacido, que si eres un desviado y no voy a permitir que vivas bajo el mismo techo que nosotros.

»¿Y sabes qué? Que mi madre, callada como las putas, no me defendió en ningún momento. Para lo único que abrió la boca fue para preguntarme si seguiría enviándole la mitad de mi sueldo para contribuir a la economía familiar. Eso es lo que más me ha dolido —me explicaba mientras que nos sentábamos en el salón.

—¿Y qué le respondiste? Porque yo la hubiera montado, eso lo tengo claro. Y al «Atapuerca» de tu padre, más todavía —le pregunté a mi amigo.

—Pues exactamente eso hice. Le dije que se le debería caer la cara de vergüenza por pedirme eso sin haber soltado una palabra para defenderme. Que no era un degenerado ni nada de lo que había dicho mi padre, sino solo una persona que necesitaba amar y sentirse amado, y que eso lo había conseguido con Alejandro.

»Que mío, no iba a ver nada más que las fotos que había en los álbumes, aunque las podía quitar si quería, porque yo no me consideraba de la familia. Una familia es la que te protege y te ayuda, no la que te pega y te discrimina por tu condición sexual, y ellos no lo habían hecho nunca. Para mi padre no existía; jamás obtuve una palabra bonita o un gesto cariñoso por su parte. Y para mi madre, tan solo era un cajero automático, alguien que le ponía en la mano cierta cantidad de dinero todos los meses, que le servía para sus caprichos y así no tener que darle explicaciones a mi padre.

»Entré en mi habitación, cogí todo lo que era mío, y aquí estoy, pidiéndote asilo político hasta que pueda encontrar algún sitio donde vivir y que me pueda permitir —me dijo. Esta vez se rompió, y sus lágrimas cayeron sin control. No podía entender, y jamás lo entenderé, cómo unos padres pueden poner a su hijo en la calle por el simple hecho de enamorarse de alguien de su mismo género.

—Quédate todo el tiempo que quieras. Por mí no lo hagas, sabes que te lo he dicho en infinidad de ocasiones. El armario de la habitación de invitados lo tienes libre, guarda tus cosas ahí, anda. Y no tardes mucho, que nos vamos a ir a la playa a comer. Mientras ordenas y sacas todo de las maletas, yo voy a preparar una tortilla y pimientos fritos, y voy a prepararnos dos pedazos de bocadillos que no se los saltará un galgo —le dije, dejándolo que fuera hasta el dormitorio que le había indicado, y dirigiéndome yo a la cocina, donde ya tenía las patatas listas para hacer la tortilla y los pimientos soltando el aceite en un plato.

—Ya estoy listo —me dijo, con su bañador y su mochila de la playa al hombro—. Me acaba de llamar Alejandro. Hemos estado hablando un rato y me ha ofrecido que me vaya a su casa, pero no lo veo. Tan solo hemos pasado una noche juntos y me gusta muchísimo. Si la cosa no cuaja entre nosotros, aunque quedáramos como amigos que comparten piso, me

resultaría muy doloroso ver cómo lleva a otros a su piso. Así que le he dicho que mejor me quedaba contigo hasta que tuviera todo un poco más claro.

—Claro, tonto. Sabes que aquí estaremos bien los dos, y hay espacio suficiente. Tampoco es que tuvieras que dormir en mi cama, que sabes que eso nada más lo hago con quien me dé una alegría para el cuerpo, aunque salga despavorido de madrugada, como Pablo hizo anoche —le conté a mi amigo todo lo que habíamos hecho, con pelos y señales. Entre nosotros dos había bastante complicidad para eso. Con las demás también teníamos confianza, pero no hasta ese punto.

—Menudo cabronazo. Pero bueno, él se lo pierde. Está claro que nos lo volveremos a encontrar, porque Alejandro me ha asegurado que quiere que sigamos conociéndonos, así que supongo que saldremos los dos grupos juntos. ¿Sabemos algo de Míriam?

—Hablé con ella hace un ratito, ahora estará durmiendo. Me ha dicho que la noche con Pedro ha sido alucinante, que se había marchado de su casa después de desayunar, porque al final decidieron ir a la de ella, que estaba más cerca que la de él. Al parecer, el único que salió huyendo en mitad de la noche fue el mío. Si es que tengo un ojo para los hombres…

Salimos a la calle, y al pasar por la lechería ya teníamos a Antonia en la puerta. Parecía que nos estaba esperando. Lo que yo decía: a la mierda las alarmas, ¿quién quiere una teniendo a esa señora cerca?

—¿Dónde vais tan rápido los dos? —nos dijo, y eso que ni siquiera miramos hacia dentro. Podríamos haber seguido andando, pero ambos sabíamos que entonces sería peor, porque se pondría a gritar lo que fuera que tuviera que decirnos desde la puerta, que no sería la primera vez que lo hiciera.

—Hombre, señora Antonia, qué alegría verla —le dijo Andy, disimulando, pero no le sirvió de nada.

—Dejaos de tanta tontería y tanto peloteo los dos, que lo que tengo que decirle a tu amiga es muy serio —dijo, mirándome a mí. Supe que no se lo iba a callar, que tenía que poner al tanto a sus compañeras de profesión, que estaban sentadas esperando a que hablara.

—Usted dirá —le respondí, después de respirar hondo para poder enfrentarme a lo que iba a soltar por esa boca.

—Entiendo que el muchacho que salió de madrugada de tu casa es un portento, y que te tuvo que dejar de lo más contenta, pero, hija mía, la próxima vez muerde la almohada o algo. Menudo grito diste, seguro que despertaste a todo el barrio. Yo no volví a coger el sueño, por eso tuve que salir al balcón a que me diera el aire —me dijo, intentando que yo soltara prenda, pero no lo consiguió.

—Lo tendré en cuenta, señora Antonia. Si hay una próxima vez, le diré que me amordace, que no solo se limite a atarme a la cama. —Quería chisme, pues ahí tenía uno, y bien gordo. No era cierto, pero así la tenía entretenida durante un buen rato.

—Niño, ¿qué te ha pasado en el ojo? Seguro que ha sido tu padre. Una de dos: o es porque estás todo el día vagueando, o porque ya se ha enterado de que eres de la acera de enfrente. Que también te digo, hay que ser muy tonto para no darse cuenta de eso. Si lo único que te falta es ponerte un letrero luminoso en la frente —nos dijo, y no tuvimos otra opción más que reír a carcajadas. Porque ella sabía que había sido por esa segunda alternativa, que la primera era más falsa que ella, porque mi amigo trabajaba en el centro comercial.

—Pues sí, señora Antonia. Me descubrió dándome un besito con mi novio y me recibió así cuando llegué a casa.

—Un antiguo, eso es lo que es, y un malnacido. A un hijo no se le hace eso. Desde luego, que Dios le da pañuelos a quien no tiene nariz. Con lo que a mí me hubiera gustado ser madre… Y seguro que la tuya ni te defendió, como si la viera.

—Vuelve a tener razón. Pero ya me da igual. Demasiado tiempo llevaba encerrado en el armario, ya empezaba a oler a bolitas de alcanfor —le dijo con todo su arte, y hasta ella tuvo que reírse.

—Igualito que la Pepi, que defiende a su hija y su trabajo a capa y espada, aunque todos sepamos a lo que se dedica la muchacha —dijo Paqui, otra de «las chicas de oro», como nosotros las llamábamos.

—Dice que tiene un «bloc» y es famosa en Internet. Pues yo también tengo uno, mira: donde anoto lo que me debe la gente que me compra fiado. Y de famosa tengo yo poco —dijo Antonia levantando un cuaderno de esos de anillas—. Esa se dedica al oficio más antiguo del mundo, por mucho que

su madre diga, pero que hace bien en defenderla, que para eso están los padres.

—No es un bloc de esos, Antonia, es una página de Internet donde cuenta cosas y la gente lo lee, y se le llama *blog*. Como tiene muchos seguidores, pues las marcas le envían sus productos para que los promocione allí, y por eso le pagan —intentaba Andy que comprendieran a lo que se dedicaba la hija de Pepi.

—Claro, y yo me chupo el dedo. Le mandan ropas y bolsos caros, gratis además, para que se haga una foto y la ponga ahí para que la vea todo el mundo. Y encima le pagan. Si eso es así, yo quiero hacerme uno de esos para poner los productos de mi tienda, a ver si los proveedores no me cobran —dijo ella indignada.

—Antonia, pero si el último proveedor que pasó por aquí fue para el bautizo del Jaime, el mayor de la Nina, y ese lleva ya lo menos seis años de militar, hija mía —le contestó con toda la gracia del mundo Manuela, la tercera pata del banco.

—¡Y que todavía no me ha pagado! Mira en mi bloc: *9 de enero de 1987; Nina, bautizo niño; 15 400 pesetas, pendiente* —dijo ella enseñando el cuaderno—. Vino llorando: *«Antonia, que en la peña me dejan el local, pero el banquete ahí me sale muy caro y no puedo permitírmelo. Te pido que me fíes los productos para poder prepararlo yo todo, y en cuanto mi marido cobre el paro, te los pago»*. Lo que no me dijo era en qué mes ni en qué año. Hasta el traje del niño se lo llevó prestado del refino de Carmen, y se murió la pobre sin cobrarlo.

—Bueno, señoras, un placer pasar el ratito aquí con vosotras, pero nos vamos, que nos están esperando en la playa, nuestras amigas —les dijo Andy, que era más cumplido que un luto, mientras salíamos de la tienda.

Fue al doblar la esquina, donde estábamos a salvo de sus miradas, y nos tuvimos que apoyar en la pared de la risa que nos entró. Antonia bailaba al son que más calentaba, lo mismo decía que el padre de Andy era un hombre de los que ya no quedaban, que lo ponía como los trapos, como hoy, por no apoyar a su hijo. Teníamos claro que, en el momento en el que la madre pasara por allí, volvería a cambiar su versión y le diría que mi amigo era un desconsiderado por dejar a su madre sin el dinero que le daba todos los

meses. Ella, con tal de estar al día de todos los cotilleos, se cambiaba más de chaqueta que un político, y donde hoy decía digo, mañana decía Diego, sin problema ninguno.

Capítulo 6



Pablo

Mi padre me llamó para decirme que ellos ya estaban en la notaría y que no tardara mucho, justo cuando acaba de aparcar el coche en el garaje subterráneo que había cerca de donde habíamos quedado.

—Buenas tardes —dije, nada más entrar, a una secretaría que había ido con el notario, y que estaba de muy buen ver. Aunque también me quedó claro que el notario no había ido por hacernos un favor, sino porque allí era donde se liaba con ella sin que se enterara su mujer. A la cárcel iba a venir a robar este…

—Buenas tardes, sobrino. Ya está todo listo, a falta de tu firma tan solo. Tu padre ha contratado una empresa que se va a encargar de recoger mis cosas, las que quiero llevarme, y trasladarlas hasta el apartamento tutelado. Las demás, si quieres, puedes conservar las que quieras y tirar el resto —me dijo mi tío, que se veía más feliz que una perdiz.

—Gracias, tío. Ya tengo clara la reforma que quiero hacerle, ahora solo me queda contactar con el constructor y que me dé presupuesto. He pensado pedir un préstamo al banco, a ver si no se me pone la cuota muy alta. Como ahora ya me voy a hacer cargo de gestoría de mi padre, tendré un sueldo más decente que el de profesor que tenía hasta ahora —le explicaba a mi tío, cuya ilusión se veía reflejada en su mirada.

Y es que el apartamento que había elegido estaba justo en la acera de enfrente de mi casa, con lo cual todos sabíamos que iría allí nada más que para dormir y para que le lavaran la ropa, por lo menos mientras que el

tiempo estuviera bueno. Para mis padres, que lo querían muchísimo, era toda una alegría.

—De eso nada. ¿A que no, Manolo? —Era el único que llamaba a mi padre así sin que le molestara, a los demás no se lo permitía a ninguno.

—Por supuesto que no, no hay necesidad ninguna —le respondió mi padre.

—Tu padre y yo ya habíamos hablado de esto antes de que tú llegaras. No voy a gastar tanto dinero como el que mi hermano me ha pagado por el piso, y tú eres mi único heredero. A los demás que les den por donde amargan los pepinos, ya que no se han preocupado de mí en la vida.

»Por eso, te voy a dar sesenta mil euros; quiero que los disfrutes mientras yo esté vivo y pueda ver lo bonita que vas a dejar mi casa. Espero que algún día me lleves a verla, y Manolo pagará de su bolsillo lo que te falte hasta dejarla completamente a tu gusto —me comentó mi tío, dejándome boquiabierto, ya que no me esperaba algo así de ninguno de los dos.

—Tío, pero no hace falta. Si con el sueldo que voy a tener lo puedo pagar perfectamente, de verdad —le dije un poco apurado.

Era cierto que mi tío tenía más sobrinos, pero como sus padres se distanciaron de nosotros cuando murió la abuela por temas de herencia, ellos habían perdido el contacto con Anselmo, y no pensaba dejarles nada. El resto de mis tíos querían echar al pobre tío de la casa, ya que ahí fue donde vivió con mi abuela. En realidad, esa casa era suya, porque su madre vivió siempre de alquiler, pero para que ella no se sintiera mal, la puso a su nombre, dejando bien claro en las escrituras que, el día que faltara mi abuela, él sería el único propietario. Los demás dijeron que era mentira, que él no había pagado nada, e incluso fueron a los tribunales, pero con la ayuda de mi padre, que fue quien le gestionó la hipoteca para poder comprarla, se demostró que era cierto. Así que no volvieron a hablarnos nunca más.

—Eso ya lo sabemos, pero a este pobre viejo le hace ilusión dártelo antes de cascarla. Los vecinos son estupendos, sobre todo la chica de abajo, esa es un encanto, siempre dispuesta a ayudar. Y la de la letra D también, pero esa está casada y con un niño, así que a esa ni de lejos, ¿te enteras? Que ya me he enterado de que estás hecho un donjuán.

—No será para tanto, tío, te lo aseguro. Mi padre, que es un exagerado —le dije, y ambos rompimos a carcajadas.

Después de salir del notario, nos lo llevamos a comer churros, porque decía que hacía mil años que no los comía, y empalmamos con una cervecita, ya que nos habían dado las tantas charlando. Mientras lo hacíamos, pasó un amigo de mi padre que era contratista de obras, y quedó conmigo al lunes siguiente a primera hora de la mañana para darme presupuesto. La cosa empezaba a coger color y no me podía hacer más ilusión.

Esa noche, mi tío se quedó en casa con nosotros, puesto que la empresa que le haría la mudanza lo haría al día siguiente por la tarde. Como había fútbol, compramos pescadito frito y nos lo subimos a la terraza, donde mi padre puso la televisión. Por mucho que mis amigos insistieron en salir, no consiguieron convencerme: prefería quedarme en casa descansando y aprovechar el día de playa del día siguiente, que el lunes se me acababa lo bueno, por lo menos hasta agosto.

Me levanté temprano, y ahí estaba mi padre, con un café y una calculadora en la mano, intentando resolver un problema de una de esas revistas de pasatiempos, totalmente concentrado, pero desesperado por no poder dar con la solución.

—Se te resiste, ¿eh? —le dije sonriendo mientras que me acercaba a la mesa con otra taza de café para mí.

—No lo sabes tú bien, no tengo cojones de resolverlo, ni siquiera con la calculadora —me dijo. Le retiré la revista y lo vi a la primera, así que le rodeé el resultado y le expliqué cómo había llegado hasta ahí.

—Era menos complicado de lo que intentabas hacer, chaval. Los años no pasan en balde. —Lo piqué, porque eso de la edad le dolía en el alma.

—Cuando tú llegues a los sesenta y cinco como yo, ya me dirás cómo estás.

—Papá, cuando yo llegue a los sesenta y cinco, no te lo voy a poder contar, a no ser que tengas el poder de la inmortalidad y yo no lo sepa.

—Mira, niño, déjate de cachondeo, que es muy temprano para que te burles de tu padre —me dijo, levantándose para servirse otro café. Yo aproveché para coger un bollo de chocolate, que era mi perdición.

Afortunadamente, para mí, la genética se había portado bien conmigo, porque con todo lo que comía, si me engordara, estaría que sería más fácil saltarme que darme la vuelta. Cogí mi mochila y me bajé a la playa. Apenas había nadie, y era cuando más me gustaba. En cuanto empezaban a llegar las aglomeraciones, yo recogía mis bártulos y me volvía a casa. Era muy raro que me vieran allí pasada las doce, la hora en que parecía que todo el mundo se ponía de acuerdo para bajar, sobre todo cuando había marea llena.

Mi playa —y hablo en posesivo porque así la sentía— era muy bonita, pero también muy pequeñita. Cuando subía la marea, si abrías un táper de filetes empanados, el de la sombrilla de al lado te daba los picos y el pincho de tortilla. Por eso me gustaba bajar a esa hora, donde solo estaban las personas mayores que habían ido a andar o a nadar.

—Buenos días, señor Antonio, ¿qué tal está usted hoy? —le pregunté a uno de esos señores con los que coincidía normalmente.

—Hombre, Pablito, ya te echábamos de menos. Pues tirando, hijo mío, pero mientras que podamos tirar… Sabes que a mí el mar me da la vida. Así que, en cuanto puedo bajar, aquí estoy, para nadar cuando el tiempo está bueno o para andar cuando el clima está como yo: pachucho.

—Pero si está usted hecho un *chavalote*, Antonio. Ya quisiera yo llegar a su edad tal y como está usted. Vamos, que lo firmo donde haga falta —le decía. Y es que Antonio tenía noventa y un años, y no había día en el que no estuviera en la playa, bien nadando o bien andando por la arena, tal y como él mismo había dicho.

—Anda, deja aquí tus cosas y ve a darte un baño, que el agua está hoy de categoría. Mira, parece una piscina. Eso es lo que tiene el levante en calma: que pasamos tela de calor, pero da gusto meterse en el agua. Y a ver cuándo nos traes una novieta, que a tu edad yo ya estaba casado y con dos hijos. ¡Ay, no sé por qué tuve que nacer tan pronto, con lo que yo hubiera disfrutado en esta época! ¡No iba a dejar a una mujer que se me insinuara sin catar!

»Mira, mira esa que está entrando en el agua —me dijo, señalando a una chica que estaba sola con un bikini que le hacía un cuerpo que quitaba el hipo. Hasta que me fijé bien, y vi que se trataba de Alicia. Me entraron

ganas de decirle a Antonio que esa la había catado yo, pero me callé. Las intimidades de uno no hay que ir aireándolas por ahí.

—Pues voy a ver si me la ligo, Antonio. Luego te cuento —le dije, guiñándole un ojo antes de dirigirme hacia donde estaba ella. Estaba dudando si meterse o no en el agua, avanzando con pasos lentos. Se me ocurrió una maldad. No sabía cómo le iba a sentar, pero no pude evitarlo: salí corriendo y salpiqué todo lo que pude hasta lanzarme al agua justo cuando había suficiente profundidad.

—¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Hay que ser gilipollas para hacer eso! —La escuché gritar hasta debajo del agua, y casi me ahogo de la risa que me entró. Por debajo del agua, buceando, llegué hasta ella por detrás, le agarré la pierna con suavidad e hice que cayera al agua, sin hacerse daño, por supuesto.

—Hombre, Alicia, qué bien te ha sentado el chapuzón —le dije sin poder parar de reír.

—Con todos los hombres que hay en el mundo, y yo siempre elijo a los más imbéciles. Si es que poco me pasa con el ojo que tengo —dijo mirando al cielo, para dar más énfasis a sus palabras.

—Seré tan imbécil como quieras, pero estoy completamente seguro de que soy el único que te ha hecho gritar de esa manera en la cama. Todavía tengo la marca de tus colmillos en el hombro —le susurré al oído, mientras la rodeaba con mis brazos por la cintura. La atraje despacio hacia mí, para que notara el efecto que tenía en mí verla con ese bikini.

—Menos lobos, Caperucita. Que no es que seas tú ahora un aprendiz de actor porno. Simplemente, llevaba mucho tiempo sin estar con un hombre —replicó, pero su tono no era precisamente de rechazo.

No pude evitar lo que se me ocurrió en ese momento.

—Te apuesto lo que quieras a que, si empiezo a acariciar tu sexo, lograré que te corras en menos de cinco minutos. ¿Te atreves?

—No. Porque sé que no lo vas a conseguir.

—Eso me suena a todo lo contrario —murmuré, mientras la sentaba sobre mis piernas, de espaldas a mí. Nos agachamos lo suficiente como para que el agua nos cubriera. Empecé a darle besos en el cuello, y aunque ella fingía estar ofendida, tenía la opción de levantarse y marcharse, pero no lo

hizo. Así que decidí arriesgarme y metí mi mano por el lateral de su braguita— ¿Te parece si hacemos una apuesta? Si gano, cenas conmigo el sábado; si ganas tú, ceno contigo el viernes.

—No se puede tener más cara que tú —me dijo, retorciéndose de placer entre mis manos, mientras que yo estaba que iba a explotar.

Capítulo 7



Alicia

Andy se había quedado la noche anterior a dormir en casa de Alejandro, aunque supongo que de eso harían bien poco, así que, como me levanté temprano y hacía mucho calor, aproveché para ir hasta la playa y darme un chapuzón. Estaba segura de que habría poca gente, y en momentos así, de tranquilidad, era cuando más me gustaba.

Dejé mis cosas cerca de la orilla, junto a unas señoras que estaban sentadas haciendo calceta y que eran muy amables. No es que llevara nada del otro mundo en la mochila, pero sí lo suficiente como para que me hicieran la puñeta si me la robaban: la documentación, las llaves de casa y el móvil.

Fui entrando en el agua despacio. Nunca me ha gustado meterme de golpe; no sé, me daba cierta impresión, y eso que el agua hoy no estaba nada fría. Mojé mis manos, mi cuello, y justo iba a mojarme los brazos cuando un imbécil entró corriendo al agua… justo donde yo me encontraba. No tenía el muchacho más sitio para dar por saco, qué va. Apenas había tres personas en el mar, pero no. El muy tonto tenía que tirarse en plancha justo ahí, empapándome sin que yo siquiera me hubiera sumergido.

—¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Hay que ser gilipollas para hacer eso! —grité con todas mis ganas. Porque sí, había que ser imbécil, no tenía otra explicación. Y entonces, de repente, noté que alguien tiraba de mis piernas, haciéndome sumergir. Por suerte, me dio tiempo a cerrar la boca, porque si no, hubiera sido una boca de riego al salir a la superficie.

—Hombre, Alicia, qué bien te ha sentado el chapuzón —me dijo, entre carcajadas, la misma persona que me había fastidiado el baño. Reconocería esa voz en cualquier parte: tenía que ser Pablo.

—Con todos los hombres que hay en el mundo, y yo siempre elijo a los más imbéciles. Si es que poco me pasa con el ojo que tengo —dije, más para mí que para él, mirando al cielo y reclamándole al karma y al destino por haberlo puesto de nuevo en mi camino.

—Seré todo lo imbécil que tú quieras, pero estoy completamente seguro de que soy el único que te ha hecho gritar de esa manera en la cama, si hasta sigo con la marca de tus colmillos en el hombro —me susurró en el oído, cogiéndome por la cintura y pegándome a él. Sentí su duro miembro en la parte baja de mi espalda y me estremecí, aunque hice como si nada. Con suerte, no se daría cuenta de que me había puesto como una moto.

—Menos lobos, Caperucita. No es que seas tú ahora un aprendiz de actor porno; lo que pasa es que llevaba mucho tiempo sin estar con un hombre —le contesté, muy pagada de mí misma. Pero lo que no me esperaba era lo que él me iba a decir a continuación.

—Te apuesto lo que quieras a que, si empiezo a tocar tu sexo, lograré que te corras en menos de cinco minutos. ¿Te atreves?

—No, porque sé que no lo vas a conseguir.

—Eso me suena a todo lo contrario —me dijo en un tono que me puso la piel de gallina. Mientras hablaba, iba dejando un reguero de besos por todo mi cuello, poniéndome más cardíaca de lo que ya estaba. Hasta que fue un paso más allá, y metió su mano por el lateral de la braga de mi bikini. Ahí ya no pude resistirme más—. ¿Hacemos una apuesta? Si gano yo, cenas conmigo el sábado. Y si ganas tú, ceno contigo el viernes.

—No se puede tener más cara que tú —le dije con una sonrisa, retorciéndome de placer.

Notaba que él se movía debajo de mí, así que no lo dudé. Me di la vuelta, enroscando mis piernas en su cintura y metí la mano por dentro de su bañador. Saqué su miembro mientras él introducía sus dedos en mi interior. Me dediqué a acariciar su pene, de arriba abajo, con suavidad, hasta que noté que estaba a punto de llegar a mi clímax. Aceleré el ritmo, y alcanzamos el orgasmo juntos. No hubo un solo beso entre nosotros; nos

masturbamos mirándonos a los ojos, dejando claro el deseo que sentíamos el uno por el otro.

—Joder, Alicia, me has sorprendido por completo. No esperaba que tu reacción fuera esa. Aunque no puedo negar que me ha encantado, y mucho. Creo que voy a tener que venir más a menudo temprano a la playa —dijo con una sonrisa.

Entonces puso su mano en mi cuello, ahuecándola, y me besó. Fue un beso pasional, de esos que dejan claro que lo que acabábamos de hacer no era un caso aislado, sino que íbamos a caer cada vez que estuviéramos juntos.

—Hemos quedado en empate —le dije al terminar ese beso, que nos dejó descolocados a los dos por lo que habíamos sentido.

—¿Qué? —respondió, sin saber a qué me estaba refiriendo.

—La apuesta. Hemos quedado en empate.

—Ah, vale. Pues nada, entonces el viernes ceno contigo y el sábado cenas tú conmigo. Solucionado —respondió, y ambos soltamos una carcajada.

—¿Y por qué tiene que ser viernes y sábado? Lo mismo tengo planes —le dije, solo para picarlo.

—Si prefieres otro día, por mí no hay problema. Me paso por tu casa, pedimos unas *pizzas* y listo.

—De verdad, tienes un morro que te lo pisas —dije, sin parar de reír, aunque enseguida le solté la pulla que me estaba carcomiendo por dentro y que no pensaba dejar pasar—. Y luego, te puedes marchar sin ni siquiera decir adiós, que no pasa nada. Lo único que puede ocurrir es que, la próxima vez que nos veamos, te lleves un guantazo… pero vamos, nada grave. Seguro que ya te han dado muchos de esos.

—Con respecto a lo del otro día… tenía que irme y no encontré nada donde dejarte una nota, te lo prometo —dijo, con una excusa que podría haber funcionado, si no fuera porque había un cuaderno encima de la mesa del salón. El mismo donde apunto lo que se va acabando en la despensa, para reponerlo los lunes cuando hago la compra.

—Cachis… qué mala suerte, chaval. Porque justo en la mesa del salón —esa que ves nada más salir del pasillo— siempre hay un cuaderno y un

bolígrafo. —Me separé de él, decidida a terminar con toda esa farsa. Hubiera sido más sencillo que me dijera la verdad, pero no me iba a quedar a medias, así que antes de salir de su radio de alcance, volví a hablar—. ¿De veras te pensabas que por un polvo te iba a pedir matrimonio? Qué equivocado estás, *chavalote*. Ni que fueras irresistible —le solté, y me marché, dejándolo con la palabra en la boca. Ya estaba bien de que se quedara conmigo.

Llegué hasta donde estaban las señoras, les di las gracias y recogí mi mochila para marcharme. Tenía tal cabreo encima que, en vez de relajarme, me había puesto peor. Ni me sequé, me puse el vestido encima del bikini, que aún chorreaba, y salí corriendo hacia mi casa.

—¿De dónde vienes con esa pinta, alma de cántaro? —me preguntó Andy al verme entrar. Ya estaba en casa cuando yo llegué.

—De la playa, pero más me valía no haber ido. Ya te contaré. Por cierto, no te esperaba aquí tan pronto. Pensaba que te quedarías a comer en casa de Alejandro.

—Espero que no te importe, pero lo he invitado a comer aquí. Lo acabo de mandar donde Antonia a comprar el pan, le deben estar haciendo el tercer grado al pobre —dijo riendo. Y es que, también, solo se le podía ocurrir a él mandarlo allí, pudiéndolo enviar a la panadería que había cerca.

—Claro que no me importa. Es más, esta casa es tanto tuya como mía, y puedes invitar a quien te dé la gana. Pero ya te vale mandar al pobre a la tienda de Antonia. Si vuelve y no se va, no lo dejes escapar, porque mucho te tiene que querer para hacer eso —le dije riendo, y me fui al cuarto de baño a darme una ducha. Lo que no me esperaba para nada era lo que me encontré en el salón al salir, con el albornoz puesto y una toalla recogiendo mi pelo.

—¿Qué coño haces tú aquí? —le solté, sin darme cuenta de que el albornoz se había abierto por la parte superior, dejando entrever mis pechos.

—Preciosa, si no quieres que me lance de nuevo hacia ti, cierra ese albornoz, por lo que tú más quieras. Desde que te conozco, vivo con el soldado preparado para la batalla todo el día —me dijo. Me puse como un tomate e iba a darme la vuelta, cuando siguió hablando—. Llamé a Alejandro y me dijo que estaba aquí, así que me he autoinvitado. Además,

en un rato tengo que subir a mi casa. El contratista iba a venir mañana por las reformas que tengo pensadas, pero me ha pedido el favor de si podía pasarse hoy.

—¿Tu casa? ¿Reformas? No entiendo nada, de verdad. Será mejor que me vista y hablemos, porque tengo la impresión de que estoy viviendo en un *reality show* del que soy la protagonista —le dije, completamente desconcertada. Os juro que si me pinchaban en ese momento, no me sacaban ni una gota de sangre.

Entré en mi habitación dándole vueltas a lo que acababa de decir. ¿Iba a ser mi vecino? No tenía constancia de que se vendiera o alquilara ninguna vivienda en mi bloque. Con suerte, lo de «subir a casa» se refería al edificio de enfrente… o al contiguo. Me puse uno de los vestidos veraniegos que usaba para estar en casa y me recogí el pelo en un moño, tal y como solía hacer cuando estaba sola o con Andy. Si él esperaba que me fuera a poner de gala por su presencia, lo tenía claro.

Salí de mi habitación, no sin antes respirar hondo y armarme de paciencia. Porque tenía la intuición de que la iba a necesitar, y en grandes cantidades.

—Hemos pedido pescadito frito y pollo asado para comer, nos lo traerán en un rato —me dijo Alejandro, que se acercó a darme un beso, pues ni siquiera lo había saludado cuando salí del baño.

—¿Qué hora es? —pregunté, y al mirar el reloj vi que ya eran las dos de la tarde—. Se me ha pasado la mañana en un suspiro.

—Sí, la verdad es que el tiempo «corre» que se las pela, ¿verdad, Alicia? —preguntó Pablo, entrecomillando la palabra con los dedos. En ese momento no sabía si tenía ganas de matarlo lentamente o de darle un golpe y que lo hiciera en el acto.

—Ja, Ja, muy gracioso. ¿Has desayunado payaso a la plancha esta mañana? —le dije con toda la ironía de la que fui capaz.

—No, más bien, me he desayunado a una tía impresionante en la playa. Lástima que ella no sepa vivir el momento.

—Para, para, que este y yo no nos estamos enterando de nada. Me da la impresión de que nos hemos perdido algo —dijo mi amigo Andy, alternando la mirada entre Pablo y yo.

—Al parecer nos hemos perdido mucho, amor, porque estos dos se traen algo entre manos —añadió Alejandro, divertido.

—Ahora no, entre manos nos traíamos esta mañana, en la playa, en el agua… Uf, mejor no lo recuerdo que me pongo a tono otra vez, y ella no está por la labor de subsanar lo que provoca —dijo Pablo, haciendo como el que se limpiaba el sudor de la frente, y eso sí que me cabreó más todavía.

Capítulo 8



Pablo

Cuando Alejandro me dijo que estaba en casa de su chico, y que no creía que se fuera a enfadar porque yo fuera, lo que menos me esperaba era que acabaría en casa de Alicia. Ella estaba en la ducha cuando llegué, por lo que nos sentamos en el salón, al abrigo del aire acondicionado, porque hoy el levante estaba en calma y hacía un calor de mil demonios.

—Pues sí, mi padre me cogió dándole un beso a Alejandro. La verdad es que ya estaba empezando a cansarme de andar escondido siempre, de no poder mostrar mis sentimientos en público, cuando no estaba haciendo nada malo ni matando a nadie. Así que llegó el momento de rebelarme —me contaba Andy, que así era como le gustaba que lo llamaran.

—Y has hecho bien. El amor no debe castigarse nunca, sea del tipo que sea, a no ser, claro, que estemos hablando en otros términos. Pero el amor sano, entre dos personas adultas, tiene que ser bien visto, da igual que sea entre dos hombres, entre dos mujeres o entre un hombre y una mujer. Supongo que tu madre se habrá puesto de tu lado, ¿no? Porque ellas siempre son las que más empatizan con nosotros —le pregunté. En mi cabeza no concebía otra cosa que no fuera eso.

—¿Mi madre? Esa es otra que mejor baila. Se calló la boquita, como si no fuera con ella. Ni *mu* dijo ante la sarta de barbaridades que me estaba soltando mi padre. Lo único que dijo al respecto fue que esperaba que le siguiera enviando la mitad de mi sueldo para contribuir a la economía familiar. Como que ese dinero lo utilizaba ella para sus caprichos, y así no

tenía que aguantar las caras largas de mi padre cuando le pedía dinero para eso.

»¡Si la muy descarada me ha llamado esta mañana para preguntarme si trabajo hoy, porque ha visto un bolso que le gusta mucho y quiere que se lo compre yo, que a mí me hacen descuento de empleado! Y ha tenido la poca vergüenza de decirme que se lo debo por todo lo que ha hecho por mí. Como que, muchas veces, hay que tener una boca prestada —dijo Andy, que estaba pasando por un mal trago por todo esto, y al que mi amigo Alejandro no dudó en abrazar. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan bien… pero bien vi a Alicia cuando salió en albornoz —uno que se le abrió y casi enseña los pechos, esos que me volvían loco— y me vio allí sentado.

Los ojos se le iban a salir de las cuencas, y para no perder la costumbre, nos enzarzamos en una guerra dialéctica, en la que ninguno quería dar su brazo a torcer ni quedar por debajo del otro, aunque a mí no me hubiera importado tenerla debajo, encima, e incluso de lado, pero en otras circunstancias, por supuesto.

—Bueno, creo que ha llegado la hora de que os explique mi situación, porque ni siquiera Alejandro está al tanto —les dije. Quería contarles lo del piso, porque lo de la playa, por mucho que tanto el uno como el otro habían insistido en que se estaban perdiendo algo, ni Alicia ni yo caímos en sus provocaciones—. Pues resulta que mi tío Anselmo ha decidido irse a un apartamento tutelado, concretamente el que está justo enfrente de la casa de mis padres, y me ha dejado el piso a mí.

—Espera, espera, ¿el bueno de Anselmo es tu tío? —preguntó ella asombrada, mientras que yo asentía con la cabeza— Pues, hijo mío, qué mala es la genética, porque no has heredado ninguna de las virtudes del pobre, que más lindo no puede ser.

—Oh, claro que lo he heredado. Y no solo hablo de la casa, que también. Según mi querido padre, soy exactamente igual que él, y no solo en lo físico. Porque si cogemos una foto de mi tío con mi edad, y otra mía, podréis daros cuenta de que somos dos gotas de agua.

»Somos igual de cabezotas, e igual de ligones. Que mi tío me cuenta que se iba al patio, detrás de la caseta del guarda, a liarse con toda la que

podía. Así que, como ves, sí que he heredado cosas suyas —le dije riendo. Sabía por dónde me iba a salir, y me encantaba verla cabreada por mi culpa.

—Lo que yo te diga: nada de lo bueno. Así te veo cuando tengas su edad, solo que tú, en vez de un apartamento de esos o una residencia, te veo como Antonia: todo el día en el balcón y rodeado de gatos —me dijo ella, queriendo quedar por encima de mí. Si Alejandro no hubiera desviado la conversación, tengo claro que nos hubiéramos enredado en otra de nuestras discusiones.

—Uf, esa mujer es mortal. Cuando he bajado a por el pan, creía que me había equivocado y me había metido sin querer en una de las oficinas ocultas del FBI. Si esa mujer hubiera estudiado para detective, no habría un caso que no estuviera resuelto ya. Tan solo le ha faltado preguntarme la marca de condones que uso cuando me acuesto contigo, te lo prometo —dijo Alejandro, que se veía que el pobre había sudado la gota gorda en ese establecimiento.

—Seguro que lo ha ido anotando todo, como si la viera. ¿Sus compañeras de trabajo, digo, sus amigas, no han colaborado en el interrogatorio? —le preguntó Alicia con una sonrisa en los labios. Al parecer, ella las conocía muy bien. Me daba la impresión de que se había criado aquí, en este barrio.

—Anda, que no, que si dónde trabajaba, que si ganaba bien, que si quería a su niño… porque como ellas se enteraran de que le hacía daño y sufría por mi culpa, iban a ir a buscarme y a colgarme de los huevos del árbol que está ahí detrás. Eso sin contar con que me ha contado toda la historia de su padre —que es un malnacido— y de su madre, a la que también han puesto verde, grana y oro.

»Porque a un hijo no se le hace eso —siguió explicando Alejandro, que no cambiaba su cara de preocupación por Andy. Y es que le habían tenido que contar algo más, eso seguro, pero sabría que le haría daño a su chico y por eso se calló.

—Que sepas que ya has perdido tu nombre. A partir de ahora, cuando se dirijan a ti, será como «el novio del hijo del militar». Aquí todo funciona así, yo soy el hijo del militar, Alicia es la nieta de la Luisa, y así

sucesivamente —explicaba Andy con una sonrisa, queriendo cambiar el cariz que había tomado la conversación.

—¿Entonces a mí como me llamarán? —pregunté inocentemente, pero la respuesta que me dio Alicia hizo que desapareciera toda la inocencia.

—No te preocupes, que de tu apodo me encargo yo. A partir de ahora serás «el cabrón del segundo» —dijo, y todos, incluido yo, estallamos en una carcajada.

Terminamos de comer entre risas y comentarios sarcásticos e irónicos por parte de Alicia, sobre todo con el postre que había traído Alejandro, al que ella se refirió como un *postre erótico*, por el tema del bote de nata que traía entre sus manos.

—Hijo, tú de gorra. Tienes que ser más agarrado que un chotis. ¡Ni el pan ha traído el tío! —Volvió de nuevo a la carga conmigo, y es que era cierto, no me había dado tiempo a traer nada porque ya lo habían comprado todo entre Andy y Alejandro.

—Vamos, habló Miss Espléndida, que hay que darle en el codo para que abra la mano —le contesté. Me encantaba buscarle la lengua, y ella cayó en mi trampa.

—Mira, muchacho, ¿qué te apuestas de que preparo una cena para el viernes mejor que en un restaurante de tres estrellas Michelin?

¡Oleeee! Había caído donde yo quería.

—Acepto la apuesta, pero tendrás que compararla con la que yo prepararé el sábado. Porque no sé si recuerdas que en la apuesta de la playa quedamos en tablas, así que tenemos dos cenas pendientes: la del viernes que preparas tú y la del sábado que hago yo. —Y entonces se dio cuenta de que había jugado con ella. En ese sentido, por supuesto, no se me ocurriría hacerlo en ningún otro.

—¿Qué apuesta de la playa? No podéis sacar un tema del que los demás no tenemos ni idea y, encima, pretender que no hagamos preguntas —dijo Andy, mirando muy serio a su amiga.

—No quieras saberlo, de verdad —le contestó ella.

—Por supuesto que quiero saberlo, y con todos los detalles, además. Entre nosotros nunca ha habido secretos, y no quiero que empiecen a

haberlos ahora —le contestó su amigo, muy digno él.

—Yo te lo cuento, Andy, no tengo ningún inconveniente. Esta mañana coincidí con Alicia en la playa. Estaba metiéndose en el agua poco a poco, y yo fui por detrás y la salpiqué. Luego le agarré una pierna y la sumergí en el mar. Me insultó, una cosa llevó a la otra… e hicimos una apuesta, en la que los dos terminamos con un orgasmo y empatados. —Resumí. Cuando terminé, tanto Andy como Alejandro estallaron en una carcajada, mientras que la cara de Alicia estaba roja como un tomate y yo la miraba con picardía.

—Vamos, que habéis echado un *kiki* en el mar —dijo Andy, y ella negaba con la cabeza.

—Fueron… digamos que… —Intentó explicarse, pero no sabía cómo decirlo sutilmente, así que la interrumpí y lo dije tal y como había sido.

—Nos masturbamos mutuamente. Ella a mí y yo a ella. Ahogamos los gemidos con un beso cuando nos corrimos, porque antes no había habido nada de eso, solo una mirada intensa —dije. Ella me dio un manotazo en el hombro, se levantó de la mesa y se fue a su habitación. Andy quiso levantarse e ir tras ella, pero lo frené, haciéndolo yo.

Ni siquiera llamé a la puerta; entré sin pedir permiso, porque como lo pidiera, tenía claro que me lo denegaría, y no me dejaría entrar.

—Vamos a ver, ¿qué problema tienes conmigo? ¿Por qué vienes a mi casa a humillarme? Porque eso es lo que has estado haciendo desde que llegaste a mi vida. Primero, saliendo de mi casa como si fueras un vulgar ladrón; segundo, metiéndome mano en la playa, y ahora, contándoselo todo a ellos —me gritaba desde el otro lado de la habitación.

—No me vas a perdonar nunca que me fuera sin despedirme. Lo tengo claro. Te prometo que no volverá a pasar, que la próxima vez, te diré adiós antes de hacerlo.

—La próxima vez dice… Ja. Como si fuera a haberla. Tendría que estar muy loca para caer en tus brazos otra vez.

—¿Qué te apuestas a que lo haces? No te hagas la dura, chica. No podemos estar juntos sin que salten chispas entre nosotros —le dije, intentando que entrara en razón, porque era cierto.

—No me apuesto nada, porque eso tiene fácil solución: no volvemos a coincidir y punto —dijo. Pero, sin darse cuenta, yo me iba acercando a ella poco a poco.

—¿Sí? ¿Piensas renunciar a tus amigos? Porque te aseguro que yo no. Y no solo porque Andy y Alejandro estén juntos, sino porque también lo están Pedro y Míriam —seguí diciéndole, mientras ya estaba a su altura. Estaba igual de excitada como yo; se notaba en sus pezones, que estaban erectos y duros, y ni siquiera se había dado cuenta.

—Yo no pienso renunciar a nada. Y tú tampoco tienes por qué hacerlo. Que queden conmigo los viernes y contigo los sábados. O al revés. Fíjate tú qué problema —dijo, con ese tono desafiante que me sacaba de quicio.

—Claro. O también podemos hacerlo quedando los fines de semana alternos. Y la mitad de las vacaciones para ti, la otra mitad para mí. Como los padres con custodia compartida. No digas más chorradas, Alicia, y hagamos esto como adultos que somos —le dije. Y ya no me pude controlar más.

Capítulo 9



Alicia

No me podía creer que estuviera viviendo esta situación tan surrealista, os lo prometo que no. Para empezar, lo iba a tener de vecino, ¡de arriba! Esto no había un dios que se lo creyera. Con lo feliz que estaba yo en mi casa. Y ya, cuando se puso a contarles a los demás lo que habíamos hecho en la playa, eso terminó de matarme.

Pero el señor no se quedó contento con eso: encima vino a increparme a mi habitación, tachándome, poco menos, que de inmadura. Casi sin darme cuenta, y en medio de la discusión, había acortado la distancia entre los dos —esa que yo había puesto intencionadamente—, porque en algo tenía que darle la razón: cuando estábamos en la misma habitación, entre nosotros saltaban chispas.

Y me besó. Y yo, lejos de ofrecer un mínimo de resistencia, hice todo lo contrario: caí rendida entre sus brazos, como si todo lo que hubiéramos hablado antes hubiera caído en saco roto. Ni más ni menos. Sentir sus manos por debajo de mi vestido, acariciándome las piernas, terminó de ponerme a mil, como si no lo estuviera ya lo suficiente.

Con gran maestría, se deshizo de mi vestido casi sin separar nuestras bocas. No os puedo decir si lo hizo por la cabeza o por los pies; el caso es que, cuando me di cuenta, ya tenía un pecho metido en su boca, lamiendo, mordiendo y succionando mi pezón. Y cuando consideró que ya estaba saciado de ese, pasó al otro.

Levanté su polo y se lo saqué por la cabeza, deleitándome con su torso desnudo. Volvió de nuevo a mi boca, donde nos volvimos a devorar. Me cogió del trasero, levantándome en peso y apoyándome contra la pared que tenía a mi espalda, haciendo que enroscara mis piernas en su cintura.

—¡Mierda! —exclamó de manera desesperada.

—¿Qué ocurre? —le dije entre gemidos, porque no había dejado de morderme el cuello ni de atender mis pechos con su boca.

—No tengo preservativos aquí —dijo mientras seguía rozando su sexo con el mío.

—Tengo puesto un anillo anticonceptivo, y estoy limpia. Últimamente, solo me he acostado contigo —le respondí, deseando que me penetrara de una vez.

—Yo también estoy limpio. En los últimos meses, tan solo me acosté con una compañera de trabajo y, ahora, contigo —me contestó, mientras apartaba mi braguita a un lado para penetrarme con fuerza.

Esta vez no grité, pero me faltó poco. Lo que sí os puedo decir es que me olvidé por completo de que no estábamos solos, de que Andy y su chico también estaban en la casa. Así que no me contuve a la hora de gemir.

En un momento dado, salió de mí y se agachó para quitarme las bragas. Me abrió las piernas y hundió su lengua entre mis labios vaginales, provocándome un orgasmo como solo él sabía hacerlo. A continuación, me dejó en la cama, apoyada sobre mis rodillas y mis codos. Se colocó detrás de mí y me volvió a penetrar, esta vez de manera suave, como saboreando el momento. Llegó al fondo y luego salió para volver a entrar, ahora con un ritmo un poco más rápido. Con cada embestida aumentaba la intensidad, lo que provocó que no tardáramos mucho en llegar al clímax. Primero lo hice yo, y lo arrastré conmigo, o más bien, se dejó arrastrar. Fue él quien, esta vez, pegó un grito —una especie de gruñido de placer que jamás le había escuchado.

—Joder, Alicia… en mi vida había sentido esto. Ha sido espectacular —me dijo, mientras volvía mi cara hacia él para besarme de nuevo.

—Será mejor que me meta en la ducha —le dije, totalmente avergonzada por lo que había vuelto a pasar entre nosotros.

—Yo también voy a asearme un poco. No quiero llegar arriba oliendo a sexo —me dijo, y se metió en el baño, no sin antes dejarme un breve beso en los labios y guiñarme un ojo.

¿Cómo había sido tan idiota de haber caído otra vez entre sus brazos? Al final, la imbécil iba a ser yo, no él, que con solo acercarse ya conseguía derretirme. ¿Era amor? No lo sé, pero no lo creo. Lo que sí era, sin lugar a duda, una atracción y una química brutal entre nosotros. Y eso no lo podía negar, por mucho que me doliera.

Me levanté y abrí la puerta del baño. Si él no había respetado mi intimidad, yo tampoco iba a respetar la suya. Me lo encontré dentro en la ducha; abrí la mampara y me metí con él. ¿Nos comportamos ahí dentro? Sobra decir que no. Nos volvimos como dos gatos en celo, en una maraña de brazos, labios y lenguas. Terminé con la cara pegada a la pared, el trasero inclinado hacia atrás y su miembro dentro de mí, dándome un placer que era indescriptible.

Él salió de la ducha y se vistió con prisas; ya debía estar el constructor en la puerta de su casa, esperándolo. Y yo… pues yo me lo tomé con calma todo. Me volví a duchar, me apliqué crema con mimo, todo ello pensando que, al salir, estaría sola. Craso error. Porque tanto Andy como Alejandro me estaban esperando, con una sonrisa en los labios y las cejas arqueadas.

—No me digáis nada, por favor. Sé que soy gilipollas por caer ante él cada vez que se me acerca —les dije, tapándome la cara de la vergüenza que sentía, sabiendo que, aunque no quisieran, lo habían oído todo.

—¿No has pensado que también puede ser al contrario? Quiero decir, que tal vez sea él el que cae rendido ante ti sin poder evitarlo —me dijo Alejandro. La verdad, no lo había pensado así, pero tampoco lo veía factible.

—Para nada creo que sea así. Él sabe perfectamente lo que provoca en las mujeres, y no duda en aprovecharlo. Sería tonto si no lo hiciera.

—Te equivocas con él, Alicia. Sé que pensarás que lo digo porque es mi amigo y quiero defenderlo, pero nada más lejos de la realidad. Si estuviéramos hablando de Pedro, eso sería otro cantar. Ese sí es un picaflor: hoy está contigo y mañana con otra. Pero Pablo no es así, por mucha pinta

de chulo que tenga. Te voy a contar mi historia, para que de este modo puedas comprenderlo mejor.

»Cuando teníamos catorce o quince años y estábamos en el instituto, yo acababa de llegar a la ciudad. Ningún chico quería acercarse a mí, y eso que yo intentaba esconder mi vena gay todo lo que podía. Me insultaban, me increpaban constantemente. Y él fue el primero que me defendió. No le importó mi condición sexual. Tanto él como Pedro se partieron muchas veces la cara —literalmente— por defenderme.

»En cuanto a las mujeres, tampoco te voy a decir que haya sido un monje, pero cuando se acuesta con una mujer, siempre deja claro que solo será esa vez. Nunca repite. Contigo lo ha hecho. Y eso solo me indica que algo le pasa cuando está cerca de ti. Llámalo atracción, amor, X, como quieras. Da igual la etiqueta. Pero que hay algo en ti que le llama la atención, de eso estoy seguro —me dijo Alejandro. Y yo… no terminaba de creerlo, la verdad.

—Lo mismo le pasa a ella, no te vayas a creer —intervino Andy—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que dejaste a Cayetano hasta que te acostaste con Pablo? ¿Cinco, seis meses?

—Once. Once meses han pasado entre la última vez que estuve con mi ex y la primera que me acosté con Pablo —le respondí, bajando el tono de voz. Porque, aunque entre nosotros no había secretos, como él mismo había dicho antes, ahora también estaba Alejandro, que para mi desgracia era uno de los mejores amigos de Pablo.

—Pues ahí lo tienes. Estáis haciendo el tonto los dos, cuando lo mejor sería dejar las cosas claras. Sin etiquetas. Os atraéis, pues disfrutad de eso mientras dure. Eso sí, definiendo los términos, no vaya a ser que uno guarde exclusividad y el otro se esté acostando con todo lo que se le ponga a tiro, la verdad —dijo Alejandro. Y, en eso, tenía toda la razón.

—Iba a hablar con él cuando saliera del baño, pero está claro que su especialidad es marcharse sin despedirse. Mira, ¿sabéis qué os digo? Que sea lo que tenga que ser. No me voy a comer más el coco. Que fluya la cosa y listo. Ya se irá viendo —dije, con un suspiro. Porque, sinceramente, venía de una relación con mi ex en la que me trataban como a la prima de Bambi, completamente ajena a todo lo que pasaba.

Lo pasé muy mal, porque casi vivíamos juntos. Digo «casi» porque, sin haber terminado de mudarse, dormía en mi casa la mayor parte de la semana. Excepto cuando le salía un ligue, claro, entonces o llegaba a las tantas o no aparecía, dependiendo de cómo le hubiera ido la noche.

Un día —y eso se lo agradeceré a Antonia toda la vida— al pasar por la tienda me llamó. Sus palabras quedaron grabadas en mi memoria para el resto de mis días:

—Alicia, corazón, entra, que tenemos que hablar contigo. Para empezar, queremos que sepas que esto lo hacemos porque te queremos. Eres una niña muy buena, que siempre estuvo pendiente de su Luisa hasta el fin de sus días. Tampoco sabemos si es cierto o no, pero Manuela escuchó a Soraya —la hija de la Conchi— hablando con Fanny, «la nieta de la costurera», y le estaba diciendo que esta noche había quedado con Cayetano, tu novio.

»Que la iba a invitar a cenar y que luego había reservado una habitación en el mismo hotel. Por lo visto, y sin que tú te enteres de nada —porque eso hace el amor, nos deja ciegas y sordas—, esa es una práctica habitual en él. Vamos, que tienes más cuernos que una olla de caracoles en un barco vikingo —me dijo, y eso me abrió los ojos.

Esa noche me había dicho que tenía que trabajar. Que le tocaba guardia. Era celador en el hospital de la ciudad, así que siempre recurría a eso cuando tenía un ligue fuera de la pareja. Y yo, carajota de mí, me lo creía, porque encima pensaba: «Qué bueno es mi chico, que no le importa cambiar un fin de semana de noche si algún compañero lo necesita».

Dejé que saliera de casa. Yo ya estaba vestida, con la bata encima, lista para quitármela nada más que él llegara a la esquina. Había quedado con Andy delante del cuartel, porque el muy carajote había elegido un hotel en la ciudad, ¡con lo cerquita que estaba San Fernando, donde no nos conocía nadie allí! Pero claro, a veces pecamos de confiados.

Llegamos al hotel, y los dejamos cenar, entre arrumacos y caricias. Pero cuando se dirigían al ascensor, los intercepté. Su cara fue un poema, pero me dio exactamente igual. Le arreé tal guantazo que le saltó hasta un empaste. Y me marché.

Estuve diez días llorando por los rincones. Pero, a la hora de salir a la calle, me pintaba mis labios de rojo y levantaba la cabeza. Se creía la idiota

esa que me lo había quitado, cuando el que se quitó de en medio fue él, y lo hizo en cuanto se enteró que la había dejado embarazada. De menuda me libré.

Capítulo 10



Pablo

Me sentía totalmente desconcertado. No sabía qué me pasaba cuando tenía a Alicia cerca; era como si no fuera capaz de controlar mis impulsos, y eso me jodía de una manera grandiosa. Todo eso lo pensaba tras salir de allí. Y lo volví a hacer: aproveché que estaba vistiéndose para marcharme, aunque tenía la intención de entrar antes de irme definitivamente. Subí a mi casa, donde ya estaba Alonso, el contratista, esperándome.

—Ya era hora, chico, que llevo aquí un rato esperando —me dijo en un tono que no me agradó nada. Era como si me estuviera haciendo un favor, cuando yo iba a pagar toda la reforma. No me iba a regalar nada. Además, que tan solo pasaban tres minutos de la hora en la que habíamos quedado.

—Pues será porque usted ha llegado antes de tiempo, ya que en mi reloj solo pasan tres minutos de la hora indicada —le respondí, empleando el mismo tono que él, dejándole claro que me importaba muy poco lo que él pensara.

Pasamos al interior, y le estuve explicando lo que me gustaría hacer en la casa, describiendo su uso habitación por habitación. Pero, por su cara, sabía que solo estaba ahí por compromiso, y que no pensaba llevar a cabo ninguna reforma. Y eso me lo confirmaron sus palabras cuando terminamos la visita.

—Pues yo creo que, con una mano de pintura y una actualización de los sanitarios, irías en coche de caballo. No creo que puedas desembolsar la

cantidad de dinero que te costaría la reforma. Además, para mí supondría un dolor de cabeza lidiar con mis hombres, en este caso —dijo.

Pero no me callé. No podía.

—Para empezar, lo que usted crea me trae sin cuidado. Es mi casa, y el que va a vivir aquí soy yo, así que la pondré como me salga del alma, por no decir de otro sitio. En segundo lugar, si tengo el dinero o no, no es problema suyo. Usted de lo único que debería preocuparse es de poner la mano, antes y al finalizar las obras. Y para finalizar, me parece que usted ya venía predispuesto a no hacer nada. Y siendo así, no entiendo por qué me ha hecho perder el tiempo.

»Es de tener muy poca profesionalidad. Con lo sencillo que habría sido decir: *Lo siento, no puedo hacerlo o no me sale de los cojones*. Pero claro, seguro que, como mi padre le lleva los papeles de su empresa, se sintió obligado. ¿Sabe qué? A partir del lunes, el que dirigirá la gestoría seré yo —le dije. Y noté cómo su cara cambiaba—. Pero no se preocupe, que yo no soy tan poco profesional como usted. Yo sí sé hacer bien mi trabajo. Ahora, si me disculpa, he dejado una comida a medias con amigos para venir hasta aquí a no hacer nada.

Se marchó de mi casa, y yo me quedé ahí, con una sensación de impotencia y rabia que no podía soportar. Ante eso, y sabiendo que si entraba en casa de Alicia terminaríamos discutiendo de nuevo —porque no tenía el humor para aguantar tonterías de nadie—, salí de allí, cerré la puerta con llave y me marché a mi casa. Mañana sería otro día.

—Vaya impresentable el constructor que me has enviado, papá —le dije a mi padre en cuanto que entré en mi casa. Si fuera mudo, reventaba.

—¿Y eso? ¿No iba a ir mañana a ver la casa? ¿Qué ha sucedido? —preguntó, completamente extrañado.

—Eso era en lo que habíamos quedado en principio, pero esta mañana me dijo que se le había complicado el día, que, si podía ser esta tarde. Que si no, tendría que esperar a que tuviera un hueco. Ahí empecé a escamarme un poco, porque nadie en su sano juicio avisa a un cliente de la visita en el mismo día. Y además, es domingo. Como estaba en casa de unos amigos —que, curiosamente, viven abajo— le dije que no había problema.

»Cuando subí, empezó a decirme que llevaba un rato esperando. Y el caso es que no habían pasado ni tres minutos de la hora en la que habíamos quedado. Entramos en la casa y el tío no llevaba ni un mísero cuaderno para apuntar las reformas que quería.

»Para, al final, decirme, en el momento en el que terminamos de visitar la casa y de explicarle todo lo que quería cambiar, que eso saldría muy caro y que no podría pagarlo, que con una capa de pintura y una actualización de los sanitarios, iría en coche de caballos —le expliqué a mi padre, que me miraba sin dar crédito a mis palabras.

—¿Ese tío, qué se ha creído? Cuando me lo eche a la cara, se va a enterar de quién soy yo. Esto no se va a quedar así —dijo mi padre, mientras se levantaba para ir a la cocina y traer dos cervezas bien frías.

Estábamos los dos solos. Mi madre se había bajado a la playa con las amigas, y mi padre se aburría allí mientras ellas charlaban o jugaban al bingo.

—No te sofoques, papá, no merece la pena. Solo ha acudido por compromiso, pero no tenía ninguna intención de llevar a cabo la reforma. Ahora bien, cuando le he dicho que a partir del lunes la gestoría la llevaría yo, casi le da un infarto. Pero ya no quise que siguiera en mi casa. Mañana buscaré a otro, y santas pascuas.

—Ese no sabe con quién ha dado. El lunes le voy a decir que, si no quiere que Hacienda le haga una inspección, más vale que traiga todas las facturas que tienen pendientes. Hasta las del papel higiénico de la oficina le voy a pedir —dijo mi padre, y los dos rompimos en una carcajada.

Me quedé toda la tarde con mi padre en el salón, con el aire acondicionado puesto. Cuando llegó la hora, me metí en la cocina a preparar la cena. Esa noche, mi madre había dejado fuera unos solomillos, así que los hice al *whisky* —sabía que le encantaban—, y me puse a pelar y cortar patatas para freírlas en cuanto subiera. Cuando ya lo tenía todo listo, me metí en la ducha de nuevo y me puse el pijama. No me apetecía salir, aunque Pedro me llamó varias veces, aparte de que al día siguiente teníamos que madrugar. Lo invité a cenar a casa de mis padres, pero declinó la invitación, alegando que no se iba a vestir solo para eso. Y lo entendía,

porque él vivía casi a la salida de la ciudad, y venir hasta aquí, solo para cenar, era una putada.

Me acosté con una mezcla de ilusión y agobio. Por un lado, al día siguiente empezaría a trabajar en la gestoría. Aunque no era mi profesión preferida, ver en la cara de mi padre la satisfacción de que su legado continuaría en la familia hacía que lo encarara con otra actitud. Pero, por otro lado, sentía un peso en el pecho, un agobio por ver cómo se había venido abajo la idea de tener mi casa con la reforma hecha. Sé que no tenía por qué sentirme así, porque con buscar a otro contratista estaba la cosa solucionada, pero tengo que reconocer que, cuando quiero algo, lo quiero para ayer. En eso soy muy caprichoso, las cosas como son.

Con una marabunta de pensamientos en mi cabeza, me quedé dormido. El último que acudió fue la imagen de Alicia, y lo desilusionada que tendría que estar por mi manera de actuar. Pero al día siguiente, en cuanto saliera de la gestoría, iría a verla para disculparme.

Me levanté antes de que sonara la alarma del despertador. Había descansado muchísimo, y eso lo notaba en mi estado de ánimo. Me di una ducha y me vestí. Una cosa que le dejé clara a mi padre fue que no iba a ir a trabajar con traje de chaqueta: hacía demasiado calor, y un hombre podía ir elegante sin tener que llevar corbata. Elegí un pantalón chino azul pastel y una camisa de cuadros en tonos azules, con las mangas remangadas hasta los codos. Los zapatos y el cinturón los cogí en marrón chocolate, siempre había pensado que ese color le daba elegancia a cualquier atuendo.

Cuando llegué a la cocina, ya estaba mi padre allí, tomándose un café. Al verme, preparó otro para mí.

—¿Te has caído de la cama o algo? —le pregunté mientras cogía la taza de sus manos.

—Sabes que me gusta madrugar, y hoy más que nunca. Venga, bébete eso y vámonos, que te invito a desayunar antes de entrar en la oficina —me dijo, levantándose para coger su maletín, ese que me recordó que tendría que comprarme uno para llevar la documentación.

Apuré mi café y lo seguí, saliendo de casa y cogiendo el coche. La oficina no quedaba tan lejos, pero mi padre dijo que hoy quería llegar especialmente temprano para enseñarme todo, como si no hubiera ido

veinte mil veces a verlo mientras él estaba trabajando. Pero no le discutí; ya mañana me iría andando, dando un paseo por la balaustrada de la playa.

—Pablo, hijo, quiero que sepas que yo a mis empleados los trato como compañeros, no como jefe, y me gustaría que la cosa siguiera así, por favor. Somos como una familia, y si alguno tiene un problema, es como si lo tuviéramos todos. Nos implicamos hasta encontrar una solución, ya sea un problema laboral o personal —me dijo mi padre mientras desayunábamos, con una seriedad que dejaba claro que hablaba desde el corazón.

—Por eso no tienes que preocuparte, papá. Sé lo que representan esas personas para ti y, sobre todo, para la empresa. Son el mayor activo que tenemos, y pienso trabajar para que todo siga de la misma manera —le respondí con sinceridad, y tras desayunar, nos dirigimos a la oficina, donde ya habían llegado los empleados. Cada uno tenía su llave y podían entrar cuando quisieran.

Mi padre entró, se colocó en medio de la oficina y llamó a todos sus empleados, que estaban en sus despachos, excepto la chica de recepción, que permanecía en el mostrador de entrada. No me fijé en ninguno de los que salieron de los despachos. Es más, a pesar de que había ido, en infinidad de ocasiones, a los últimos empleados que habían entrado, sustituyendo a los que se habían ido jubilando, no los conocía.

La recepcionista estaba buena hasta decir basta. Tenía un cuerpazo y una sonrisa que llamaban la atención, y por un momento, no le quité los ojos de encima. Si la hubiera conocido en otras circunstancias, lo mismo le hubiera tirado la caña, pero trabajando para mí, y sin saber cómo era como persona, no me iba a exponer a que me pusiera una demanda por acoso. Eso no entraba en mis planes.

—Chicos, este es mi hijo, Pablo, que se hará cargo de la empresa a partir de septiembre, que será cuando yo me jubile. Durante todo este mes permaneceremos aquí los dos, porque no está familiarizado con el trabajo —antes era profesor—, pero estoy seguro de que, entre todos, le facilitaremos las cosas. Confío en vosotros —dijo mi padre, con su tono cercano de siempre.

Lo que menos me podía esperar era encontrarme allí a quien me encontré.

—Pablo, ellos son Alicia, Marta y Mateo, y la chica de recepción es Amaya. —Me presentó mi padre, ajeno a la tormenta que estaba a punto de desatarse.

Y aunque intenté disimular mi sorpresa e iba a ser cordial, unas palabras no me lo permitieron.

—¿Tú? ¿Aquí? Esto es increíble… Me parece surrealista todo lo que estoy viviendo —dijo Alicia, dándose la vuelta para entrar en su despacho con la cara blanca y completamente cabreada.

Capítulo 11



Alicia

¿Se podía tener peor suerte? Ya te digo yo que no. El único sitio donde me encontraba a gusto, en familia, con el cariño que le tenía a don Manuel… y tenía que entregarle el mando de la gestoría a su hijo, que no era otro que el impresentable de Pablo. La cosa tenía miga: no podíamos estar juntos porque echábamos chispas, lo iba a tener de vecino y, por si no tenía bastante, ahora también iba a ser mi jefe.

—¿Se puede? —llamó don Manuel a mi despacho, mientras que él se quedaba fuera charlando con los demás.

—Alicia, ¿tienes algún problema con mi hijo? —me preguntó directo al grano.

Alguno no, *todos*, me entraron ganas de decirle, pero mi supervivencia dependía de ese trabajo y no quería quedarme en el paro, no por lo menos sin tener antes otro. Y en la ciudad donde vivíamos encontrar algo así era poco menos que misión imposible.

—Digamos que nos conocemos y no empezamos con muy buen pie —le contesté, y continué para que supiera, sin entrar en detalles, a qué me estaba refiriendo—. Don Manuel, no quiero que me malinterprete ni me tache de lo que no soy, y esto que le voy a contar me gustaría que no saliera de aquí.

—Puedes estar completamente tranquila por eso, Alicia. Sé que me ves como a un padre, y yo a ti como a una hija. Llevas casi cinco años trabajando para mí, así que creo que he demostrado con creces que puedes

confiar en mí —me dijo mi jefe, porque todavía lo era, y me instó a seguir hablando, cerrando la puerta a su espalda para tener más intimidad.

—Nos conocimos hace unos días en una discoteca, y pasamos la noche juntos. Cuando me desperté, ya no estaba: se había marchado sin ni siquiera decir adiós, y me dolió. No pretendía que me pidiera matrimonio, y sabía lo que eso había significado para él, pero no me esperaba que me tratara de esa manera. —Iba a hablar, pero le hice un gesto para que me dejara continuar, y guardó silencio—.

»A los días, nos volvimos a encontrar en la playa, y digamos que intimamos de nuevo. Pero me volvió a tratar de la misma manera, así que lo dejé allí y me marché a casa, donde me esperaba mi mejor amigo —que vive conmigo temporalmente por motivos personales— y su chico, que curiosamente es amigo de Pablo. Fui a darme una ducha, y lo encontré sentado en mi salón, y fue cuando me explicó que se mudaba al piso de arriba.

»No sabía que el bueno de Anselmo era su tío, y me chocó, pero bueno, esa es otra historia. Volvimos a intimar, y se volvió a marchar de la misma manera, como si yo fuera su muñeca hinchable y me pudiera utilizar a su antojo. Por lo que veo, es su *modus operandi*, eso de marcharse a la francesa, digo.

»Créame que me ha sorprendido muchísimo verlo aquí, porque de no conocerlo de nada he pasado a tenerlo hasta en la sopa: primero en mi pandilla, luego de vecino y ahora de jefe. La situación me ha superado, no se lo voy a negar. Pero no se preocupe, porque no influirá en mi trabajo, se lo prometo.

—Eso último que has dicho, sobraba. Sé de buena tinta cómo eres de responsable, así que pierde cuidado en ese aspecto. En lo demás, te prometo que yo no he criado a mi hijo para que actúe de esa manera. Que se acueste con quien le dé la gana, en eso no puedo entrar —porque son otros tiempos a los míos—, pero que se marche de los sitios así, como si aquello fuera un prostíbulo… eso sí que no lo voy a consentir —me dijo, levantándose y yendo hasta la puerta, donde lo acompañé.

Al abrirla, lo vimos coqueteando con Amaya, y no sé decir si fueron celos, rabia o qué coño era lo que sentí. Lo que sí tengo clarísimo es que un

calor me subió desde lo más profundo de mi cuerpo hasta la garganta, y mi cabreo fue difícil de ocultar, sobre todo para él, que me miraba con una sonrisa de autosuficiencia que no podía con ella. Era como si me estuviera diciendo: *¿Te crees que eres la única a la que me voy a pasar por la piedra? Pues lo llevas claro, bonita.*

—¡Tú, a mi despacho, ya! —exclamó don Manuel a su hijo, en un tono que dejaba al descubierto lo enfadado que estaba. Pablo, al pasar por mi lado, me miró de una manera que me puso los pelos de punta, pero no iba a agachar la cabeza, ni ahora ni nunca, si no me quería ahí o no le gustaba mi manera de actuar, que me despidiera.

Entré en mi despacho y cerré la puerta… para nada, porque a los cinco minutos entró Marta, con una cara que lo decía todo.

—¿Has visto el descaro de Amaya? Si solo le ha faltado cogerle la cabeza y presionarla contra sus tetas. Ya lo intentó con Mateo, y le importó poco que estuviera casado. Menos mal que nuestro chico tiene la cabeza bien amueblada. Pero con don Pablo, es que ni siquiera le ha dado tiempo a saludarla, y ya estaba coqueteando descaradamente, como si estuvieran los dos solos en la barra de un bar, vamos —me dijo. Y yo sabía que había sido así, porque Marta podía tener muchas cosas, pero no era ni mentirosa ni metiche. Ponía las manos en el fuego por ella y no me quemaba.

—Pues allá ellos, chica. ¿Qué quieres que te diga? —le respondí, intentando no mostrar mi verdadero estado de ánimo. Ese solo lo sacaba con los míos. Demasiado que había hecho el esfuerzo de contárselo a don Manuel, pero como él mismo me había dicho, para mí era como si fuera mi padre. Por eso no podía consentir que hubiera malentendidos.

—La verdad, ¿de qué lo conoces y por qué has tenido esa reacción al verlo? —me dijo. Y entonces decidí contarle una verdad a medias.

—Pues… digamos que hemos tenido varios encontronazos. Va a ser mi vecino de arriba, su tío le ha legado su piso. Nada más. No te vayas a montar películas, chica, que ni Almodóvar en sus mejores tiempos —le dije. Y es que eso sí: Martita tenía una imaginación que ni los guionistas de las mejores series de las plataformas digitales. Por eso no había querido contarle nada más.

—Hija, qué sosa. Ya me imaginaba que habíais vivido un amor de esos intensos, que se rompió por la distancia y que, ahora, a su vuelta, ibais a retomar la situación donde lo dejasteis —me respondió con su cara soñadora.

—Lo que yo te diga. Qué lástima la guionista que se ha perdido Hollywood contigo. Anda, déjame trabajar, que tengo mil cosas que terminar hoy y todavía no he empezado. Nos vemos a las doce para irnos a desayunar, que antes no podré. Dile a Mateo que se vaya él primero —le dije, acompañándola hasta la puerta. Quería sumergirme en el trabajo y olvidarme de todo. Era mi válvula de escape.

Metí la cabeza en toda la documentación que estaba preparando para la auditoría de una de las empresas que trabajaba con nosotros. Querían fusionarse con otra, pero les exigían ese proceso a las dos partes, para que no hubiera ningún tipo de engaño.

—¿Tú no piensas desayunar hoy o qué? —Apareció la cabeza de Marta por el marco de la puerta de mi despacho. Miré el reloj: eran casi las doce y cuarto.

—Dame un minuto, que termino de cuadrar esto y nos vamos —le dije sin despegar los ojos de la pantalla de mi ordenador, mientras terminaba lo que estaba haciendo—. Listo, ya podemos irnos.

Estaba colgándome el bolso al hombro para salir cuando vi que entraban Pablo y Amaya. Habían ido a desayunar juntos, y no os podéis imaginar lo que me escamó eso, por mucho que intentara repetirme a mí misma que entre nosotros no había nada y que él era libre.

—Alicia, cuando vuelvas de desayunar, pasa por mi despacho, por favor. Me gustaría aclarar unas cosas contigo —me dijo, mientras mantenía la mano apoyada en la parte baja de la espalda de mi compañera.

—Pues tendrás que esperar a que termine lo que estoy haciendo. Tengo que enviar la documentación antes de las dos, y si me entretengo, no me va a dar tiempo —le respondí de la forma más correcta que pude.

—Si no te puedes entretener, pide que te envíen el desayuno a tu despacho. Pero en media hora te quiero llamando a mi puerta —me soltó, y se dio la vuelta. Vi entonces la sonrisa en la cara de Amaya.

—¿Se puede saber de qué te ríes? No veo nada gracioso como para que tengas esa sonrisa en la cara —le espeté. No podía con ella, pero no era algo nuevo. Desde que intentó por todos los medios liarse con Mateo, poniéndolo en más de un aprieto, la tenía atravesada.

—Chica, que tú seas una amargada no significa que todas lo tengamos que ser. ¿Acaso no te has fijado en el pedazo de hombre que me ha invitado a desayunar? Solo con eso ya tengo la sonrisa puesta todo el día… sobre todo porque también me ha invitado a cenar. Y estoy deseando que llegue la hora del postre —me dijo. Algo se revolvió en mi estómago. Lo que ella no esperaba es que don Manuel estaba justo detrás de ella.

—Ese «pedazo de hombre», como usted ha dicho, es su jefe, y se cuidará mucho de ir a cenar con usted, a no ser que tenga claro su despido. Entonces, ahí ya, ni entro, ni salgo —le dijo mi jefe, dejándola cortada y bastante enfadada.

—Ve a desayunar tú, Marta. A mí se me ha quitado el hambre —le dije, dándome la vuelta y dirigiéndome directamente al despacho de Pablo, que tenía la puerta abierta—. Aquí me tienes.

—Pasa, cierra y siéntate —me dijo, con un tono de lo más tirante. Tenía la impresión de que esta conversación terminaría en una discusión, como si lo estuviera viendo.

—Tú dirás —le dije muy seria. No sabía qué me había cabreado más: que se hubiera ido a desayunar con Amaya, que me hablara mal delante de ella o que hubiera quedado para cenar. Aunque, siendo sincera, creía que era el cúmulo de todo junto, lo que me tenía así.

—¿Tú dirás? Aquí la única que ha dicho algo eres tú, y no precisamente a la persona indicada. ¿Pensabas que, porque se lo dijeras a mi padre, te iba a jurar amor eterno? Porque si es así, créeme que te has equivocado en todo y por todo…

—¿Eres imbécil? Bueno, creo que la pregunta sobra —interrumpí su discurso. Este hombre no estaba bien de la cabeza, os lo prometo.

—Primero: se acabaron los insultos. Y segundo: me respetas, que soy tu jefe. Que nos hayamos acostado más de una vez no te da ningún derecho sobre mí, ¿te enteras? —me gritó, y me dolió en el alma su manera de dirigirse a mí.

—Me he enterado yo y todo el edificio, pero no te preocupes, que lo tenía claro desde la primera vez. Y no es algo que me quite el sueño. Por eso, y mientras tu padre siga aquí, rogaría que fuera él quien se dirigiera a mí en todo momento. Una vez que don Manuel se vaya, me hablas de usted y solo para temas laborales. Buenas tardes, don Pablo. —Me levanté y me fui del despacho, aunque salió detrás de mí.

—¡No he terminado de hablar, Alicia, vuelve aquí! —me gritó desde la puerta, pero no le hice caso. Me encerré de nuevo en mi despacho, aguantando las lágrimas que pugnaban por salir.

—Como es algo personal, ni tengo por qué escucharlo ni tiene derecho a gritarme de esa manera. Y ya le he dicho que me hable de usted, como al resto de mis compañeros. Entre usted y yo no hay tanta confianza para eso —le dije desde dentro, mientras escuchaba cómo su padre lo llamaba desde el fondo del pasillo.

Capítulo 12



Pablo

Ver los celos en la cara de Alicia cuando me vio llegar de desayunar con Amaya hizo que me comportara de una manera que ni yo mismo tenía clara, pero me salió así. Si a eso le sumamos que mi padre me había echado una buena reprimenda por mi manera de tratar a las mujeres, pues mi cabeza era como una bomba de relojería.

—¡No he terminado de hablar, Alicia, vuelve aquí! —le grité desde la puerta de mi despacho al verla marcharse y dejarme con la palabra en la boca. Esta mujer me iba a costar muchos dolores de cabeza, además de los que me provocaría en mis huevos, porque no se podía imaginar cómo me ponía cuando me enfrentaba así.

—Como es algo personal, ni tengo por qué escucharlo ni tiene derecho a gritarme de esa manera. Y ya le he dicho que me hable de usted, como al resto de mis compañeros. Entre usted y yo no hay tanta confianza para eso. —La escuché decir desde dentro de su despacho. Me dirigía hasta allí, pero mi padre me frenó al pasar por su lado.

—Pablo, ven conmigo al despacho. Tenemos que hablar —me dijo muy serio, y algo me decía que la bronca no había terminado. Era mi primer día de trabajo y no me había dado tiempo ni a mirar un solo expediente. Y todo por su culpa. No sabía cómo íbamos a poder convivir tantas horas con esta tensión.

—¿En qué estás pensando, hijo mío? ¿No has tenido bastante con liarla de esta manera con Alicia, que ahora también te vas a acostar con Amaya?

Ya es hora de que sientes la cabeza, Pablo. No puedes ir por ahí acostándote con todo lo que tenga falda, sin tomarte a ninguna en serio.

»Porque al final te sucederá como al tío Anselmo, que se lo pasó muy bien durante su juventud, pero en su vejez está completamente solo, sin nadie a quien abrazar o que lo abrace en un mal día. Te aseguro que eso no le ha compensado —me habló mi padre, pero la última parte casi ni la escuché, me había quedado en que pensaba acostarme con Amaya, y no sabía de dónde había sacado eso.

—¿De dónde has sacado que yo quiero algo con esa chica? Porque, que yo sepa, invitarla a desayunar cuando hemos coincidido en el bar, o darle paso a la entrada de la oficina con la mano en la espalda, no significa que me vaya a acostar con ella —le dije a mi padre, que me miraba como si no me creyera.

—Ella se lo ha dicho a Alicia, que habíais quedado esta noche para cenar.

—¿Y te crees antes a Alicia que a tu propio hijo? A ver si el que va a tener que empezar a pensar mal voy a ser yo —le dije, cabreado. Ya solo me faltaba eso. Estaba a un plis de ponerla de patitas en la calle.

—En primer lugar, a mí no te dirijas en ese tono, que soy tu padre. Y en segundo lugar, aunque no menos importante, a mí no me lo ha dicho ella, yo me encontraba justo a la espalda de Amaya cuando se lo ha comentado. No es la primera vez que lo intenta —lo de liarse con alguien aquí, digo—. Lo intentó con Mateo, que por desgracia para ella no cayó en sus redes porque está muy enamorado de su mujer.

»Lo consiguió con Joaquín, al que trajo por la calle de la amargura hasta que se jubiló, exigiéndole cosas o, si no, se lo contaría a su mujer. Pero antes de eso, también lo intentó conmigo, y le paré los pies a la primera insinuación.

»No seas tan imbécil de pensar con la bragueta, porque te amargará la existencia con cualquier amenaza. Y la primera que me viene a la cabeza es la de una demanda por acoso sexual o laboral. Así que tú verás si te compensa pasar por un calvario por echar un polvo —me soltó mi padre, y me dejó, como se suele decir, con las patas colgando.

—Papá, yo…

—No he terminado. Con respecto a Alicia, más te vale que intentes arreglar las cosas con ella, porque no encontrarás mejor empleada en toda la ciudad. Y me da la impresión de que no te va a aguantar mucho tiempo en el plan en el que estás. Y ahora me voy a casa, que bastantes quebraderos de cabeza me has dado ya hoy, y es el primer día —me dijo. Se levantó y se fue, dejándome, pensando en todo lo que me había dicho.

Así que prioricé. Decidí hablar primero con Amaya, pero no lo haría a solas, sino que llamaría al resto de mis empleados a la sala de juntas, así no habría ocasión de que pudiera chantajearme con nada.

«Todo el mundo a la sala de reuniones, por favor» mandé un correo a todos los empleados, y me levanté para ir hasta allí, donde los esperaría en la puerta. La primera que llegó fue Marta, pero lo hizo porque Amaya estaba atendiendo a una llamada. Luego lo hizo Mateo, y como no veía venir a Alicia, le pedí que fuera a buscarla.

—No está, jefe, se ha marchado ya —dijo mi empleado, dejándome atónito.

—¿No se supone que vuestro horario es hasta las tres de la tarde en verano? Porque, por mi reloj, no son ni las dos menos cuarto. A no ser que se me haya parado, claro. Entonces ya me callo —le dije a Marta, que me miró igual de extrañada que yo.

—Pero si ella es la última que se va siempre. Anda, que no ha tenido que decirle veces don Manuel que se fuera a comer, porque seguía aquí cuando todo el mundo nos habíamos marchado y vuelto en el horario de tarde —comentó Mateo, y empecé a preocuparme.

Me disculpé con mis empleados y llamé a mi padre, a ver si él sabía algo.

—Si me vas a preguntar por Alicia: sí, se ha ido, y no volverá en todo el mes. Se ha llevado toda la documentación de los expedientes en los que está trabajando y el portátil. Trabajará desde su casa —me dijo, y se quedó tan campante.

—¿Y cuándo se supone que me iba a enterar yo? ¿El año que viene? Mira, papá, si pretendes que me quede al frente de la gestoría, vas a tener que aprender a consultar las cosas conmigo. He convocado una reunión con todo el personal y he quedado como el idiota mayor del reino. Al final voy a

tener que creerme eso que me repetís todos tantas veces, que soy imbécil. Y encima el señor pretendía que hiciera las paces con ella. ¿Cómo lo hago, por correspondencia? —le solté, tan enfadado como estaba.

—Sabes muy bien dónde vive, así que tan solo tienes que hacerle una visita. Llévale flores, bombones, lo que se te ocurra, pero no vuelvas a la oficina hasta que hayas conseguido que reine la cordialidad entre los dos, aunque solo sea a nivel laboral —me dijo, y me colgó el teléfono, dejándome con la palabra en la boca. Algo que parecía que todos habían cogido como una costumbre.

—Alicia se encontraba mal y ha solicitado permiso a mi padre para marcharse y trabajar desde casa —expliqué a mis empleados, cuando alguien osó replicarme.

—Esa lo que tenía era un ataque de cuernos, que te lo digo yo —soltó Amaya, dirigiéndose a mí entre risas.

—No vuelvas a dirigirte a ninguno de tus compañeros de ese modo. Para empezar, porque ella no puede tener ningún ataque de cuernos, ya que no los tiene, ni los tendrá en la vida, al menos por mi parte. Cuando tengo una pareja, por mucho que discutamos, no soy de los que van acostándose con cualquiera por ahí. Además, nuestra vida privada es eso: privada, y nada tiene que ver con lo que ocurra entre estas paredes.

»Quería aclararos que entre nosotros dos hubo algo, y no os puedo decir si continuará o no —no soy adivino y, en estos momentos, la cosa no anda bien—, pero ni yo sabía que Alicia trabajaba aquí ni ella que yo era el hijo de su jefe.

»Una vez aclarado esto, se acabó este tema de conversación. Y respecto a ti, Amaya, no creo en ningún momento haber dicho que quería invitarte a cenar. Ni siquiera hemos cruzado dos palabras, más allá de lo que hablamos cuando llegué. Lo del desayuno ha sido una cortesía por mi parte, sin dobles intenciones. Simplemente, coincidimos dentro del bar y pagué lo que consumiste, sin más. Ni siquiera nos sentamos en la misma mesa. Luego te di paso en la puerta de la oficina, ya que llegamos a la par. Eso es todo.

»Con esto quiero dejar claro que, el próximo rumor, insinuación o comentario parecido que hagas, terminarás despedida. Fulminantemente. ¿He sido lo suficientemente claro o necesitáis alguna explicación más? —

pregunté cuando terminé de hablar. La cara de Amaya lo decía todo: se pensaba que conmigo iba a tener la gallina de los huevos de oro, pero el plan le salió rana.

—No va a hacer falta, desde este momento presento mi dimisión —dijo, esperando que yo le rogara que se quedara. Qué equivocada estaba…

—Perfecto. En cuanto la tengas lista, avisa a Marta para que me la traiga —le respondí, y su rostro se transformó en una mezcla de ira y desconcierto —. ¿Pensabas que te iba a suplicar que te quedaras? ¿O que te daría la oportunidad de estar a solas en mi despacho para poder luego decir lo que te diera la gana? Pues siento comunicarte que no. Tan imbécil no soy.

Todos salieron en silencio, ella la primera. Pero Marta, al llegar a la puerta, se giró y me dijo dos cosas que se me clavaron en el alma.

—Jefe, has hecho bien. Es una víbora envuelta en papel de regalo. Y otra cosa, aunque no sea de mi incumbencia: arregla las cosas con Alicia. Es una tía que merece la pena, de verdad —me dijo, y se marchó. Ni me molestó que me tuteara. Eso era algo que les diría al día siguiente: que yo no era don Pablo, que me tutearan, y que me trataran como a un igual.

Esperé en mi despacho a que Marta me trajera la renuncia de Amaya. Mientras, estuve calculando su indemnización, que tampoco nos iba a dejar en la ruina. Legalmente, no estaba obligado a dársela, ni tampoco a entregarle los papeles para que solicitara el paro, pero no quería dejarla con una mano delante y otra detrás. Avisé a Mateo para que le echara un vistazo a todo y me diera el visto bueno.

Una vez lo hizo, metí todo en un sobre y salí de mi despacho para entregárselo, pero ya se había marchado. Su orgullo no le había permitido recoger nada de mi parte, así que lo guardé en uno de los cajones de mi escritorio, metí las llaves en el bolsillo y me dispuse a irme.

Pensaba pasar por casa a ducharme y cambiarme de ropa, pero decidí dejarlo para más tarde. Tenía que hablar con Alicia lo más pronto posible.

Me di cuenta de que no había comido nada en toda la mañana, en gran parte por mi culpa, por mi actitud cuando la vi salir a desayunar. Así que hice un pedido para recoger en mi pizzería preferida —esperaba que le gustase igual que a mí—, y antes de pasar por su casa, lo recogí.

Ahora solo quedaba que me abriera la puerta. Si no, iba a tener *pizza* para cuatro días, por lo menos. El humor era lo único que me sostenía en esos momentos, y procuraría no perderlo, por la cuenta que me traía.

Capítulo 13



Alicia

Todo me había sobrepasado. Era incapaz de contener las lágrimas, y no por el hecho en sí de que Pablo se fuera a liar con Amaya —que hasta cierto punto era entendible—; entre nosotros no había nada serio, y él podía acostarse con quien le diera la gana, al igual que yo. Eso no quitaba que me doliera —que lo hacía, y mucho—. No había tenido una química igual con ningún hombre, ni siquiera con Cayetano, con quien estuve varios años.

Mi ansiedad se debía a la manera en que me había hablado: el tono que había empleado y las palabras tan hirientes que salieron de su boca.

Escuché cómo su padre lo llamaba y me quedé relativamente tranquila, porque sabía que, de momento, no me molestaría más. Pero necesitaba recomponerme, alejarme de todo, y por ello, no dudé en llamar a don Manuel cuando lo vi salir del despacho de su hijo.

—Don Manuel, ¿podría hablar un momento con usted, por favor? —le pedí, casi sin salir de mi despacho. No quería que nadie me viera así, mucho menos esa víbora de Amaya.

—Por supuesto, Alicia. Aunque ya sé lo que me vas a decir, y lo veo perfecto —me respondió. Aun así, quise aclarárselo todo.

—No puedo con esta tensión, y es solo el primer día. Le prometo que no sabía que era su hijo y, mucho menos, que él sería quien se hiciera cargo de la gestoría. Si lo llego a saber, no lo habría tocado ni con un palo, se lo juro —le dije, y mi jefe rompió a reír a carcajadas.

—¡Ay, Alicia, cuánto os queda por aprender a mi hijo y a ti! —exclamó, para luego seguir hablando—: En las cosas del corazón no se manda. Si nos pusiéramos a contar todos los casos de jefes enamorados de sus empleados, nos quedaríamos sin tiempo. Y sí, sé que me vas a decir que ni él está enamorado de ti ni tú de él, pero creo que solo es cuestión de tiempo que os deis cuenta.

—Eso no va a ser así. ¿Acaso no nos ha visto? No podemos estar en la misma habitación más de un minuto sin tirarnos los trastos a la cabeza.

—Y seguirá sucediendo hasta que sepáis gestionar vuestros sentimientos. Pero vamos, que no soy yo quien tenga que decir nada al respecto. Los dos sois adultos y sabréis solucionar vuestros problemas. Recoge todos los expedientes en los que estás trabajando y vete a casa. No te quiero ver por la oficina hasta que volvamos a abrir en septiembre.

»Durante el mes de julio, teletrabajarás y te pondrás en contacto con los clientes por correo electrónico. Coge también el portátil de la empresa, que te será más fácil trabajar desde ahí, que es donde tienes todos los datos y los programas —me dijo muy serio, y se esperó en mi despacho hasta que lo tuve todo recogido. Luego me acompañó a la salida, abandonando él también la oficina.

—Hasta luego, buenas tardes —dijo Amaya con una sonrisa tan falsa como ella.

—Buenas tardes, Amaya. Que tenga un buen día —le dijo don Manuel, pero yo no abrí la boca… hasta que la escuché murmurar:

—Qué mal les sientan a algunas los ataques de cuernos, pierden hasta la educación —dijo por lo bajini, y me revolví. Os juro que yo no soy así, nunca lo he sido, pero no podía aguantarla más.

—Mira, niñata, yo no tengo ningún ataque de cuernos porque entre don Pablo y yo no hay nada, ¿te enteras? No todas somos como tú, que se vuelven locas con el primer tío que aparece en el radar —le contesté. Y no le dije nada más porque venía mi jefe conmigo, ya que si no, me hubiera despachado a gusto.

—Vámonos, Alicia, no merece la pena que te pongas a su altura —me dijo, sujetándome del brazo mientras salíamos a la calle.

—No puedo con ella, ni con la gente trepa que quiere hacerse un hueco en las altas esferas a cambio de pasar por la cama del que sea. Flaco favor nos hace al resto de las mujeres que, con nuestro esfuerzo, conseguimos nuestras metas —le dije, mientras él me daba la razón.

Paró un taxi y me dijo que me montara en él, dándole al taxista veinte euros para que me llevara a casa y que se quedara con el cambio como propina. Durante todo el trayecto —que no duró más de diez minutos— estuve dándole vueltas al asunto. Tenía que encontrar otro trabajo, aunque fuera lejos de mi ciudad, o acabaría loca, o peor: en la cárcel, porque iba a terminar matándolo con mis propias manos. Obviamente, esto último no se me pasaba ni por la cabeza, era todo ironía.

En cuanto que entré en mi casa, dejé todo en mi habitación y me fui a darme una ducha. Hoy estaría sola todo el día, ya que Andy tenía el turno de mañana y, al salir, había quedado con Alejandro para ir hasta una localidad cercana de compras. Quería comprar un sofá nuevo para el despacho que tenía en su casa, y los que había visto por aquí no le gustaban. Seguramente no viniera ni a dormir; aprovecharía para quedarse con él, aunque esperaba que al menos me avisara.

El agua cayendo por mi rostro me vino de maravilla para sacar fuera todo mi dolor. Esa ducha fue sanadora en muchos sentidos, porque me dije a mí misma que se acabaron los llantos, las penas y todo lo demás. Era muy joven y ya había sufrido bastante, sobre todo por el tema de los hombres, así que decidí cambiar el chip.

¿Buscar otro trabajo? Esa idea ya la había desechado. Me gustaba el mío, me llevaba bien con mis compañeros, y no iba a consentir que me pisotearan más. ¿Qué él decidía acostarse con Amaya? Pues peor para él, porque por un rato de diversión le iba a esperar toda una vida de condena. Así era ella: como una mantis religiosa, que se acuesta con un hombre y, cuando menos se lo espera, empieza a exprimirlo y chantajearlo.

Lo intentó con Mateo, pero no cayó en su trampa. A pesar de que lo amenazó con decirle a su mujer que la estaba acosando si no se acostaba con ella, mi compañero fue más listo y grabó una de las conversaciones. Cuando se lo contó a su pareja, se la puso como prueba. Un día, harta ya de tantas veces que Mateo le contaba lo mismo sobre la recepcionista, su mujer

se plantó allí a la hora de la salida, le dio un morreo a su marido y se volvió hacia ella:

—Como me entere de que sigues acosando a mi marido para que se acueste contigo, primero vas a perder toda esa mata de pelo tan bonito que tienes, porque te voy a coger por la coleta y te voy a arrastrar calle arriba y calle abajo. Y segundo, la que te voy a denunciar voy a ser yo. Así que estás a un paso de que termine de perder la poquita paciencia que me queda y te quedes hasta sin trabajo.

»Pon en una balanza lo que te conviene más, porque nunca he tenido problemas con sus compañeras ni con sus amigas. No me obligues a tenerlo contigo —le dijo, y se fue, dejándola allí con dos palmos de narices. Desde ese día no volvió a dirigirse a él de esa forma.

Pero luego lo intentó con Joaquín, el empleado más antiguo de la gestoría, que se jubiló el año pasado. A ella le daba igual la edad, la apariencia y todo lo demás —aunque tengo que reconocer que el hombre, para la edad que tenía, estaba de muy buen ver, la verdad—. Hasta que se marchó de la oficina, lo tuvo amargado. Solo quería dinero y joyas, a cambio de no decirle a su mujer que se había acostado con ella. Pero la culpa no era solo suya. Aunque tirara la caña sin discriminación, culpable era el que caía en sus redes estando comprometido. Ella era libre de hacer con su cuerpo lo que quisiera.

En fin, a lo que íbamos. Salí de la ducha como nueva, con el chip cambiado y dispuesta a comerme el mundo, aunque luego fuera el mundo el que terminara comiéndome a mí, que sería lo más probable. Me recogí el pelo en un moño, como hacía siempre que estaba en mi casa, y me puse uno de mis vestiditos de algodón. El estómago empezó a rugirme de hambre —no había comido nada en todo el día, salvo el café que me tomé antes de salir de casa—, así que me dispuse a prepararme algo de comer. Después, como estaba sola y aburrida, y durante la mañana no había adelantado nada de trabajo, me sentaría con el portátil a seguir trabajando, así tendría la mente en otra parte.

Me disponía a sacar de la nevera un paquete de patatas congeladas para freír —que no es que me gustaran mucho, prefería las naturales— y unos huevos para hacerme patatas revueltas, cuando sonó el telefonillo. Abrí sin

contestar, porque no esperaba a nadie. Supuse que sería Andy, que habría olvidado las llaves y venía a por ellas. En ese momento, llamaron al timbre, así que fui a abrir.

—Cualquier día te dejas la cabeza en casa, hijo mío —le dije al abrir, pensando que era mi amigo. Cuando vi quién era, casi me caí al suelo.

—Procuro llevarla siempre, pero no descarto que suceda. ¿Puedo pasar? —me preguntó. Se le veía bastante avergonzado. ¿Qué hacía? ¿Lo dejaba pasar o lo dejaba en la puerta?— Traigo *pizza* de la buena, que sé que no has comido nada en todo el día.

—Anda, pasa. ¿Me puedes decir que haces tú aquí? Y sin mentiras, ni gritos, ni nada que pueda alterarnos, por favor. Si dejo que entres en mi casa, es para hablar de manera civilizada. Si no es así, te rogaría que te marcharas —le dije muy educadamente, pero dejando clara mi postura.

—Yo tampoco quiero ni necesito nada de eso. Venía a disculparme, por todo, pero especialmente por la forma en la que me dirigí a ti en la oficina —me dijo, bastante afectado, por cierto—. Pero antes vamos a comer, y te lo voy aclarando todo mientras tanto. Comer dije. No vayas a pensar mal, que todavía ni me he sentado a la mesa.

Fui a la cocina para apagar la freidora, guardar todo lo que había sacado y coger las bebidas y los vasos. A mí la *pizza* me gustaba comerla sin sacarla del cartón y con las manos, pero no sabía si para él sería igual. Cuando fui a preguntarle, me lo encontré con un trozo en la mano. Ese tenía aún más hambre que yo, porque lo masticaba con ganas.

—Venía a preguntarte si querías plato, pero veo que tú eres de los míos: de los que comen la *pizza* con las manos y desde el cartón —le dije sonriendo. Había decidido guardar el hacha de guerra. Teníamos que aprender a ser amigos, más que nada porque, aparte de mi jefe, iba a ser mi vecino.

Capítulo 14



Pablo

Cuando me planté en la puerta de su casa y me abrió, al ver su cara temí lo peor. Intenté que mis palabras tomaran el tono más amable posible, porque de verdad que quería arreglar las cosas con ella; si no como pareja —que tampoco lo habíamos sido—, al menos como vecinos y compañeros de trabajo.

Fue toda una sorpresa que me dejara pasar. Eso sí, me dejó claro desde el primer momento en que puse un pie dentro de su casa cuál iba a ser su postura: nada de gritos ni de palabras hostiles. Y la entendía, porque entre nosotros solo había dos estados: o estábamos enredados entre las sábanas (quien dice sábanas, dice el agua de la playa, una pared, la ducha…) o nos estábamos tirando los trastos a la cabeza. Aunque la primera opción no me desagradaba en absoluto, no era plan estar follando como locos en la oficina. El trabajo tenía que salir adelante, así que le di mi palabra de que hablaríamos como dos personas adultas.

—Venía a preguntarte si querías plato, pero veo que tú eres de los míos: de los que se comen la *pizza* con las manos y desde el cartón —me dijo. Y es que yo, mientras ella iba por los vasos y las bebidas, no me pude resistir a coger un trozo de mi *pizza*. Estaba que me subía por las paredes de hambre.

—No soy tan pijo, aunque pienses lo contrario —le dije sonriendo, mientras me tendía una cerveza.

—Si no te importa, prefiero una cola, como tú —añadí. La cerveza mientras comía no me gustaba; llámame raro, pero solo la tomaba cuando salía de fiesta, no durante las comidas.

—Como quieras. Pensé que te gustaría una cerveza, por eso la traje. Como nunca te he visto tomar cola…

—Y me encanta, solo que no para comer. Entonces me da asco. Soy un poco maniático —le respondí sonriendo. Ella fue a guardar la cerveza en la nevera y me trajo otra cola para mí.

—En la nevera hay más. Si se te acaba, te levantas a por otra, que no la traigo porque va a calentar en la mesa —me informó, y yo asentí con la cabeza.

Estuvimos comiendo, preguntándonos cosas sobre nosotros. Parecía mentira que nos hubiéramos acostado tantas veces y ni siquiera supiéramos la comida preferida del otro. Como bien había dicho ella, teníamos que aprender a ser amigos. A la hora del postre, para lo que trajo helado, me decidí a hablar claro con ella. Teníamos que aclarar muchísimas cosas, y lo haríamos aquí y ahora.

—Alicia, es hora de que te cuente todo lo que ha pasado hoy en la oficina. No me interrumpas, por favor, necesito que lo sepas todo de primera mano. Luego me preguntas, me gritas o me dices lo que te salga del alma, pero antes déjame hablar y no saques conclusiones precipitadas —le dije, y ella me miró, temiendo lo peor.

—Está bien, pero hemos dicho que nada de gritos, así que no los esperes, por lo menos por mi parte —me contestó, esperando a que arrancara a hablar.

—Allá voy. Cuando se fue mi padre, convoqué una reunión con todos los empleados y mandé a Mateo a buscarte. Al hablar con mi padre, porque no estabas y empezamos a preocuparnos, me contó que te había dado el mes entero para que teletrabajaras, pero a eso llegaremos después. Un comentario desafortunado por parte de Amaya, que dijo algo así como que tú tenías un ataque de cuernos, me obligó a contarles que entre nosotros había habido algo, pero sin entrar en detalles.

»Le advertí que, la próxima vez que se dirigiera en esos términos a alguno de sus compañeros, la pondría de patitas en la calle. Como vio que

no podía conmigo, decidió marcharse.

»Por sus antecedentes, me negué rotundamente a quedarme a solas con ella en mi despacho. Ni siquiera permití que estuviera Mateo con nosotros, porque podría hacer extensiva su amenaza a él. Así que le dije que avisara a Marta cuando tuviera lista su carta de renuncia. A pesar de que no tenía derecho a nada —porque fue ella quien había decidido abandonar su puesto de trabajo—, le preparé el finiquito y la documentación para que pudiera cobrar el paro, pero no ha recogido ninguna de las dos cosas.

»Conociéndola, por lo poco que me han contado mi padre y nuestros compañeros, sé que esto no va a quedar así. Se buscará sus mañas para denunciar a la empresa por algo. Incluso a mí, fíjate. Pero ya cruzaré ese puente cuando toque. Todo esto viene a propósito de lo que te dijo cuando salías a desayunar, y que es totalmente mentira, te lo prometo. Yo no desayuné con ella: coincidimos y aboné su desayuno, nada más. Luego volvimos a encontrarnos en la puerta de la gestoría, que fue cuando tú nos viste, pero ni la invité a cenar ni nada parecido, te lo prometo.

»Ahí fue cuando me di cuenta de que esa mujer no era trigo limpio. O la ponía en su sitio, o me iba a dar muchos quebraderos de cabeza. Pero ahora tengo uno más: buscar una recepcionista que atienda las llamadas y demás, o me veo yo mismo detrás del mostrador —le dije, sonriendo en esta última parte para restarle algo de profundidad al asunto.

—Sabía que estaba mintiendo, en el fondo, no me lo terminaba de creer, la verdad. Y luego estuvo la manera de hablarme que tuviste, como si yo te estuviera reclamando algo que no me correspondía, cuando en ningún momento lo hice. ¿Que no debía haberle contado a tu padre nada de lo nuestro? Pues a lo mejor tienes razón, pero tienes que ponerte en mi lugar.

»Yo lo veo como la figura paterna que, aun estando vivo, me ha faltado en mi vida. Es algo complicado de entender, pero cualquiera de nosotros que haya tenido un problema ha ido a contárselo a don Manuel, que ha buscado la manera de ayudarnos, y por eso lo hice, ni más ni menos. —Me estuvo explicando, y la entendí.

—Solo quiero que empecemos de cero, los dos. Vamos a dejar atrás todo lo que nos hemos hecho, tanto tú a mí como yo a ti. Tengamos un trato

cordial, por favor. No quiero que te marches de la gestoría, y si seguimos en el mismo plan, no ibas a tardar en hacerlo.

»Tómate este mes tal como te lo ha dicho mi padre. Yo diré en la oficina que tienes que trabajar desde aquí y, cuando necesites algo, pasarás por allí. Pero démonos la oportunidad de conocernos. Si no quieres como pareja, hagámoslo como amigos —le dije, en un tono que dejara claro que quería acabar con toda hostilidad entre nosotros.

—Está bien. No es que no quiera que lo hagamos como pareja, nada más lejos de la realidad. Solo pienso que primero tenemos que ser amigos. Ya luego el tiempo lo dirá —me dijo, y no pude resistirme.

—¿Te apuestas algo a que, antes de dos meses, tú y yo somos una pareja consolidada? —le solté, porque me encantaba picarla.

—Vecino, ¡cómo te gusta una apuesta! Pero acepto —me respondió riendo, y yo también me reí. Me hizo mucha gracia eso de «vecino».

—Me gustaría proponerte algo —dijo, sentándose de lado con las piernas cruzadas. Entonces las cogí y las puse en mi regazo. Mientras hablábamos, se las acariciaba suavemente.

—Pues, tú dirás, ¿en qué puedo servirte?

—Verás, has comentado que tienes que buscar a alguien para la recepción de la gestoría, y había pensado en Míriam, mi amiga. Ella trabaja en una tienda de telefonía, y está amargada, porque su jefe le hace la vida imposible. La tiene allí echando más horas que un reloj.

»Cuando cierran al público, siempre se le ocurre que hay algo que hacer: si no es inventario, es un pedido que ha entrado, y si no, es que hay que ordenar el almacén. Sé que ella estaría encantada con ese puesto, porque encima es que le pagan una mierda —me contó, y no vi por qué no ofrecerle el puesto.

—Tengo que consultarlo con mi padre, pero no creo que haya ningún inconveniente. Es más, viniendo la recomendación de tu parte, y conociendo a Míriam como lo hago, sé que no puede haber una candidata mejor que ella para ese puesto —le dije, y se me ocurrió algo—. Ahora soy yo el que va a proponerte algo, y espero que me digas que sí.

—Miedo me da, te lo prometo —dijo, tapándose la cara, como si de verdad lo sintiera—. Pero dale, a ver con qué me sorprendes.

—Pues he pensado que nadie mejor para hacerle la propuesta a mi padre que tú. Chica, habla maravillas de ti. No sé si ponerme celoso porque te quiere más que a su hijo, o porque me pueda levantar la conquista… Tendré que pensármelo.

—¿Estás tonto? Yo a tu padre no lo veo de esa manera, y dudo mucho que me quiera a mí más que a ti, así que fuera esa discusión.

—Vale, doy por hecho que aceptas entonces. Con lo cual, vístete, que nos vamos —le dije, mientras cogía el teléfono y llamaba a mi padre—. Papá, dile a mamá que Alicia y yo vamos a cenar a casa esta noche, pero que no se preocupe, que ahora pido un pescadito frito y varias cosas para picar, que no haga nada. Solo es para que lo sepáis.

—No sabes lo que me alegra oírte decir eso. Ahora solo falta saber en calidad de qué se la vas a presentar a tu madre, porque yo ya la conozco —me dijo mi padre, y colgó sin darme opción a réplica.

—Espero que esa llamada haya sido mentira, porque me puede dar algo ahora mismo —me dijo con la cara descompuesta, pero no iba a dar marchar atrás ni muerto.

—Pues voy llamando a la ambulancia, porque de mentira no tiene nada. Así que ya puedes vestirte, que nos vamos. —Me miró de una manera que, si fuera verdad eso de que hay miradas que matan, yo habría caído fulminado en el acto. Pero, aun así, se levantó para ir a su habitación, y seguí picándola, como era normal en mí—. Si necesitas que te ayude a quitarte el traje, me avisas.

No dijo nada, pero vi salir una mano por la puerta de su dormitorio, con el dedo corazón en alto. Vamos, una peineta de toda la vida. Estallé en una carcajada.

Cuando salimos de su casa eran las ocho y media, y al pasar por delante de la tienda de Antonia, ella salió directamente para vernos y a dirigirnos unas palabras. No le había pasado desapercibido el hecho de que íbamos tomados de la mano, con nuestros dedos entrelazados.

—Ya veo que os habéis arreglado, y me alegro, porque mi niña iba esta mañana a trabajar como un alma en pena. Y tú, cuando saliste el otro día de aquí, llevabas una cara que si alguien, en vez de «hola», te hubiera dicho

«hasta luego», hubieras sido capaz de partirle la cara directamente, sin pasar ni por aduana —nos dijo, y ambos sonreímos.

—Doña Antonia, no se le escapa a usted ni una, ¿eh? —le dije con una sonrisa, a pesar de que esa mujer me ponía de los nervios. No había conocido a nadie igual, lo juro por mi vida. Su cabeza tenía que ser como un ordenador personal, pero no uno cualquiera: el suyo debía ser como el de la NASA, por lo menos. ¡Qué capacidad de retentiva tenía esta mujer! Si la hubiera utilizado para estudiar, ahora mismo sería como Marie Curie.

Capítulo 15



Pablo

Mi padre me había enviado un mensaje para que no comprara nada ni pidiera nada, que él ya había encargado la comida en el restaurante de debajo de mi casa. Incluso había ido a buscar a mi tío Anselmo, que seguro que se llevaría una alegría cuando la viera.

—¿Quieres dejar de temblar? Ya conoces a mi padre, y mi madre es la mujer más buena que hay sobre la faz de la Tierra. Así que ni te va a saltar a la yugular ni nada por el estilo. Aquí, el único que muerde ese cuello soy yo, así que ya puedes estar tranquila —le dije, sonriendo y soltándole una pullita, porque estar a su lado y tener que conformarme con tomarla de la mano era el mayor sacrificio que había hecho en mi vida.

—Pues no sé qué es peor, sí que me muerda tu madre o que lo hagas tú. Y, por cierto, a ella también la conozco por las cenas de Navidad de la empresa. Lo que no sé es lo que pensará cuando me vea en su casa, que eso ya es harina de otro costal —me dijo, provocándome una carcajada. Estaba dispuesto a acojonarla un poco más, por eso seguí con mis bromas, que en el fondo no eran tan de broma.

—¿Qué va a pensar? Te apuesto lo que quieras, a que lo primero que te dice cuando te vea entrar es: «¡Pero qué nuera más bonita tengo!» —le dije, imitando la voz de mi madre. Ella giró la cabeza para mirarme como la niña del *Exorcista*; solo le faltó la espuma en la boca.

—Si lo sabes tan bien, es porque se lo habrá dicho también a otras.

—¿Estás *celosilla*? —le pregunté, mientras la atraía hacia mí y le daba un beso en los labios. Fue un simple pico, pero después de todo lo que había pasado entre nosotros ese día, a mí me supo a gloria.

—Más quisieras, chaval…

—¿Sabes? Eres la primera mujer que entra en casa de mis padres por mi parte. Ni siquiera a una amiga he subido nunca, para evitar que mis padres se pensaran lo que no es.

—¿Y entonces para qué me llevas a mí, chalado? A tu padre le podrías haber contado lo de Míriam en la oficina. No hacía falta que viniéramos, y mucho menos a cenar.

—Porque contigo me da igual lo que piensen. Ya te he dicho que en menos de dos meses seremos una pareja consolidada —le solté, y su cara mudó a una mueca de miedo todavía mayor.

Os juro por lo más sagrado que me hubiera encantado aprisionarla contra la pared del ascensor y comerme toda su boca —y lo que no es la boca también—, pero me contuve. No quería que se pusiera más nerviosa de lo que ya estaba, aunque mi mirada se lo dijo todo.

—Haz el favor y no me mires así, que ya estoy lo suficientemente nerviosa como para que tú añadas algo más —me dijo, sin quitarme los ojos de encima. Me acerqué a ella lentamente.

—¿Y cómo te miro, según tú? —le pregunté, a pocos centímetros de distancia.

—Como si te fueras a abalanzar sobre mí en cualquier momento. Me siento una pobre gacela a la que el león acecha para saltar sobre ella cuando menos se lo espere —me dijo, y solté una carcajada. Estaba justo a punto de hacer eso cuando el ascensor se detuvo en mi planta y se abrieron las puertas.

—Salvada por la campana, aunque en este caso sea por la puerta —le dije, tomándola de la mano y saliendo en dirección a la puerta de la casa. Allí ya estaba mi padre esperándonos, con una sonrisa que no le cabía en la cara, y justo detrás, mi madre, que lucía una expresión similar, sobre todo al ver cómo la tenía cogida de la mano.

—¡Pero qué nuera más bonita tengo! —dijo mi madre. No pude reprimir la carcajada que me salió, ante la mirada horrorizada de Alicia— ¿Se puede

saber de qué te ríes, cenutrio? —añadió mi madre— No le hagas caso a mi hijo, no me presento porque ya nos conocemos.

—Buenas noches, doña Paula, don Manuel. Un placer que me reciban en su casa —le dijo ella, muy solemne. Iba a intervenir, pero se me adelantó mi padre.

—Alicia, bonita, aquí solo soy Manuel, y ella, Paula. Tus futuros suegros, porque espero que mi hijo siente la cabeza pronto, y lo haga contigo. No encuentro una mujer mejor que tú para él —le dijo mi padre. Me acerqué y la abracé por detrás, dejándole un beso en la mejilla, provocando que se sonrojara hasta límites insospechados.

—Estoy en ello, papá. He hecho una apuesta con ella: en menos de dos meses somos una pareja consolidada, como que me llamo Pablo Ortiz. Y si no, le lego el mando de la gestoría y yo paso a ocupar su puesto —le dije a mi padre. Mientras mi madre sonreía, Alicia me miraba horrorizada.

—¡No digas eso! A ver si se van a pensar que soy una trepa, que solo estoy contigo para quedarme con la gestoría —me dijo, y entonces todos rompimos a reír. Incluso mi tío Anselmo, que hasta ese momento no había dado señales de que estaba allí.

—Niña, eso no se lo creería ni Antonia la lechera. Y mira que esa mujer de imaginación va sobrada. Si solo hay que mirarte a los ojos para saber cómo eres —le dijo mi tío. Cuando ella lo vio, salió corriendo a fundirse en un abrazo con él.

—Señor Anselmo, qué alegría verlo. Está usted igual de guapo que siempre, que lo sepa —le dijo Alicia mientras lo abrazaba.

—En lo de guapo, mi sobrino sale a mí, que mi hermano es más *feucho* que yo, eso es indiscutible. Yo también me alegro de verte, no sabes cuánto echo de menos tus visitas, esos cafés que nos tomábamos y esas charlas. Tienes que venir a verme a mi nueva casa; autorizaré tu entrada en cuanto que vuelva.

—Eso está hecho. Por lo menos dos tardes a la semana iré a verlo y le llevaré esos pastelitos que tanto le gustan —le dijo Alicia, guiñándole un ojo.

—Vale, pero los tienes que esconder en el bolso, que ahí no me dejan comer nada que no esté en la dieta que me puso el médico. Por eso la

mayoría de las veces digo que no voy a comer ahí. Llamo a mi Paula y me recoge, y como con ellos. La comida no tiene ni punto de comparación —le contestó él, mientras Alicia sonreía.

—Pero bueno, tío Anselmo, a ver si ahora también voy a tener que sentir celos de ti. Lo de mi padre tiene un pase, porque es su empleada favorita, —por mucho que él diga que no tiene favoritos—, pero lo tuyo ya…

—Para mí es mi nieta favorita, porque es como si lo fuera. Además, era la única vecina que cuidaba de mí, y te lo dije: te advertí que, como le hicieras daño a mi vecina de abajo, te las tendrías que ver conmigo. Así que ya sabes: Alicia es la protegida de toda la familia.

Mi madre había puesto la mesa en la terraza. No era un ático en sí, pero sí que contaba con un amplio espacio al aire libre, donde podríamos comer todos cómodamente, disfrutando de las vistas, que esa noche eran espectaculares.

Para picar, mi madre había puesto una tabla de ibéricos —jamón, queso y lomo—, además de varios cuencos con patatas chips, olivas y picos de pan con pipas, que eran un vicio. De cena, habían encargado, dorada a la sal, una ración de solomillo al Pedro Ximénez y un surtido de pescado de la bahía, pero ninguno de caña, que esos tenían muchas espinas, y a mi madre le daba miedo que mi tío Anselmo se atragantara con una y nos diera la noche.

—Cuéntanos, Alicia, ¿cómo os conocisteis? —le preguntó mi madre. Ella no sabía dónde meterse, le daba una vergüenza horrible. Me miró y le hice un gesto de que se lo contaba yo.

—Verás, mamá… Una noche en un bar, Alejandro le echó el ojo a un chico, que resultó ser el amigo de Alicia. Cuando se iba a decidir a invitarlo a una copa, Andy se adelantó y llegó con ella y con Míriam hasta donde estábamos nosotros. Por cierto, papá, no te he comentado nada, pero creo que es el momento de hacerlo. Tras una discusión con Amaya, en la que le he puesto los puntos sobre las íes, le dije que, o moderaba su lenguaje, o la ponía de patitas en la calle. El caso es que se ha ido ella, se ha despedido.

»Tengo el finiquito y la documentación para que cobrara el paro en mi cajón, se fue antes de que pudiera entregársela. Mañana se la enviaré con un

mensajero, no quiero que nos pueda coger por nada. El caso es que tenemos que buscar una nueva recepcionista y…

—Míriam, ofrécele el puesto a ella —me interrumpió mi padre—. La conozco y sé que es la persona idónea para ese trabajo. Además, tengo entendido que en su actual trabajo no está a gusto. La última vez que la vi en la oficina, cuando vino a recoger a Alicia, estuvimos hablando. Su jefe es un tirano que la tiene trabajando más horas de las que le paga, sin darle un céntimo de extras ni los días libres que le corresponden. Estoy seguro de que aceptará encantada.

—Papá, que sepas que eso mismo me ha dicho Alicia hace un rato. En serio, esto ya me está resultando preocupante. Sabes tú más de mi chica y de su entorno que yo —le dije, poniendo cara de circunstancias.

—Para empezar, no soy tu chica. Como mucho, tu proyecto de chica. Y en cuanto a lo otro, será porque tu padre se preocupa por ver el interior de las personas, no se queda solo en la carcasa, que es lo que haces tú, chaval —me respondió Alicia. Mientras yo no sabía qué contestar, mi madre se partía de la risa, al igual que mi padre y mi tío Anselmo.

—¡Toma ya! Esa es mi chica —le dijo mi tío Anselmo, que levantó la mano para chocar los cinco con ella.

—Di que sí, corazón, que este niño no es capaz de profundizar en nada —le dijo mi madre.

Y en esas palabras encontré la forma de darle la vuelta a la situación. Y si de paso también la avergonzaba a ella, pues mejor que mejor.

—¿Que no profundizo? Hasta que grita de placer, mamá —le respondí, y mi madre se partía de la risa con esas cosas, por eso me atreví a decirlo. Si hubiera estado solo mi padre, no se me habría ocurrido. La cara de Alicia cuando solté eso era un poema: pasó del blanco más absoluto al rojo brillante. Creo que se le encendieron hasta las orejas.

—No me seas cerdo, Pablo. Que ni a tu madre ni a mí nos interesan tantos detalles —dijo mi padre, hasta que mi madre lo interrumpió.

—Habla por ti. Que mi hijo me ha contado siempre todas sus intimidades. Nadie mejor que una madre para aconsejarle con las mujeres.

—Sobrino, pues yo que tú tendría cuidado con hacerla gritar en demasía, que la cotilla de Antonia es capaz de llamar a la policía diciendo que la

estás torturando, solo por saber quién es el que la hace gritar así y en qué postura estabais —dijo mi tío, provocando que todos estalláramos en una carcajada, porque no podía decir una verdad más grande.

Capítulo 16



Alicia

El muy descarado de Pablo se puso a contar nuestras intimidades como si estuviera diciendo que me había acompañado a comprarme un pantalón. Mientras su padre le reprendía la actitud, su madre le reía las gracias, y su tío lo llevó al terreno del barrio, provocando una carcajada en todos.

—¿Vas a seguir teletrabajando, Alicia? —me preguntó Manuel. Ya no quería que le pusiera el «don» por delante, al menos si no estábamos en la oficina, porque allí se lo seguiría diciendo, se pusiera como se pusiera.

—En principio, sí, Manuel. Prefiero que las cosas vayan fluyendo poco a poco. Cuando sienta que no nos vamos a pelear por estar tantas horas juntos, volveré a la oficina. Además, solo serán dos semanas, porque en agosto se cierra, y en septiembre me incorporaré —le contesté. Y la verdad, lo prefería así.

—Tengo una idea —dijo su madre— ¿Por qué no nos vamos de crucero los cuatro juntos?

— Mamá, creo que todavía es muy pronto —le respondió él, y lo miré con una cara que lo decía todo. ¿Acaso pensaba que yo iba a consentir que me pagaran unas vacaciones de ese tipo? ¿Su cara era por la sonrisa que le puse a su madre? No entendía nada. Pero que me molestó, lo hizo, y en gran medida, la verdad.

—Pablo, tiene razón, es demasiado pronto para entrar tanto en familia. Irse de vacaciones juntos es algo muy íntimo, y no es conveniente todavía —contesté, con un tono que reflejaba mi enfado.

—No te pongas a la defensiva, Alicia, que no lo he dicho por eso —me respondió, en el mismo tono que yo había empleado. Todo lo bien que había ido la noche, y empezó a torcerse en ese preciso instante.

—¿A la defensiva? Solo he respondido a lo que tú le has contestado a tu madre. No iba a ir. No me puedo permitir pagar unas vacaciones como esas y, por supuesto, no voy a consentir que nadie me las pague. Yo me conformo con un buen bocata de tortilla en la playa entre amigos. No me hacen falta tantos lujos. Así que no tenías por qué contestar así —le respondí, mientras que me levantaba para marcharme—.

»Muchísimas gracias por acogerme tan bien, don Manuel y doña Paula. Anselmo, no dudes que iré a visitarte. Pero ahora será mejor que me marche. Buenas noches a todos.

No sé por qué motivo, pero volví a hablarles de usted, y mi jefe se dio cuenta, poniendo una mueca en su cara, iba a hablar, pero su hijo se le adelantó.

—Perfecto, Alicia. Así se solucionan las cosas en pareja: huyendo, en vez de hablarlo. Como siempre, has vuelto a sacar conclusiones precipitadas y a malinterpretar mis palabras. Porque no lo he dicho con esa intención —me dijo. Y es que se había cabreado bastante. Pero más lo estaba yo.

—¿Pareja? ¿Desde cuándo tú y yo somos pareja? Y déjame decirte que no he malinterpretado nada. Simplemente, he analizado tu cara y tus palabras, nada más —le dije. Una vez que estuvimos en el salón, de camino a la puerta.

—¿No nos consideras una pareja? Pues entonces no hay nada más que hablar. Si lo que pretendes es que vaya detrás de ti como un perrito faldero, siento decirte que no es mi estilo. He ido dos veces a buscarte. La tercera no ocurrirá, puedes apostar por ello. Tan solo te voy a pedir cordialidad en el trabajo. Nada más. Nuestros compañeros no tienen por qué sufrir lo que nos pase a nosotros personalmente, ellos no tienen la culpa.

No pude decir nada. Sus palabras me atravesaron el corazón como si fueran puñales. Ni yo pretendía que fuera detrás de mí, ni nada parecido. Tan solo quería que antes de hablar por mí, como había sido el caso, lo consultara conmigo. Pero eso era mucho pedir. ¿Cómo íbamos a

considerarnos una pareja si en ningún momento habíamos hablado de ello, más allá de cuatro palabras que fueron en broma?

Salí de allí con lágrimas en los ojos. Y como al día siguiente no tendría que levantarme temprano, porque iba a teletrabajar desde casa, en vez de volver a mi hogar —donde estaría y me sentiría sola, más esto último, porque, aunque Andy estuviera allí, así era como me sentía—, decidí bajar a la playa y sentarme en la arena a desahogarme.

Me descalcé en cuanto terminé de bajar la cuesta que me llevaba a la playa y me senté cerca de la orilla, donde la luz de las farolas casi no me alcanzaba. Así estaría lejos de la vista del resto de las personas que estaban allí. Podría llorar a gusto cuanto quisiera, sin que nadie me mirara o me preguntara qué me ocurría. Necesitaba sanar por dentro. Así que pensé en algo que tenía en mente desde hace mucho tiempo: me iría con alguna de las ONG que conocía a algún pueblo remoto para ayudar a los niños. De ese modo me alejaría, durante mis vacaciones, de todo eso que me estaba haciendo daño.

No le diría nada a nadie hasta que no tuviera que marcharme, para evitar que me convencieran de lo contrario. No era justo para mis amigos, que habían encontrado el amor en la pandilla de Pablo. No lo era para ninguno de ellos, y no las pondría en la tesitura de elegir entre ellos o yo. Así que lo mejor sería eso: conocer nuevas personas y regresar con la fuerza necesaria para empezar de nuevo en la oficina. Porque de otro modo no me veía capaz ni con las suficientes fuerzas.

Sin darme cuenta del tiempo que llevaba allí ni de que la marea había bajado, divagando en mis pensamientos, de pronto me vi completamente sola en la playa. Así que decidí que ya era hora de regresar a casa. Por la mañana buscaría en Internet e intentaría informarme de los pasos que tendría que dar para llevar a cabo lo que tenía en mente.

Pablo

Cuando volví a la terraza, era como si Alicia me hubiera clavado un hierro candente en el pecho. Tenía ganas de gritar, de llorar, pero no lo haría. No lo había hecho en mi vida, no iba a empezar ahora.

—Hijo, siento mucho haber estropeado la velada —dijo mi madre, que se acercó a mí por detrás y me abrazó, dejando un beso en mi mejilla.

—Tenía que estallar por algún lado, mamá, no te preocupes. Gracias a eso, me ha quedado clara su postura ante nosotros, ante lo que yo consideraba una relación. Pero al parecer, para ella solo soy alguien con quien pasar el rato en la cama, nada más —le respondí, luchando para que no se me escaparan las lágrimas. Hasta ahora lo estaba consiguiendo.

—No digas tonterías, Pablo. Alicia no es así —intervino mi padre. Y esa defensa suya empezó a tocarme los cojones.

—Me parece perfecto que la sigas defendiendo, pero en este caso no tienes razón. Yo seré todo lo tonto que tú quieras, no te lo voy a discutir. Pero que sepas que no he dicho nada para que se pusiera a la defensiva. Tan solo lo he dicho porque necesitábamos tiempo para conocernos, pero ella se lo ha llevado a su terreno, dejándome a mí como el malo, como siempre —le contesté. Ante la mirada que le echó mi madre, ni siquiera se atrevió a discutir lo que le decía.

—No te preocupes, hijo, mañana hablas con ella y listo. Se lo explicas todo y verás cómo lo entiende. Los dos sois muy cabezones, y aunque no quieras admitirlo, tenéis el mismo carácter. Por eso chocáis tanto. Solo es cuestión de que encontréis un término medio, eso es todo —me dijo mi padre, como siempre pidiéndome que fuera yo quien diera el brazo a torcer. Pero eso se acabó.

—Lo siento por ti, papá, pero no pienso arrastrarme más. Eso de ir detrás de ella como un perrito faldero, se terminó. Hay muchas mujeres en el mundo, y alguna encontraré que me comprenda y no se lleve todo lo que digo a la tremenda. ¿Que me va a costar olvidarla? Pues sí. Porque por mucho que me lo he negado, estoy enamorado de ella. Pero también me quiero a mí, y tengo mi autoestima.

»Todos habéis oído cómo ha dicho que no nos consideraba una pareja, cuando la he traído aquí y os la he presentado como tal. ¿Qué más quiere de mí? ¿Que le ponga un anillo en el dedo sin pensarlo? Pues va a ser que no. Mañana será otro día.

»Y, evitando vernos durante estos dos meses, ambos nos olvidaremos del otro y podremos tener una relación cordial en el trabajo. Que es lo único

que le he pedido. Si no es capaz de hacer eso, y sintiéndolo mucho —porque en su trabajo es una de las mejores—, tendré que despedirla —dije, levantándome para irme a mi dormitorio. Me dolía la cabeza y necesitaba dejar la mente en blanco, aunque sabía que no me iba a ser fácil.

Al levantarme, me di cuenta de que ella bajaba hasta la playa, sola. ¿Qué le pasaba a esta mujer? ¿Tan inconsciente era para hacer eso? Joder, si alguien la veía así, podría violarla o Dios sabe que más hacerle. Iba a bajar para recriminárselo, pero mi padre notó el cambio en mi expresión, y me detuvo.

—Déjala, yo la vigilo desde aquí. No me iré a la cama hasta que no la vea que sube de vuelta. Ella también necesita desahogarse, y está sola. No tiene una familia con la que hablar, como lo tienes tú. Además, conociéndola como la conozco, no será capaz de decirle nada a sus amigos, porque sabe que sus parejas forman parte de tu círculo cercano. Jamás los pondrá en tu contra. Preferirá tragárselo todo sola, y fingir que no le pasa nada, antes que poner a su pandilla en la tesitura de elegir entre ella y sus parejas —me dijo mi padre.

Entonces, por un momento, me puse en su piel. Era cierto que sus padres seguían vivos, pero nunca se habían ocupado realmente de ella. Sus visitas se limitaban a las navidades y a los cumpleaños: aparecían con un regalo y una tarta, y se marchaban hasta el año que siguiente. Y eso que vivían a cuarenta y cinco minutos de la ciudad. Nunca sintió el cariño de una familia, solo el de su abuela, tal y como me había contado el tío Anselmo, que tampoco le quitaba ojo de encima desde la terraza. Y es que, por muy poca luz que hubiera en la playa, desde allí se divisaba perfectamente toda la zona donde estaba sentada.

Antes de meterme en la cama, me asomé por la ventana de mi dormitorio. Desde allí también se veía la playa. Y seguía allí, sola, sentada en la arena. Una congoja me oprimía el pecho, y entonces, en la soledad de mi cuarto, me permití el lujo de llorar. Solté todo lo que llevaba dentro. Lo consideré necesario si realmente quería olvidarme de ella.

Tenía dos meses para conseguirlo. Así que decidí que, durante ese tiempo, evitaría quedar con mis amigos y sus parejas. Finalmente, haría un

viaje durante el mes de agosto que durara, al menos, quince días. Lo que no sabía es si lo haría solo o con mis padres. Ya lo pensaría.

También tenía la opción que me había propuesto uno de mis compañeros del instituto. Él era de un pueblecito de la zona del Levante español, y me había invitado a pasar allí las fiestas. Me lo pensaría. Lo llamaría al día siguiente, porque durante esa semana no habíamos hablado. Él, al igual que yo, había vuelto a casa.

Capítulo 17



Alicia

—Sí, me interesaría irme durante todo el mes de agosto, incluso podría irme un poco antes si me dice la fecha exacta y puedo organizarme el trabajo —le dije a la chica que me había atendido por teléfono y que llevaba todo el tema del voluntariado.

—Perfecto, porque tenemos una salida para un pueblecito de México programada para el día 28 de julio. ¿Estarías disponible para esa fecha? —me preguntó. Al mirar lo que me quedaba pendiente, aunque tuviera que trabajar día y noche, estaría disponible.

—Por supuesto, puede contar conmigo —le respondí, y ella pasó a explicarme cómo iba todo.

—Entonces, ahora le pediré los datos para incluirlos en la documentación. Por el viaje no tendrá que preocuparse, porque el vuelo se hace en un avión que nos donaron a la ONG, y el alojamiento y la comida serán en el mismo campamento. Una vez allí, su labor será enseñar a los niños pequeños a leer, a escribir, a sumar; vamos, cosas básicas, así como también jugar con ellos. Si ve que no es capaz de hacer su labor o si no le gustan los niños, ruego que me lo diga antes de ir, porque hasta el 29 de agosto no saldrá el avión de vuelta.

»De lo único que se tendrá que preocupar es de llegar hasta Madrid, que es el lugar desde donde saldrá el vuelo. Entienda que va gente de toda España, y por eso se elige ese aeropuerto, porque está a medio camino de todas las comunidades autónomas. Si está usted de acuerdo en todo,

envíeme al correo electrónico que le voy a facilitar una copia de su pasaporte para dejar todo cerrado, así como la solicitud que podrá descargar desde nuestra página web debidamente cumplimentada.

»Ah, se me olvidaba, tendrá que estar en la terminal cuatro a las siete de la mañana del 28 de julio, donde estará el coordinador de todo, que se llama Daniel —me explicó. Lo anoté todo y me levanté para enviarle la documentación que me había solicitado.

Tendría que ponerme las pilas para terminar mi trabajo antes de irme, pero una vez que lo hiciera, no creía que fuera un inconveniente que me cogiera las vacaciones un par de días antes. De todos modos, no se lo iba a comunicar; como estaba teletrabajando y con el trabajo hecho, el resto era cosa mía.

En el fondo de mi corazón albergaba la esperanza de que Pablo me llamara o me enviara un mensaje, pero sabía que eso no iba a ser posible, y como no quería marcharme de este modo, aunque lo nuestro como pareja no fuera posible, intentaría que fuéramos amigos. Por eso lo hice yo; yo fui quien le envié el mensaje.

Alicia: *Siento lo que pasó anoche, me gustaría que pudiéramos hablar para terminar en buenos términos. Aunque no te lo creas, te sigo queriendo.*

Le di a enviar, pero no le entraba. En principio pensé que podía estar sin batería o sin cobertura, así que me puse a trabajar. Tanto me metí en el trabajo que no me di cuenta de que ya era la hora de comer; me enteré porque Andy entró con una bolsa del asador en la mano, en la que traía un pollo asado con patatas y pimientos fritos.

—Madre mía, ¿ya es esta hora? —le pregunté a mi amigo, que asentía sonriendo.

—Cuando te pones a trabajar, pierdes la noción del tiempo, amiga. Menos mal que te conozco y he parado en el asador, porque si no me veía comiendo un bocadillo de chorizo. A esta hora, dime tú qué ibas a hacer de comer —me respondió Andy, que venía de trabajar.

—Ni que lo digas. Anda, date una ducha, que vienes chorreando de sudor con esa chaqueta y esa corbata, mientras yo recojo mis cosas y pongo la

mesa, justo debajo del aire acondicionado, para que comamos fresquitos —le dije a Andy, que ya iba camino del cuarto de baño.

Mientras recogía la mesa, me acordé del mensaje que le había enviado a Pablo, así que cogí el móvil para ver si me había contestado, y me extrañó que no lo hubiera recibido todavía. Lo mismo era mi teléfono, que últimamente no andaba muy bien, que digamos. Ahora, cuando saliera mi amigo, haría una comprobación.

Fui a la cocina y puse todo en varias bandejas que fui llevando a la mesa, junto a los platos, los vasos, los cubiertos y las bebidas, pero no dejaba de darle vueltas a lo del mensaje. Así que, cuando Andy llegó al salón, le pedí que cogiera su móvil.

—Amigo, necesito comprobar una cosa, te voy a enviar un mensaje y dime si lo recibes —le pedí, intuyendo lo que podía haber pasado. Esperaba equivocarme, pero si no era así, se acabarían todos los intentos de acercamiento, incluso empezaría a buscar otro trabajo.

—Aquí está. ¿Qué te ocurre? —me preguntó Andy. Intenté enviarlo de nuevo, pero seguía sin que le entrara a Pablo, así que pasé a la segunda parte de la comprobación.

—Tienes el teléfono de Pablo, ¿verdad? —le pregunté, a sabiendas de que así era, y él asintió con la cabeza— Pues envíale uno a él, pregúntale lo que sea, que necesito saber si le entra y si te contesta.

—Vale, voy a preguntarle si tienen planes para esta tarde, que además Alejandro esta mañana me lo ha dicho y se me había olvidado —me dijo mientras escribía. Dejó el teléfono a un lado y nos dispusimos a comer. Al instante, le llegó una notificación de mensajes.

—¿Es él? —le pregunté, y él asintió

—Me dice que esta tarde habían quedado para tomar café en el chiringuito de la playa, pero que él no sabe si bajará, que no quiere incomodar a nadie y prefiere quedarse en casa —me contaba, extrañado, cuando le quité el móvil de las manos.

—Lo siento, pero necesito hacer esto —le pedí disculpas antes de mandarle un audio.

—Veo que has tenido mucha madurez bloqueándome a las primeras de cambio, y después soy yo la que malinterpreta las cosas… Pero bueno, eso es lo de menos, haz lo que te dé la gana. En cuanto a ese café, puedes ir sin problemas, yo tengo trabajo pendiente y no pienso ir. Además, jamás se me ocurriría poner a mis amigos en tu contra ni en la de sus parejas. Tú y yo somos adultos, aunque en algunas ocasiones no lo parezca.

»Con este mensaje se acaba el contacto entre tú y yo. Si durante lo que queda antes de coger las vacaciones, la oficina necesita ponerse en contacto conmigo, que lo haga a través de tu padre. Y en cuanto que lleguemos en septiembre, tenme la documentación preparada porque me marcho, abandono mi puesto de trabajo, ya le enviaré a él mi carta de renuncia.

»No intentes responder a este mensaje porque ni lo voy a escuchar ni lo voy a leer. No me hubiera gustado tener que meter en medio a Andy, pero visto lo visto, no tenía otra forma de ponerme en contacto contigo. Gracias por todo y sé feliz.

Ese fue el audio que le envié a través del teléfono de mi amigo, que me miraba con la boca abierta, supongo que esperando una explicación —esa que no le iba a dar, por lo menos no con detalles—. No quería indisponerlo con nadie, mucho menos con uno de los mejores amigos de su pareja. Se merecía ser feliz, había sufrido mucho hasta llegar donde estaba y yo no sería la culpable de que eso se terminara.

—¿Me vas a contar algo o tengo que meterme a adivino? —me preguntó.

—Ni lo uno ni lo otro. Solo te voy a decir que lo que había entre Pablo y yo se ha terminado. Por mucho que lo hemos intentado, el amor no basta, y creo además que solo lo hubo por mi parte. No quiero hablar más del tema ni de él. Yo quedaré con vosotros cuando estéis solos, que no estoy diciendo ni mucho menos que no vayáis con vuestras parejas o que vengáis a casa con ellas, simplemente que cuando se haga en pandilla, prefiero alejarme.

»Ya sanará y podré integrarme de nuevo —le dije, zanjando por completo la conversación. A cada minuto que pasaba, veía más claro que haría bien en alejarme de aquí. Esperaba que todo aquello me permitiera olvidarme de Pablo y de todo lo que lo rodeara.

En ese momento recibí una llamada de teléfono y vi que era don Manuel. Seguro que ya le había ido con el cuento. En principio no iba a contestar, pero luego pensé que ese hombre siempre se había portado muy bien conmigo, que no se merecía ese desplante, así que descolgué.

—Buenas tardes, don Manuel. ¿A qué se debe su llamada? —le pregunté de la manera más educada que me salió, a pesar de que el cabreo que llevaba encima era monumental.

—Alicia, ¿qué coño es eso que me ha dicho mi hijo de que te vas? Me importa dos cojones lo que pase entre Pablo y tú, sois bastante mayorcitos para saber gestionar vuestros problemas, pero no voy a consentir que dejes tu trabajo. No cuando sé que eres buena, no cuando tengo claro por lo que lo haces. ¿Necesitas no ir a la oficina? No vayas, trabaja desde tu casa, puedes hacerlo, tal y como lo estás demostrando.

»Una vez al mes, quedaré contigo en cualquier cafetería y te llevaré los expedientes de las empresas que lleves, la nueva documentación o lo que haga falta, pero no eches tu vida a perder por una gilipollez. Incluso si a mí tampoco quieres verme, te los haré llegar a través de Míriam. Necesitas este trabajo y lo sabes igual que yo —me dijo, y no pude evitar derrumbarme. Me levanté y me marché a mi dormitorio; quería sincerarme con él, pero no quería hacerlo delante de mi amigo, ni quería ponerlo en contra de su propio hijo. Así que me di la vuelta y me volví a sentar.

—Está bien, me quedaré mientras no encuentre otra cosa, pero no quiero tener ningún contacto con su hijo, aunque eso va a ser bastante difícil, teniendo en cuenta que pronto lo tendré de vecino —le dije, tragándome todo lo que llevaba por dentro.

—Para eso todavía queda. La reforma que quiere hacerle al piso es bastante profunda, y han estimado su ejecución en seis meses. Espero que ese sea tiempo suficiente para que hayáis arreglado vuestras diferencias, ya no como pareja —que ahí ni entro ni salgo, eso es cosa vuestra—, pero sí como compañeros de trabajo. En cuanto que termines los expedientes en los que estás trabajando, no cojas nada más. Tómate el resto de los días libres; por lo que he visto, no creo que te lleve más de un par de días terminarlo —me dijo, y no pude más que agradecerle todo.

—Muchísimas gracias, don Manuel. No sé qué hubiera sido de mí sin usted durante todos estos años —le dije, despidiéndome de él.

Mi amigo no me había quitado el ojo de encima, y sabía que no me dejaría en paz, pero no pensaba contarle nada de lo sucedido. Si quería, que lo hiciera él, que tenía el mismo contacto con ellos que yo.

—Está clarísimo que no confías en mí. Que mi relación con Alejandro, por el simple hecho de que sea amigo de Pablo, ha creado una brecha entre nosotros. Pero lo siento, por una vez voy a pensar en mí, en lo feliz que soy a su lado, y no consentiré que nadie nos separe —me dijo, y os juro que me quedé totalmente descolocada.

—¿Me estás diciendo eso en serio? ¿No te das cuenta de que, precisamente para que eso no ocurra, no quiero contarte nada? Porque tú te pondrás de mi parte y él de la de Pablo, y eso podría provocar una discusión entre vosotros. Creo que necesito estar sola, me voy a mi habitación.

—No, no te preocupes, el que se marcha soy yo. Ya he hablado con Alejandro por mensajes mientras tú lo hacías con tu jefe. Recojo mis cosas y me marcho a su casa. Cuando recapacites, me avisas y vendré a escucharte —me dijo.

¿Qué coño estaba pasando que no me entendía nadie?

No le respondí, me di la vuelta y me encerré en mi dormitorio. No quería ver cómo se iba, cómo me abandonaba, porque eso era lo que estaba haciendo. Así que tomé una determinación: terminaría el trabajo lo antes posible y me marcharía a Madrid los días que quedaran. Me buscaría una pensión o algún alojamiento barato y desconectaría de todo los días previos a mi marcha a México.

Capítulo 18



Pablo

Esa misma noche, y tras mucho pensarlo, decidí bloquear el teléfono de Alicia. No me apetecía tener que luchar contra la tentación de llamarla o escribirle, porque sabía que terminaría haciéndolo. Por eso, cuando a las tres de la tarde recibí un audio desde el móvil de Andy, me extrañó, ya que no era su práctica habitual. Aun así, le di al botón para escucharlo; tal vez le resultó más útil hacerlo así, especialmente cuando minutos antes habíamos estado escribiéndonos. Seguramente era demasiado largo para escribirlo.

—Veo que has tenido mucha madurez bloqueándome a las primeras de cambio, y después soy yo la que malinterpreta las cosas… Pero bueno, eso es lo de menos, haz lo que te dé la gana. En cuanto a ese café, puedes ir sin problemas, yo tengo trabajo pendiente y no pienso ir. Además, jamás se me ocurriría poner a mis amigos en tu contra ni en la de sus parejas. Tú y yo somos adultos, aunque en algunas ocasiones no lo parezca.

»Con este mensaje se acaba el contacto entre tú y yo. Si durante lo que queda antes de coger las vacaciones, la oficina necesita ponerse en contacto conmigo, que lo haga a través de tu padre. Y en cuanto que lleguemos en septiembre, tenme la documentación preparada porque me marcho, abandono mi puesto de trabajo, ya le enviaré a él mi carta de renuncia.

»No intentes responder a este mensaje porque ni lo voy a escuchar ni lo voy a leer. No me hubiera gustado tener que meter en medio a Andy, pero

visto lo visto, no tenía otra forma de ponerme en contacto contigo. Gracias por todo y sé feliz.

Era de ella. Había intentado ponerse en contacto conmigo y se había dado cuenta de que la tenía bloqueada. ¿Qué hacía? ¿Le contestaba? ¿Hacía caso omiso al mensaje o, por el contrario, lo tomaba en serio?

Lo primero que hice fue desbloquearla y leer lo que me había enviado. No sé si lo hacía por curiosidad o por intentar acallar mi conciencia, que desde anoche me decía que fuera a buscarla. El caso es que no lo hice.

Alicia: *Siento lo que pasó anoche, me gustaría que pudiéramos hablar para terminar en buenos términos. Aunque no te lo creas, te sigo queriendo.*

Se estaba disculpando conmigo y me decía que me quería, y yo, una vez más, había metido la pata hasta el fondo. No podía ser más imbécil. No me iba a escuchar, después de eso tenía claro que no lo haría. Así que mejor decidí llamar a mi padre.

—Papá, he vuelto a meter la pata. Al final vais a tener razón en eso de que soy idiota —le dije, a punto de llorar.

—¿Se puede saber qué has hecho ahora? —me preguntó mi padre, en un tono que dejaba claro el hastío que ya tenía encima.

—Es Alicia. Se va de la empresa.

—¿Cómo? ¿Por qué motivo? Haz el favor de explicármelo todo de la forma más clara que puedas, porque no me puedo permitir perder a una de mis mejores empleadas… por no decir la mejor.

—Anoche, después de la bronca que tuvimos, la bloqueé. Prefería no tener la tentación de llamarla o escribirle; pensaba que era lo mejor para los dos. Esta mañana ella me envió un mensaje para disculparse, pero no me llegaba. Al darse cuenta de que los mensajes de su amigo sí entraban y los suyos no, tuvo claro que la había bloqueado.

»Así que me mandó un audio, en el que me decía infinidad de cosas, pero una de ellas —y la que más me preocupa— es que piensa marcharse de la empresa. Dice que te enviará su dimisión por correo electrónico. Como pareja ya no creo que haya nada que hacer, papá, pero intenta por todos los medios que no deje el trabajo.

»No tendría cómo subsistir, y eso no lo podría soportar sobre mi conciencia —le expliqué lo mejor que pude, mientras lo escuchaba resoplar al otro lado de la línea telefónica.

—Ahora mismo voy a llamarla. Me comunicaré contigo en cuanto que haya hablado con ella —me dijo, antes de colgar.

Había quedado con los chicos para tomar café, así que me fui para allá sin ni siquiera haber probado bocado, no me entraba nada. Allí me pediría una tapa para no tener el estómago vacío, porque lo siguiente que me tomaría después del café sería una copa. La necesitaba como el aire para respirar.

Mi padre tardó más de media hora en devolverme la llamada, y eso, al menos, me tranquilizó un poco. Me dijo que habían llegado a un acuerdo: ella trabajaría desde casa, y él o Míriam le harían llegar la documentación. También habían acordado que terminara los expedientes pendientes y se tomara el resto de la semana libre. Así estaría más descansada y con la cabeza más despejada.

—Gracias, papá. Otra vez me has vuelto a salvar el culo. Quizás sería mejor que te buscaras a otra persona para que se hiciera cargo de la gestoría. Desde que he llegado, no ha habido más que problemas —le dije, delante de una cola fría y una tapa de ensalada de patatas. Era todo lo que yo iba a comer.

— Lo que quizás deberías hacer tú, es dejar de decir y hacer estupideces. Sé un hombre de una puta vez y afronta los problemas de cara. Búscala, habla con ella y dile lo que sientes. Dejad las tonterías y poned las cartas sobre la mesa, que ya sois adultos y parecéis que tenéis quince años, coño —me soltó, bastante cabreado. Hoy no me sentía con fuerzas para nada, pero mañana le haría caso a mi padre y la buscaría. Se acabó hacer el tonto.

Los primeros en llegar fueron Pedro y Míriam. Al verme la cara, se dieron cuenta de que algo me había sucedido, pero aunque me preguntaron, preferí no contarles nada. No quería enfrentar a mis amigos con ella ni ponerlos en su contra.

—Pues tú, sabrás, chico. Sabes que estamos aquí para lo que necesites —me dijo Pedro, dándome una palmada en el hombro.

—Míriam, tu contrato ya está listo. Lo traigo para que le eches un vistazo, por si hay algo que no te gusta o quisieras cambiar —le dije a la novia de mi amigo. De la noche a la mañana habíamos pasado de ser cuatro a que todos tuvieran pareja… menos yo, que resulté ser el más carajote—.

»Como habíamos hablado, tu horario será de nueve a tres en verano, y de diez a una y de cinco a siete en invierno. En agosto la gestoría cierra por vacaciones, al igual que del 22 de diciembre al 7 de enero. Tu sueldo también está reflejado en el contrato: 1 200 euros en catorce pagas. Si estás de acuerdo, solo tienes que firmar.

—¿Que si estoy de acuerdo? ¡Ahora mismo te cogería en hombros y te pasearía por toda la playa como a los toreros! Ven aquí que te dé un beso, porque no podrías haberme hecho más feliz —me dijo, plantándome un sonoro beso en la mejilla, que me hizo sonreír.

—Eh, eh, que corra el aire. Que ahora vas a pasar mucho tiempo a su lado y este tío es un peligro. No sería la primera chica que me levanta —dijo Pedro, apartando a su novia de mí, mientras ella se reía a carcajadas.

Pensar que yo podría estar ahora mismo como ellos me revolvía el estómago. Así que pasé del café y me pedí directamente una copa.

—¿No te parece que vas muy rápido tú? —me dijo Alejandro, que apareció detrás del camarero junto a Andy, que traía una cara que no presagiaba nada bueno.

—¿Rápido? Ojalá fuera igual de rápido para enmendar sus errores —soltó Andy, que recibió una mirada de advertencia de su chico—. No me mires así, que no voy a decir nada más.

—No sé qué te habrá contado Alicia, pero lo que sí te diré es que no ha sido solo culpa mía. Hemos sido culpables los dos —le dije, poniéndome a la defensiva. No sabía qué me iba a responder.

—¿Alicia? ¿Decirme? Pues ella no me ha dicho absolutamente nada. Es más, se ha cerrado tanto en banda que he decidido irme de su casa. Si es mi amiga y no confía en mí para contarme lo que ha pasado, entonces tampoco lo es como para quedarme ahí. No quiero que un día me diga que falta algo o alguna otra barbaridad —respondió. Todos nos quedamos con la boca abierta. Ella no era así y lo sabíamos.

—¿Pero tú estás tonto? Entonces ahora, como Pablo tampoco ha dicho nada, ¿también lo dejamos solo? — le contestó Míriam, conteniéndose por estar en público. Estoy seguro de que, si estuviésemos en privado, le habría dicho más de cuatro cosas.

—No, verás, si ahora el malo de la película voy a ser yo…

—Ya te lo he dicho antes, amor, que yo estoy encantado de que te vengas a vivir conmigo, pero que ella no ha hecho eso por desconfianza. Al contrario: lo ha hecho por no interponerse entre nosotros. Yo, lógicamente, defenderé a mi amigo, y vosotros os decantaréis por ella, y eso, queramos o no, creará una brecha en todas las parejas —le dijo Alejandro.

Cerré los ojos, respiré hondo, y me dispuse a contarlo absolutamente todo.

—¿Queréis saber qué es lo que pasó? Pues yo os lo voy a contar. Una vez que termine, no quiero debates sobre quién tiene la razón o no. No quiero partidarios de un bando o de otro. Quiero que sigáis como las parejas que sois, porque yo, al igual que ella, me voy a tomar un tiempo para mí, para saber realmente lo que quiero en la vida. Me alejaré de todos. Cuando termine el verano, ya veremos qué haré —les dije.

Entonces Alejandro me interrumpió.

—Pablo, eso que estás diciendo no es justo para nosotros, No queremos que te alejes.

—Ellos tampoco quieren que Alicia se aleje, y, aun así, lo ha tenido que hacer. Lo ha hecho por ella, por nosotros y, lo que es más importante, por vosotros —respondí. Y empecé a contarles todo:

»Ayer por la tarde fui a buscarla. Nos sentamos a hablar como los dos adultos que somos. Le aclaré el malentendido que hubo por la mañana entre nosotros, el despido que tuve que hacer… En fin, estuvimos conociéndonos como no lo habíamos hecho hasta entonces. Ella me comentó que Míriam sería una buena candidata para el puesto de recepcionista, y se me ocurrió la genial idea de llevarla a cenar a casa de mis padres, presentándola, entre bromas y verdades, como mi futura pareja. Todo iba bien hasta que a mi madre se le ocurrió proponer que nos fuéramos todos de crucero, incluida ella.

»No sé por qué motivo, pero le dije a mi madre que era muy pronto para eso. Pensaba que era lo mejor para los dos, que teníamos que conocernos más. Pero no me dio tiempo a explicárselo. Ella sacó sus propias conclusiones. Tuvimos una bronca monumental, en la que tanto ella como yo nos dijimos cosas muy feas… cosas que duelen mucho.

»Tras mucho pensarlo, anoche decidí bloquearla. Pero esta mañana ella me envió un mensaje de disculpas, y al ver que no me llegaba, utilizó el teléfono de Andy para enviarme un audio en el que dejaba clara su postura. Si no la hubiera bloqueado, quizás habríamos tenido la oportunidad de empezar de cero. Pero después de eso… dudo mucho que me perdone. —Concluí, y solo Míriam se atrevió a tomarme la mano.

—Y yo soy un imbécil y un cabrón por haber hecho lo que hice. ¿Con qué cara voy yo ahora a pedirle disculpas, si le he dicho de todo antes de irme? ¡Le grité que lo que quería era que rompiera con Alejandro y que solo iba a mirar por mí! —dijo Andy con lágrimas en los ojos.

—Deja pasar el día de hoy. Mañana vas, y hablas con ella. Seguro que te perdona. Y eso va para los dos —dijo Míriam, dirigiéndose tanto a su amigo y a mí.

Capítulo 19



Alicia

No me dijo ni adiós, tan solo una sarta de tonterías, pero que me llegaron al alma. Yo, que le había abierto las puertas de mi casa y de mi corazón —como es lógico por la amistad que nos unía, o por lo menos yo pensaba— creía tener a un amigo, a alguien a quien sentía como a un hermano. Pero, a la hora de la verdad, se había portado conmigo igual que toda mi familia: dejándome a un lado.

Si os digo que no lloré cuando escuché la puerta cerrarse, sería mentir como una bellaca. Lloré y mucho. Pero eso me hizo darme cuenta de que no tenía a nadie. Estaba sola. Así que, como no tenía que rendirle cuentas a nadie, me sequé las lágrimas, encendí el portátil y busqué un tren que me llevara a Madrid a primera hora, junto con un hostal donde pasar unos días. Aprovecharía para conocer la ciudad antes de partir con la ONG.

Trabajé durante todo el día y casi toda la noche, hasta que terminé lo que tenía pendiente. No tenía que enviárselo a nadie, ya que quedaba subido a la intranet de la empresa, por si el cliente, en algún momento, necesitaba documentación y el empleado responsable de su cuenta no estaba disponible. Así cualquiera podría acceder y facilitársela.

Me levanté de la silla, tomé una ducha y me puse cómoda para el viaje, intentando vestirme también lo más fresca posible: allí haría infinitamente más calor que en mi ciudad. Cogí mi maleta de mano, donde había metido la ropa para esos días, y el bolso, con el pasaporte, dinero en efectivo y la tarjeta bancaria, por si surgiera algún imprevisto los días que estuviese en

Madrid. Porque, una vez que el avión despegara rumbo al pueblo, el dinero dejaría de tener utilidad.

Como iba con tiempo suficiente, en vez de tomar un taxi, me decidí a ir hasta la estación de tren dando un paseo. Estaba a tan solo quince minutos andando y me vendría bien para aclarar mis ideas. Estaba dispuesta a resetear mi corazón en todos los sentidos, no solo en el plano amoroso. Porque, si lo de Pablo me había dolido, lo de Andy lo había hecho mil veces más. De Míriam y de Vanesa no había tenido noticias; supongo que esa tarde lo hablarían entre ellos. Pero para mí, estaban todos de más, porque ninguno se había dignado a enviarme un triste mensaje para saber cómo estaba, y eso ya decía mucho.

—¿Te vas de viaje, niña? —me preguntó Antonia desde el balcón. No eran ni las siete de la mañana, y ella bajaba a abrir la lechería a eso de las siete y media.

—A México me voy, Antonia, a olvidarme de todo. Voy a estar hasta finales de agosto enseñando a los niños de un pueblo remoto a leer y a escribir. Necesito sanar —le dije. Ella se quedó con la boca abierta. ¿Por qué se lo dije? Pues no lo sé con seguridad. Quizás porque albergaba la esperanza de que alguien fuera a buscarme, aunque veía esa posibilidad como algo remoto, la verdad.

—Pues para la próxima, me avisas, que me voy contigo. Siempre he querido sentarme a contarles cuentos a los niños, y nunca está de más visitar lugares nuevos. Te veo a la vuelta, y espero que lo hagas con mejor semblante —me contestó ella. Le devolví una sonrisa, pero que no era genuina. No me había salido sola, como miles de veces antes me había ocurrido. Esa, había tenido que forzarla.

Antonia era una cotilla, se metía en todo, pero también era una de las pocas personas que me habían demostrado su cariño incondicionalmente. Eso siempre se lo tendría que agradecer.

Paseando mientras veía cómo estaba amaneciendo, llegué a la estación. Todavía faltaba más de media hora para la llegada del tren, así que entré en la cafetería y me pedí una leche con cacao y un par de tostadas con mermelada de fresa, que eran un vicio para mí. En mi cabeza no paraba de dar vueltas a todo, y ya empezaba a notar el cansancio. Así que tenía claro

que, en cuanto me sentara en mi asiento del tren, echaría un sueñecito, porque, de lo contrario, me caería redonda nada más llegar a Madrid.

Anunciaron la llegada de mi tren justo cuando estaba terminando de beberme la leche. Como ya había pagado, me fui al andén donde estaba situado para buscar mi vagón. Estaba justo en el medio y no me había fijado en que elegí uno de los asientos que tienen una pequeña mesa delante, lo que me venía genial para dejar el bolso.

—Buenos días —me dijo un chico que se sentó en el asiento de delante.

—Buenos días —le contesté. Pero quería dormir un rato, así que no le di mucha conversación. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en la ventanilla.

—Perdona, el tren ha llegado a Sevilla —me dijo el chico, despertándome, porque me había quedado completamente dormida en cuanto el tren se puso en marcha.

—Gracias, no te preocupes, que yo continúo hasta Madrid —le dije, agradeciéndole el gesto. Era un hombre guapo, más o menos de mi edad, quizás un poco más mayor.

—Ah, entonces como yo. ¿Trabajo o placer? —me preguntó. Como ya había descansado lo suficiente, no quise ser antipática y me dispuse a entablar conversación con él.

—Digamos que intento alejarme de todo y reiniciar mi corazón. Me marcho dentro de unos días con una ONG a un pueblecito de México, pero he decidido tomarme antes unos días para desconectar —le expliqué con una sonrisa.

—No te lo vas a creer, pero yo también voy en esa expedición. Por cierto, mi nombre es Manuel, aunque todo el mundo me llama Manel. Yo también he decidido irme unos días antes. Es la primera vez que hago algo así, pero mi novia y yo rompimos tan solo un mes antes de casarnos, con todo organizado. La pillé con uno de mis mejores amigos en los baños de la discoteca donde celebrábamos la despedida de solteros. Te puedes imaginar que no estaban jugando a las cartas, precisamente.

—Joder, vaya dos. Yo soy Alicia, y mi historia es un poco más rocambolesca, pero como tenemos tiempo, si quieres, te la cuento —le dije, dándole dos besos mientras me apoyaba en la mesita que nos separaba.

—Por supuesto, dicen que las miserias compartidas son menos miserias —me contestó. Y yo empecé a relatarle todo lo que me había ocurrido, mientras su gesto pasaba del asombro a la incredulidad.

—Como puedes ver, yo no he pillado a nadie con las manos en la masa, pero sí que he perdido a mi mejor amigo, al igual que tú, aunque por motivos bien distintos.

—Chica, lo tuyo es digno de una telenovela turca. Ya solo falta que aparezca el personaje despiadado que quiere venganza para que sea un drama en toda regla —me dijo, sonriendo.

—Uy, esa también la tenemos. Se llama Amaya, era la recepcionista de la oficina y se quería acostar con él. Fue pregonando por toda la gestoría que Pablo la había invitado a cenar, y era mentira. Discutió con él y esa discusión terminó con su salida de la empresa. Todavía podemos enterarnos de que ha hecho algo malvado —le dije, y entonces rompimos los dos en una carcajada.

Últimamente, estaba escasa de risas, de momentos así, y con Manel me sentía muy a gusto. Eso no lo podía negar. Era un chico encantador, que me estaba haciendo reír, y con quien sabía que me lo iba a pasar en grande durante este viaje.

Me contó que era médico, más concretamente pediatra. Era de Sevilla, pero llevaba muchos años viviendo en Cádiz. Estudió la carrera allí y, cuando terminó, le ofrecieron un puesto en una clínica privada de la ciudad, que aceptó sin dudarlo. Desde entonces no se había vuelto a marchar.

Casi sin darnos a penas cuenta, llegamos a Madrid. Nos bajamos del tren, e intercambiamos los teléfonos para vernos más tarde, una vez estuviéramos instalados, y cada uno se fue por su lado.

—Esto es cosa del destino, no le veo otra explicación —me dijo al verme bajar del taxi que había tomado para llegar al hostal donde tenía reservada la habitación, en el barrio de Chamartín.

—No me digas que tú también te alojas aquí, porque entonces ya es que me tiro al suelo —le contesté, mientras él asentía con la cabeza.

Entramos juntos en el hostal, donde nos recibió una chica muy amable. Resultó que tanto él como yo estábamos en la misma planta, con las habitaciones justo enfrente la una de la otra. Ambos necesitábamos

airearnos, dejar atrás todo lo que nos había pasado, y el karma —o el destino, quién sabe— nos había juntado para ello, uniendo nuestros caminos.

—¿Nos vemos en un ratito y vamos a comer juntos? —me preguntó antes de entrar en su habitación.

—Por supuesto. Dame un momento para refrescarme un poco, que aquí hace un calor de mil demonios, creo que me voy a asar como un pollo. Cuando termine, te doy un toque a la puerta —le respondí. Él asintió, diciendo que aprovecharía para hacer una llamada pendiente.

Ni siquiera me había acordado de que había apagado el teléfono nada más subir al tren, así que lo encendí por si tenía llamadas o mensajes, pero no había nada. Al minuto de salir de la ducha, me llegó un mensaje de WhatsApp. Era un audio de Andy, pero en ese momento no tenía fuerzas para escucharlo, así que lo dejé ahí. Ya lo haría cuando tuviera ganas.

Me puse un pantalón corto de lino con una camiseta de tirantes y unas sandalias planas. No había traído nada elegante ni con tacón; total, no pensaba salir de fiesta ni nada parecido. Llevaba ropa cómoda, del día a día. Me recogí el pelo en una coleta alta y me puse las gafas de sol. Ni siquiera llevaba maquillaje. ¿Para qué?

Justo cuando estaba a punto de salir de la habitación, me entró una llamada de don Manuel. La contesté; podría ser algo relacionado con el trabajo.

—Alicia, hija, me tienes preocupado. ¿Te ha ocurrido algo? —me dijo, y su tono sí era de preocupación.

—Nada, ¿por qué lo dice?

—Estamos todos en tu casa y no hay nadie. Andy te ha escrito y no atiendes al teléfono. Ni siquiera la señora Antonia sabe dónde estás —me dijo. Entonces entendí que la buena de mi vecina había querido proteger mi intimidad, sin revelar mi destino, entendiendo que no necesitaba que nadie más me incordiara.

—No voy a estar ahí en todo el verano. Ya he terminado mi trabajo y me voy de voluntaria con una ONG hasta finales de agosto. Permítame que el destino del voluntariado me lo guarde para mí. Necesito reiniciar mi vida y

mi corazón, y esta es la única manera que he encontrado para poder hacerlo —le expliqué. Se quedó en silencio un momento, y luego habló.

—Estás en todo tu derecho. Pero si ocurre algo, nadie sabrá dónde buscarte, y eso me da miedo, no te lo voy a negar. Si quieres, puedes confiar en mi hermano, que lo tengo aquí a mi lado. Él te guardará el secreto.

—No se preocupe, don Manuel. Antonia sí sabe dónde me voy, solo que ha querido guardarme el secreto. Ahora, si me disculpa, me están esperando para comer. Quédese tranquilo, que estoy estupendamente. Solo intento sanarme, por dentro y por fuera —le dije, despidiéndome antes de cortar la llamada, justo cuando Manel llamaba a mi puerta.

Capítulo 20



Pablo

Esa mañana me levanté con la inquietud de que algo iba a suceder. Pensé que quizá Alicia no me hablaría o que no me perdonaría, pero jamás se me pasó por la cabeza la situación con la que me iba a encontrar al salir de la oficina.

Durante toda la mañana estuve centrado en el trabajo. En la intranet de la empresa vi colgado todo el trabajo pendiente de Alicia, perfectamente terminado y organizado, y me sorprendió bastante que lo hubiera enviado a las cinco menos diez de la madrugada. ¿Estaría enferma y por eso no podía dormir? No, seguro que no. Porque, si así fuera, aunque no hubiera podido cerrar los ojos, no se habría puesto a trabajar, sino todo lo contrario.

Ya casi eran las tres cuando recibí una llamada de Andy, y eso sí que me preocupó. Se suponía que estaría con ella. Él mismo me había dicho que iría a pedirle disculpas, así que, si me llamaba porque no lo había perdonado —a él, que era como un hermano para ella—, a mí no me dejaría ni acercarme.

—Dime, Andy. ¿Estás con Alicia? —le pregunté, deseoso y anhelante de saber qué me iba a contestar.

—Estoy en su casa y no hay nadie, o por lo menos no me abre. Le he enviado un audio de WhatsApp. Le ha llegado, pero no lo ha escuchado, y me estoy empezando a preocupar —me contestó. En su voz se notaba eso que me estaba diciendo: la preocupación ya asomaba a su cabecita.

—¿No tienes llaves de su casa? Hasta ayer mismo vivías allí.

—Se las dejé encima de la mesa cuando me fui. Te recuerdo que lo hice porque pensé que no confiaba en mí. No es que me hubiera ido de fin de semana con mi novio y tuviera pensado volver el lunes — me respondió, con toda la ironía del mundo.

—Tienes razón, perdona. Los nervios me han jugado una mala pasada. Espérame ahí, tardo menos de diez minutos en llegar. Me pillo un taxi y le digo a Mateo que se encargue de cerrar, que aún está en su despacho —le contesté. Yo también empezaba a ponerme nervioso. Algo no me cuadraba. Alicia no era de las que se quitaban de en medio sin decirle nada a nadie. Al menos, a Andy se lo habría contado.

Entré en el despacho de mi compañero y le dije que me había surgido una urgencia, sin entrar en detalles. Ya se lo explicaría cuando tuviera algo concreto que contar. Ahora mismo, sería alarmarlo sin motivos reales. Total, podía haberse ido de compras o a la playa. Salí de la oficina y tomé un taxi, dándole al conductor la dirección de la casa de Alicia —y pronto, también la mía.

—Andy, ¿sigues sin saber nada de ella? —le pregunté al llegar, y él negó con la cabeza. Alejandro había llegado tan solo unos minutos antes que yo.

—Como le haya pasado algo, no me lo voy a perdonar en la vida, te lo juro —decía Andy, con lágrimas en los ojos, totalmente abatido.

—Verás como no es nada grave, amor. A lo mejor se ha ido a pasar el día con sus padres y se ha olvidado el móvil, o lo ha perdido. También puede ser algo lógico. No nos pongamos en lo peor —dijo Alejandro, intentando consolarlo. Pero yo también sentía, en lo más profundo de mi interior, que no era nada de eso.

De pronto, algo me iluminó: si alguien sabía algo, esa era Antonia.

Sin decir nada a nadie, bajé los escalones de tres en tres hasta llegar a la tienda, mientras mis amigos, al ver mi reacción, salieron corriendo detrás de mí.

—Antonia, por lo que usted más quiera, dígame que sabe dónde está Alicia, por favor, se lo suplico —le dije. Me ponía de rodillas si hacía falta.

—Pues lo siento, hijo, no tengo ni idea. Es que ni siquiera la he visto desde ayer. No te puedo ayudar —me respondió. Pero por su tono de voz,

supe que mentía. Estaba protegiéndola. ¿Alguien iba a salir del barrio sin que ella lo controlara? ¡Ja!

—No la creo, Antonia, y es una cuestión de vida o muerte —le dijo Alejandro, que era más comedido que yo, pero volvió a negar con la cabeza.

—Mira, Antonia, nos conocemos de toda la vida, y no me trago que alguien pueda salir de estas cuatro calles sin que tú sepas su paradero. Cuando no estás aquí, estás en la ventana, y cuando no, tus secuaces hacen el trabajo por ti, en las calles donde tu vista no alcanza. Creo que hasta habéis instalado cámaras en los balcones, por si tenéis que ir al baño, no perderos nada. Nos estás haciendo un flaco favor, que lo sepas —dijo Andy, que incluso empezó a tutearla, preso de los nervios.

—Niño, para empezar, ten un poquito de respeto y háblame de usted, que ni tú ni yo hemos comido del mismo plato. Y para terminar, si a alguien le tuviera que hacer un favor, sería a mi niña. Vosotros sois una panda de desagradecidos que la habéis tratado con la punta del pie, empezando por ti —dijo señalando a Andy—, que te abrió las puertas de su casa cuando tu padre te puso de patitas en la calle.

»Y terminando por este —ahora me señalaba a mí—, que con todo lo que ha sufrido por su culpa, tendría que haberlo colgado de los huevos del árbol que hay cerca de la estación. Así que, si queréis saber algo, os compráis un libro.

Desesperación, esa era la palabra. Yo no podía llamarla, porque ahora la que me había bloqueado era ella. Y ni a Andy ni a Alejandro les cogía el teléfono. Entonces, una última idea me asaltó: la última carta que podíamos jugar. **Mi padre**.

—Vámonos a mi casa. Si alguien puede conseguir que le cojan el teléfono, es mi padre —les dije. Asintieron y me siguieron. Por suerte, no vivíamos a más de diez minutos andando de su casa, y al ritmo que llevábamos, no tardamos ni cinco.

El camino lo hicimos en completo silencio. Cada uno iba sumido en sus pensamientos, pero todos con el mismo objetivo: saber dónde estaba Alicia y en qué estado se encontraba. Eso era lo primordial.

—¿Hijo, ocurre algo? —me preguntó mi madre cuando nos vio entrar por la puerta. Mi padre se encontraba en el salón, tomando un café tras

haber comido. Ni siquiera me había acordado de la hora.

—Todo, mamá . Ocurre todo —le dije, al borde de las lágrimas. Necesitaba encontrarla, aunque luego me mandara a la mierda. Pero tenía que saber que se encontraba bien.

—Me estás asustando, Pablo. ¿Os han robado? ¿Habéis tenido un accidente? ¡Habla, por Dios, que me va a dar algo! —dijo mi padre, levantándose del sillón para llegar hasta donde estábamos nosotros.

—Es Alicia, papá. Hemos ido a su casa y no hay nadie. Con el escándalo que hemos armado, habría abierto, aunque solo fuera para mandarnos a tomar por culo. Andy le ha enviado un mensaje que no ha escuchado. La hemos llamado y no contesta. Estamos muy preocupados —le solté todo de golpe.

Mi padre fue a buscar su móvil a la chaqueta. Una vez entraba en casa, lo apagaba para que nadie pudiera molestarlo, salvo cuando mi madre salía, entonces lo dejaba encendido por si ella necesitaba algo.

—Vayamos a su casa de nuevo. Seguro que a mí sí me abre —dijo, móvil en mano. Por suerte no tuvo que cambiarse de ropa, acababa de comer y pensaba hacerlo después.

Si antes fuimos rápido, ahora íbamos como si estuviéramos en una maratón. Sin hablar. Pero el resultado fue el mismo: por mucho que llamamos, nadie abrió.

El semblante de mi padre lo decía todo. Finalmente, se dio por vencido y decidió llamarla por teléfono. Puso el manos libres para que así todos pudiéramos escuchar la conversación.

—Estamos todos en tu casa y no hay nadie. No atiendes al teléfono cuando Andy te ha escrito, y ni siquiera la señora Antonia sabe dónde estás —dijo él. Entonces, ella resopló. Entendió que su vecina solo había querido protegerla, no había revelado su paradero. Me sentí culpable. Andy también. Con solo mirarnos, supimos lo que el otro sentía.

—No voy a estar ahí en todo el verano. Ya he terminado mi trabajo y me voy de voluntaria con una ONG hasta finales de agosto. Permítame que el destino del voluntariado me lo guarde para mí. Necesito reiniciar mi vida y mi corazón, y esta es la única manera que he encontrado para poder hacerlo

—explicó. Mi padre guardó silencio, pero supimos que no sería por mucho tiempo, que él no se iba a dar por vencido tan rápido.

—Estás en todo tu derecho. Pero si ocurre algo, nadie sabrá dónde buscarte, y eso me da miedo, no te lo voy a negar. Si quieres, puedes confiar en mi hermano, que lo tengo aquí a mi lado. Él te guardará el secreto. —Mintió mi padre, con tal de saber dónde se encontraba, porque no sabíamos si nos estaba diciendo la verdad, y eso nos estaba matando.

—No se preocupe, don Manuel. Antonia sí sabe adónde me voy, solo que ha querido guardarme el secreto. Ahora, si me disculpa, me están esperando para comer. Quédese tranquilo, que estoy estupendamente. Solo intento sanarme, por dentro y por fuera —le dijo a mi padre, despidiéndose de él, justo en el momento en que escuchamos cómo alguien, un chico, le preguntaba si ya estaba lista.

—Pues ya veis lo que habéis conseguido. Como dice el refrán: «Entre todos la mataron y ella sola se murió». No tengo más que decir. Está bien, eso es lo importante. Ahora vamos a dejarla en paz, como ella misma ha dicho: necesita sanarse. Y además, se lo merece, porque no conozco a una persona con el corazón más noble que ella.

»Pero, al parecer, no todo el mundo sabe apreciar lo que eso significa. —Fue la respuesta de mi padre, dejándonos a los dos, a Andy y a mí, sin saber qué contestar y con un nudo en la garganta que nos impedía tragar siquiera la saliva.

Mi padre se fue, no sin antes pasar por la tienda de Antonia, dejándole su teléfono por si tenía noticias de Alicia, y dándole las gracias por haber sabido preservar su deseo de que nadie supiera dónde estaba, así como por el cariño que le había demostrado.

—No se preocupe por nada, don Manuel. No creo que me llame, pero sí me dijo que su viaje lo iría plasmando en sus redes sociales —que no tengo ni idea de qué es eso—, pero le preguntaré a alguno de los niños del barrio para que me lo pongan en mi Tablet, y así saber cómo está mi niña. Le iré avisando con lo que sepa. Gracias a usted también por quererla como ni su hijo ni sus amigos han sabido hacerlo.

Y otro zasca para nosotros. Que sí, que tenían razón, pero con una vez que lo dijeran era suficiente.

Capítulo 21



Alicia

Manel, que conocía Madrid porque había estado en varias ocasiones, fue un guía estupendo. A pesar del calor —que no era poco— nos lo pasamos genial. Me llevó a comer el típico bocata de calamares, al que él añadió salsa alioli, pero yo me negué. Como mucho, le eché limón, que era uno de mis vicios; se lo ponía a casi todas las comidas que llevaban tempura o rebozado. Luego fuimos a tomar un helado a la Gran Vía, desde donde partimos para ver la plaza de Callao, la fuente de Cibeles y la de Neptuno. De camino al hostal, me propuso algo:

—He pensado que podríamos llevarles a los niños algunos juguetes educativos, tipo puzles, libros de colorear, lápices, rotuladores y esas cosas. Pienso que les haría muchísima ilusión —me dijo Manel.

No es que yo nadara en dinero últimamente, pero acababa de cobrar la paga extra de verano —esa que pensaba destinar a disfrutar el mes de agosto— y como ya no iba a gastarla en eso, me pareció una gran idea destinar una parte en artículos para los niños.

—Me parece una idea fantástica. Incluso, si hablamos con algunas tiendas del barrio, quizás podrían donar algo. No sé, juguetes con la caja descolorida del escaparate, o cosas que no puedan vender —le respondí, y él me sonrió con entusiasmo. Se notaba que le gustaba su trabajo, que los niños eran su pasión. Por eso, ni siquiera esperamos al día siguiente: nos pusimos a recorrer todas las tiendecitas de la zona.

¿El resultado? Pues que tuvimos que pedir un taxi para volver al hostal, porque no podíamos con tantísimas cosas que nos habían donado: muñecas, puzles, balones, cocinitas de juguete, sets de profesiones —entre ellos, un maletín de médico— y, además, todo lo que habíamos comprado nosotros. Como ellos se habían encargado de la parte lúdica, nosotros adquirimos cuentos, libros de colorear, lápices de colores y de grafito, rotuladores, cuadernos… Un sinfín de cosas que sabíamos que les harían ilusión y a las que les sacarían partido.

—Estoy muerta, que lo sepas. Menos mal que ya solo nos queda mañana, porque pasado ya tenemos que estar en el aeropuerto… si no, tendríamos que fletar un avión solo para llevar las cosas —le dije, y él me acarició la cara con una sonrisa.

—Tenemos que bajar a cenar, que lo sepas. Yo no perdono una comida, y ya son casi las nueve. Nos damos una ducha y nos vamos al restaurante de comida rápida que hay enfrente —me propuso. Pero tuve una idea mejor:

—Casi mejor que nos duchamos, yo me pongo el pijama mientras organizo todo esto, y tú bajas a comprar la cena. Nos la comemos aquí o en tu habitación mientras vemos uno de esos programas de entretenimiento que echan en verano en la tele, ¿te parece?

—Me parece, me parece. Una idea espléndida, si no fuera porque me toca a mí bajar a por la comida, pero haré un esfuerzo —dijo, y nos echamos a reír a carcajadas.

Me metí en la ducha y me puse uno de esos pijamas veraniegos de pantalón corto y camiseta de tirantes. En condiciones normales, me lo habría puesto sin sujetador, pero aún no tenía la suficiente confianza con mi compañero de aventuras como para andar con las «lolas» sueltas, así que hice el esfuerzo de ponerme uno.

No había pensado en el teléfono en todo el día, pero ahora, al cogerlo, me entró curiosidad por el audio que me había enviado mi amigo. Aunque tuviera claro que no iba a contestarle, tampoco me iba a quedar con la duda. Así que subí el volumen y le di al *play*.

«Alicia, sé que me comporté como un idiota y necesito pedirte perdón. Ahora entiendo que no lo hiciste con la intención que yo me lo tomé, sino

todo lo contrario. Lo único que querías era protegerme a mí y a mi relación de pareja. Ábreme la puerta, te lo suplico, y déjame decirte esto cara a cara. Me siento muy mal y estoy deseando darte un abrazo. No olvides que, por muy imbécil que sea, te sigo queriendo».

Pues vaya manera de quererme. El día anterior me había dejado vestida de limpio; incluso llegó a llamarme interesada. Por mucho que dijera que quería darme un abrazo y disculparse, por mucho que las lágrimas me corrieran por las mejillas como dos ríos, no iba a contestarle. Ni iba a pensar en nadie más que en mí. Estuve a punto de bloquearlo, y si no lo hice fue porque justo en ese momento Manel llamó a la puerta con la comida y luego se me olvidó. Tenía ese poder: el de hacerme olvidar todo con su carácter, con su forma de ser, de hacerme reír… y eso me iba a ayudar a sanar del todo.

—Chica, ¿y ese llanto? No me digas que es por cualquiera de los que has dejado atrás, porque entonces me voy a ver obligado a enviarle un mensajito amenazante que ni Al Capone —me dijo, dejando la bolsa sobre la pequeña mesa junto a la ventana.

—Joder, me has dado miedo hasta a mí —le respondí, quitándole hierro al asunto. Él se dio cuenta de que no quería seguir hablando del tema y cambió de conversación, cosa que agradecí más de lo que podía imaginar.

—Pon algo en la maravillosa pantalla plana de sesenta pulgadas que tenemos en la habitación —dijo, y no pude evitar estallar en carcajadas. La televisión que teníamos era una de veintiuna pulgadas, como mucho, de esas antiguas que tenían hasta bombo por detrás, y que funcionaba con un aparato de TDT que tenía más años que yo.

— Toma el mando, pon lo que quieras mientras yo organizo la mesa y quito todo esto de aquí —le dije, señalando las cosas, que habíamos metido en dos cajas grandes para cerrarlas al día siguiente antes de ir al aeropuerto.

— Uf, menos mal… Por un momento, al ver la tele, pensé que nos iba a pasar como en Los Picapiedra, que iba a salir un pájaro para cambiar los canales. —Una carcajada brotó desde lo más profundo de mi interior, doblándome de la risa, porque, por un momento, me imaginé la escena, y no me pudo hacer más gracia.

Nos sentamos a comer. Ese hombre pensó que había que alimentar a todo el hostal. ¡Qué cantidad de comida había traído! Pero dio buena cuenta de ella. Salvo una hamburguesa de pollo y unas patatas, se lo comió todo. No entendía cómo podía estar tan delgado comiendo así. Bueno, no delgado: fibroso. Cuando se quitó la camiseta, porque hacía un calor de muerte y solo teníamos un ventilador de techo, pude ver que tenía un torso esculpido. La vista se te iba a esa tableta de chocolate, quisieras tú o no.

—Tendríamos que haber mirado si había aire acondicionado antes de reservar nada —me dijo, y lo miré con una cara que lo decía todo.

— Chaval, por lo que nos han cobrado, que tuviera una cama y estuviera limpio, ya era todo un logro. No se le puede pedir peras al olmo —le respondí. El alojamiento había sido extremadamente barato, pero estaba limpio y cuidado. Otra cosa era la decoración, que era más antigua que el hilo negro.

—Pues también tienes razón —me contestó, y ambos volvimos a reír de nuevo. No podía imaginarse lo bien que me estaba sentando su compañía.

Al final elegimos una película de acción que estaba comenzando, y mientras hablábamos de lo que haríamos al día siguiente, de lo que visitaríamos y, casi sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos: con mi cabeza apoyada en su hombro y su mano descansando encima de mi pierna.

Si no tuviera el corazón tan dañado, estaba segura de que acabaría enamorada de ese hombre. Noble, cariñoso, atento… No entendía cómo su novia y su mejor amigo habían podido traicionarlo así. Pero como se suele decir, Dios le da pañuelos a quien no tiene nariz. Y ahí teníamos un claro ejemplo.

Nos despertamos cuando la luz del sol empezó a entrar por la ventana. Miré el reloj: pasadas las doce. Me daba igual. Por fin había podido descansar en condiciones, después de mucho tiempo sin hacerlo.

—Buenos días, Bella Durmiente —me dijo, mientras que se desperezaba y me dejaba un beso en la mejilla.

—Buenos días, corazón —le contesté, sonriendo y correspondiendo a ese beso.

—Qué pena de mí… Me invita una mujer de bandera a su habitación y no se me ocurre otra cosa que quedarme dormido. Si es que ya me lo decía

mi abuela: hay quien nace con estrella y quien nace estrellado. Y yo soy de estos últimos —dijo, haciéndome reír de nuevo.

—Pues ya somos dos, hijo. Y como la cosa va de refranes y dichos populares, hay uno que dice: «Dios los cría y ellos se juntan», y eso es lo que nos ha pasado a nosotros —le respondí entre risas.

—Bueno, en vista del éxito obtenido, me voy a mi habitación a ducharme y… —Miró el reloj—. Te iba a decir «bajamos a desayunar», pero viendo la hora, mejor bajamos a comer.

—Estoy muy cansada, ¿por qué no hacemos lo mismo que anoche? Nos subimos la comida y nos la tomamos aquí.

—Tú lo que quieres es seducirme… Pero como soy débil, caeré de nuevo en tus brazos. Así que ahora subo la comida. Ve duchándote y cámbiate ese pijama, que debe de oler como el mío: a autobús del dos en hora punta —dijo, haciéndome reír una vez más.

Eso hice: me duché, me puse un vestidito de los que suelo usar en casa, de esos fresquitos, y me recogí el pelo en un moño alto. No soportaba tener el pelo suelto y en la cara mientras estaba en casa; era algo superior a mí.

Al final, todos los planes que teníamos para el día quedaron cancelados. No me sentía con fuerzas para salir a la calle, y menos aún con el calor que hacía, todavía más insoportable que el del día anterior. Así que decidimos quedarnos ahí, bajo el ventilador, todo el día, aprovechando para organizar y guardar bien todas las cosas para el viaje.

Hablamos con el chico encargado de la organización del viaje, aunque él no viajaría con nosotros. Allí nos esperaría una compañera, la responsable de nuestro traslado hasta el pueblecito al que nos dirigíamos. Nos aseguró que no había ningún problema en llevar lo que habíamos recogido; al contrario, nos lo agradecía de corazón. Nos contó que en este viaje ellos se habían centrado en llevar artículos de higiene, ropa —especialmente para los niños—, y algunas chucherías, pero no habían tenido tiempo de organizar juguetes ni materiales escolares.

Tenía miedo. Y mucho. Porque era la primera vez que me enfrentaba a una aventura así. Pero, al mismo tiempo, me hacía una ilusión enorme. Era una sensación difícil de describir. Solo esperaba que este viaje lograra reconfortarme el alma. Nada más.

Capítulo 22



Pablo

—No puedes seguir así, Pablo, que pareces un alma en pena. ¿Lo hiciste mal? Pues sí, chico, pero tampoco has matado a nadie —me dijo mi madre mientras subía la persiana de mi cuarto, dejando que la luz inundara todo.

Desde que había cogido las vacaciones, mi rutina era la misma cada día: me levantaba tardísimo, recogía un poco el cuarto, me duchaba, comía algo, volvía a tumbarme en la cama o en el sofá, y, cuando ya no quedaba casi nadie en la playa, bajaba, me daba un baño, veía el atardecer desde el agua, me desahogaba un poco y regresaba a casa. Al día siguiente, lo mismo.

—Ayer me llamó mi compañero del instituto. Está en Chiclana, en un chalé que ha alquilado en Chiclana con unos amigos por una semana. Me ha dicho que me vaya con él unos días… y creo que lo voy a hacer: necesito desconectar —le dije a mi madre, que me miró con una mezcla de alivio y esperanza.

—Pues ya estás tardando. Prepara una mochila y lárgate ya, coño. Te estás enterrando en vida, y ni eres viudo, ni has cometido ningún delito como para esconderte así. ¿Ella qué ha hecho? Intentar sanarse, ¿no? Pues haz tú lo mismo. Si cuando os volváis a ver, estáis destinados a seguir juntos, perfecto; y si no, al menos intentad mantener una relación cordial. Ambos sois muy jóvenes y tenéis toda la vida por delante.

Las palabras de mi madre me calaron hondo. Tenía razón: llevaba casi dos semanas encerrado, rechazando las salidas con mis amigos, aunque me prometieran que no hablarían de Alicia. La única excepción fue Andy: una

cerveza en el chiringuito de la playa y una charla sincera para compartir penas. Nada más.

Llamé a Mauro, mi amigo, y él me pasó la ubicación. Se oían risas al fondo. Sabía que unos días con él me vendrían bien para desconectar, así que no me lo pensé más. Preparé una mochila y me largué. Mi amigo me dijo que no hacía falta llevar nada más que la ropa, que ellos ya habían comprado de todo; pero me sabía mal presentarme con las manos vacías, así que paré en un cocedero de marisco y compré una mariscada grande (sin saber cuántos seríamos), y luego en una pastelería famosa de la ciudad, donde probé los mejores pasteles de mi vida, me llevé dos docenas.

—¡Hombre! ¡Si está aquí el desaparecido! —exclamó Mauro cuando llegó a abrirme la cancela del chalé.

Dentro, la piscina era una auténtica fiesta. Las chicas estaban a hombros de los chicos, intentando tirarse unos a otros al agua. Algunos descansaban en hamacas, mientras otros jugaban a adivinar quién podría ganar el siguiente empujón. Eso me sacó una sonrisa.

—Amigo, pareces recién salido de una película de zombis. ¿Qué te ha pasado?

—Ven aquí y dame un abrazo; ahora te cuento —le dije. Muchas veces, cuando nos quedábamos en Sevilla (bueno, más bien cuando me quedaba yo, porque él solo volvía a casa en vacaciones), era mi compañero de juergas y *ligoteo*. Ambos sabíamos divertirnos, y no se nos daba nada mal —. El amor, amigo mío, que es muy jodido. Sobre todo cuando eres tú el que le has hecho daño a la otra persona.

—¿Qué me estás contando? ¿Pablo Ortiz, enamorado?

—Sí, y hasta las trancas. Pero no me va a servir de nada. Así que estoy intentando olvidarla por todos los medios —respondí a sus preguntas, que eran más retóricas que otra cosa, pero, aun así, les di respuesta.

—Eso lo arreglamos en estos días, te lo aseguro. Solo tienes que desconectar, olvidarte de todo por un momento y disfrutar. Lo demás vendrá solo, no te preocupes. Ven, que te voy a presentar a mis amigos.

Nos acercamos al grupo.

—Chicos, él es Pablo, mi compañero del instituto en Sevilla, del que tanto os he hablado —anunció Mauro, señalándome—. Y estos son: Sofía y Martina, las que están en las hamacas; Álvaro, el del bañador verde; Merche, la que está subida en sus hombros; y la otra pareja es Nono y Marian; llevan dos años casados y parece que siguen en lunas de miel. Ah, y el de la barbacoa es Kevin, mi primo.

—Encantado de conoceros a todos, y gracias por acogerme como uno más —dije.

Entonces noté la mirada que me lanzaba Sofía.

Durante todo ese tiempo no había querido tener ningún tipo de acercamiento con otra mujer, porque sentía que sería como traicionar a Alicia. Ese era mi pensamiento… hasta que me llegó un mensaje de Andy. Él seguía a Alicia en redes sociales y, aunque hacía tiempo que ella no subía fotos, sabíamos que estaba bien. Antonia le contaba a mi padre que hablaba con ella por Instagram una vez a la semana, cuando subía a la parte alta del poblado (el único sitio con cobertura móvil), y que por eso no publicaba fotos muy a menudo.

El mensaje traía una captura de pantalla. En ella, Alicia aparecía con un tipo que la sujetaba por los hombros y le daba un beso en la mejilla. Era un selfi. Podrían haber sido solo amigos… si no fuera por el pie de foto:

«Personas que llegan a tu vida para ayudar a sanarte. Gracias por no dejarme caer en el abismo, por hacerme ver que lo mío tenía arreglo, por mucho que los demás se empeñaran en romperme. Eres lo mejor que me ha pasado en los últimos tiempos de mi vida, que, curiosamente, han sido los más complicados».

Si digo que no me rompió por dentro, mentiría. Ella estaba rehaciendo su vida, mientras yo me moría de pena. Justo entonces sonó el teléfono: era Andy.

—¿Qué te parece? Nosotros aquí muriéndonos de asco por la pena que debía tener, y ella liándose con un tío a las primeras de cambio. Por mi parte, se acabó, y espero que por la tuya también —me dijo mi amigo cuando escuchó que yo estaba al otro lado de la línea telefónica.

—Por mi parte también, te lo aseguro. Sabes cómo he estado estas dos semanas que han pasado desde que ella se fue. Pero si ella ya ha pasado página, yo no es que vaya a pasar de capítulo: voy a cambiar hasta de libro —le contesté, dolido y enfadado. Estuvimos un rato más charlando de lo mismo, hasta que lo llamó Alejandro, y yo me centré en Mauro y sus amigos.

Kevin empezó a sacar bandejas de pinchitos y se fue a poner filetes a la plancha, así que lo acompañé para echarle una mano. Me contó que era Guardia Civil. Había estado una temporada dando tumbos por varios destinos, pero, por fin, le habían concedido destino aquí, en Chiclana, y le encantaba el sitio. En lugar de buscar un piso, había decidido quedarse con ese chalé de unos amigos de sus padres, que lo tenían para disfrutar durante el verano. Pero cuando la mujer enfermó, ellos ya no podían desplazarse y tenían la intención de venderlo. Como su destino era definitivo, ni lo dudó: metió sus ahorros, pidió una hipoteca por lo que faltaba y se quedó con una cuota irrisoria para esa pedazo de casa.

Tenía piscina, un pequeño campo de fútbol, barbacoa y bastante parcela de jardín. La vivienda también era grande, contaba con cinco habitaciones, dos baños —uno de ellos integrado en la habitación principal—, un salón con chimenea eléctrica y una cocina inmensa que tenía los electrodomésticos totalmente nuevos. Se ve que a los pocos meses de reformar la casa por completo, fue cuando la mujer cayó enferma, y no les había dado tiempo de estrenarla.

—Pablo, ¿te han notificado ya dónde tienes la nueva plaza? —me preguntó Mauro con curiosidad, y asentí con la cabeza, para pasar a explicarle todo a continuación.

—Sí, tío, pero he tenido que renunciar a ella. Me tocó en un pueblo de la sierra norte de Córdoba, y si aceptaba, me iba a costar dinero ir a trabajar. Sabes que yo no tenía las cuarenta horas, sino dieciséis, con lo cual mi sueldo no llegaba ni a la mitad del tuyo, y con eso no tenía para pagar todo.

—¿Entonces qué vas a hacer este año? ¿Te lo vas a tomar sabático?

—¡Ojalá! —le contesté, riendo—. Mi padre se jubila, así que me quedo yo al frente de la gestoría. Es un negocio que marcha muy bien y, al fin y al cabo, es mío. No es lo que más me gusta del mundo, porque sabes que dar

clases era algo que me fascinaba, pero tampoco está mal. ¿A ti te han dicho algo ya de la tuya?

—Pues sí, pero yo he tenido más suerte que tú. Me ha tocado en Cádiz, en un instituto que hay cerca de una estación de trenes. Luego te digo el nombre, porque ahora mismo no me acuerdo… es algo de un santo. Lo que tengo más crudo es el tema de la vivienda.

»Me puedo quedar aquí con mi primo y pagarle el alquiler de la habitación, pero tener que coger el coche todos los días y pegarme casi cuarenta y cinco minutos para llegar… como que no me gusta mucho. Y lo que he estado mirando en las inmobiliarias me parece una pasada, los alquileres allí están por las nubes —me contaba.

Y yo vi el cielo abierto, porque no me apetecía nada vivir allí solo. Las obras de mi casa ya habían comenzado y, lo que en principio me dijeron que tardarían seis meses, al final se había reducido a dos y medio, porque la fontanería y la electricidad ya estaban nuevas. Y es que a mi tío Anselmo se le olvidó comentarme que, debido a un problema con una tubería, al final lo cambió todo.

—Hoy es tu día de suerte, chaval. Resulta que el instituto que dices —que sé cuál es— está a menos de dos minutos de mi casa nueva. Esa que tengo ahora mismo empantanada con una reforma, pero que a finales de septiembre estará lista.

»Tiene dos habitaciones, porque una de ellas la metí en la cocina, y en la otra, la mitad es un vestidor y la otra mitad se la sumé al baño. Es tuya por el módico precio de una compra mensual, porque ni yo pago nada de hipoteca ni de la reforma, que me la han regalado entre mis padres y mi tío —le dije, y le salió una sonrisa en la cara que era para verla.

—Si es que te tengo que querer por huevos, joder. Me has salvado la vida. Eso sí: los gastos de los suministros los pagamos a medias, y el Internet lo pago yo. Te pongas como te pongas —me decía, alzando el dedo índice, como si me estuviera advirtiendo.

—Te tengo que comunicar también que tenemos servicio de vigilancia en el barrio: la señora Antonia. Esa mujer no duerme, y es capaz de decirte a qué hora caga tu vecino de al lado, solo por haberlo oído tirar de la cisterna —le contaba, mientras todos estallaban en carcajadas.

Este grupo me gustaba, y me daba la impresión de que encajaríamos perfectamente. En cuanto termináramos de comer, me iba a acercar a Sofía. Desde que había llegado no me quitaba el ojo de encima. A pesar de llevar las gafas de sol puestas, lo sabía. Y no lo iba a dejar pasar.

Capítulo 23



Alicia

El viaje hasta el poblado fue espectacular. Una camioneta vino a buscarnos; en ella íbamos todos los voluntarios que nos quedaríamos allí, porque tanto la chica que había venido a recogernos como el conductor de la camioneta se marchaban en cuanto nos dejaran allí y nos explicaran cómo funcionaba todo.

Llevábamos casi dos semanas allí. Los niños eran encantadores, el entorno del poblado era idílico, y la compañía de Manel, inmejorable. Entre nosotros no había pasado nada, y tenía claro que tampoco iba a pasar. Me refiero en el plano sexual, porque en otros planos sí que hacíamos una pareja única.

Ese día llevamos a los más mayorcitos de excursión al lago, que estaba en la parte alta del poblado. Ninguno sabía casi leer ni escribir cuando llegamos, pero en el agua eran como Michael Phelps: nadaban que daba gusto. Estaban acostumbrados a la naturaleza, sabían qué hierbas podían tocar y cuáles no, y en la parte donde podía haber animales venenosos, no nos hacía falta guía con ellos.

—Vamos a hacernos un selfi aquí, que se vea el lago de fondo —me dijo Manel ese día. Me cogió por los hombros, situándose a mi espalda, y me dio un beso en la mejilla justo cuando disparaba la foto. Quedó realmente preciosa.

—Lo siento por ti, pero esta va directamente a mi Instagram. Mi Antonia tiene que estar que se sube por las paredes. Ahora, en cuanto suba la foto, la

voy a llamar, a ver qué me cuenta del barrio —le dije a Manel, que me miraba sonriendo.

—Ay, Alicia, si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, te aseguro que hubiéramos terminado como una pareja estable. Pero el destino es muy cabrón y ha querido que esto suceda cuando aún tenemos resquicios del amor anterior —me dijo tras leer lo que había escrito como pie de foto.

«Personas que llegan a tu vida para ayudar a sanarte. Gracias por no dejarme caer en el abismo, por hacerme ver que lo mío tenía arreglo, por mucho que los demás se empeñaran en romperme. Eres lo mejor que me ha pasado en los últimos tiempos de mi vida, que, curiosamente, han sido los más complicados».

Eso fue lo que puse, y no porque sintiera por él un amor romántico ni nada por el estilo, sino porque era verdad que, cuando estaba a mi lado, las penas eran menos penas, y lo que me rondaba continuamente por la cabeza tendía a desaparecer, aunque fuera por un rato.

—A lo mejor no es tan cabrón, y simplemente teníamos que conocernos en este preciso instante para que ambos aprendiéramos a estar solos, a querernos a nosotros mismos por encima de todo, y a curarnos con un amor sano como es el de la amistad bien entendida —le respondí, y me miró con nostalgia.

Si lo mío había sido fuerte, lo de él lo era aún más. Muchas veces lo pillaba mirando la galería de fotos, buscando en las que estaban los dos juntos; y al mirarlas, más de una vez se le escapó una lagrimilla, esa que intentaba disimular diciendo que era por la alergia, pero a mí no me la daba, aunque le hiciera creer que sí.

Nos quitamos la ropa y nos lanzamos al agua con los niños, entrando por la parte que ellos nos indicaban. Estuvimos allí casi dos horas, hasta que llegó el momento de volver. Encarni, una señora de unos sesenta años que se había trasladado allí de manera definitiva y que era la cocinera del poblado, nos estaría esperando ya con la comida en la mesa.

Me hubiera gustado traerme a una de las pequeñas. Esa niña me tenía completamente enamorada. Sus padres habían sido voluntarios también, pero fallecieron en un accidente de tráfico cuando ella apenas contaba con

un año. En España no tenía familia, y se había tenido que quedar aquí porque sus papeles se quemaron en el accidente, así que, a todos los efectos, la niña no existía en aquel país. Por eso no podía viajar al extranjero, y como tampoco tenía ningún pariente que la pudiera reclamar, de momento Encarni se encargaba de ella.

—*Lisia, men* —me dijo cuando terminamos de comer, con su media lengua, porque solo tenía dos añitos.

—¿Qué te pasa, mi amor? —le contesté de la manera más dulce que pude. Y es que, con ella, me salía una vena de madre que no sabía que tenía.

—¿*Pintá migo tú*?

—¿Quieres que pinte contigo? —Muchas veces me costaba entenderla, sobre todo al principio, pero ya le iba cogiendo el truco. Ella asintió con la cabeza y sacó un libro de princesas y los colores, llevándolos hasta una pequeña mesita que tenía. Allí nos sentamos las dos a colorear.

—Mira, Lisia y Tima —dijo señalando un dibujo en el que una de las princesas llevaba a una niña de la mano. Decía que éramos ella, que se llamaba Fátima, y yo.

—Pero si es que no se puede ser más bonita que tú —le dije dándole un beso, y ella me lanzó una sonrisa.

—*No e vaya, Lisia. Tima quere mucho ti* —dijo, y se tapó la cara por la vergüenza que le entró.

—Yo también te quiero mucho, pero me tendré que ir en unos días —le dije, y se me saltaron las lágrimas cuando la niña se puso a llorar. Entonces, una idea se me vino a la cabeza: contactaría con la embajada española para su adopción. Me negaba a marcharme de allí sin ella, y esperaba que me echaran una mano los de la organización.

Esa misma tarde subí a la parte alta del poblado. Manel me acompañaba. Primero llamé a nuestro contacto en la organización, que me facilitó el número de la chica que podía ayudarme, indicándome que ellos darían informes favorables del vínculo que la niña había creado conmigo.

—Cada día me sorprendes más, Alicia. A ninguno de los voluntarios que han pasado por aquí desde que pasó lo de Fátima se le había ocurrido adoptar a la niña. Tienes un corazón que no te cabe en el pecho, que lo sepas —me dijo Manel, dándome un beso en la cabeza.

—Ya has visto la conexión que tenemos. No puedo dejarla aquí. Ella no pertenece a este lugar, y parece como si lo supiera. ¿Qué pasará el día en que Encarni ya no tenga fuerzas? Tengo una vivienda, un trabajo estable, y puedo darle la vida que esta niña se merece, y por supuesto, todo el cariño que sus padres, por desgracia, ya no podrán darle —le dije lo que me salió del corazón. No perdí el tiempo en nada más, así que llamé al número que me habían dado.

Me atendió una chica muy amable. Me dijo que contactaría con la embajada para que nos aceleraran la documentación. No se trataba de una adopción internacional como tal, porque esta niña era española, solo que había quedado atrapada allí. Así que todo tenía que tramitarse desde esa administración. Quedó en llamarme en un par de días con la respuesta de la embajada, porque era más fácil y rápido que lo gestionaran ellos directamente, a que lo hiciera yo como particular, lo cual podía tardar meses… y yo lo quería para ayer, como se suele decir.

Acordamos la hora en la que me haría esa llamada, porque, como bien sabía ella, en el poblado no había cobertura, y tendría que marcharme hasta la zona donde sí llegaba señal, que estaba a unos quince minutos de donde nos encontrábamos normalmente.

Después de arreglar todo eso, me tocaba llamar a la señora Antonia, que al final, entre los baños y la comida, no había tenido tiempo de hablar con ella por la mañana.

—Ay, mi niña, he visto la foto, ¿sabes? ¿Es un nuevo novio que te has echado? —me dijo nada más contestar.

—Anda, anda, para novios estoy yo. Se llama Manel, es médico, pediatra, concretamente, y es un buen amigo. Me está ayudando mucho en estos días. ¿Cómo sigue la cosa por ahí?

—Pues por aquí, como siempre. El innombrable —ella lo había bautizado así, y a mí me hacía gracia, porque parecía que hablaba del malo de *Harry Potter*— ya ha empezado la obra de su casa. Dice que en un par de meses la tiene lista. La Manuela se cayó ayer en su casa. Llamaron a la puerta y estaba en la ducha.

»Como estaba esperando un paquete, quiso salir con el albornoz, pero no se puso las zapatillas, así que hizo patinaje artístico. Y digo *artístico*

porque se le ha puesto la cara como el *Ecce Homo* ese que restauró la mujer hace unos años. Menos mal que el pobre repartidor pudo cogerla, porque si no, baja rodando y termina sentada conmigo en la lechería.

De verdad, cuando digo que es única, es porque lo es. No me podía reír más con ella.

—Vaya por Dios. Pues dale un abrazo de mi parte y dile que se mejore.

—Oye, niña, tu amigo, el Andy, va como un muerto viviente. Y eso que el maromo que tiene al lado le tiene que dar bastantes alegrías, pero nada… ese y el otro, el innombrable, van como dos almas en pena vagando por la calle. ¡Qué lástima de juventud! Con la de cosas que yo haría si tuviera ahora esa edad.

De verdad que esos comentarios me hacían más daño que si me dijeran que estaban de fiesta todo el día, así que decidí despedirme de ella cuanto antes.

—Bueno, Antonia, que me tengo que marchar ya, que me esperan los niños. Procuraré llamar la semana que viene, ¿vale? Un besito —le dije y colgué, ni siquiera esperé a que me contestara, porque sus despedidas podían durar más que los anuncios de la cadena tres, esos que te daban tiempo a beber agua, hacer pis y, si corrías un poquito, a alicatar el baño. Pues ella, igual.

—Me tienes que presentar a esa Antonia en cuanto lleguemos a Cádiz. Tiene que ser un personaje de cuidado —me dijo Manel, que no podía parar de reír al escucharla relatar la caída de Manuela, su amiga del alma y compañera de batallas.

—No lo sabes tú bien. Pero te digo algo: es una cotilla de cuidado, sí, pero también la persona con el corazón más noble que conozco. Ella es la única de mi entorno que sabe dónde me encuentro y, cuando fueron mi ex y mis amigos a buscarme, no abrió la boca. Me guardó el secreto como si fuera uno de Estado —le conté, mientras él asentía con la cabeza.

—Personas como ella son las que merecen la pena.

—Además, va todos los días a mi casa y me la ventila para que, según ella, esté fresquita cuando vuelva y no huela a cerrado. Está pendiente de vaciar el buzón y subirme la correspondencia, y todo lo que llega a mi

nombre lo deja encima de la mesa… o eso me ha dicho. —Seguí contándole a mi amigo.

Fuimos dando un paseo hasta el poblado y, en un momento determinado, me cogió de la mano y entrelazó nuestros dedos. Ese simple gesto me hizo sentir muy bien. Era como si él estuviera dispuesto a cuidarme siempre, a hacerme sentir querida… y eso sí que no tenía precio.

Capítulo 24



Pablo

Tal y como había dicho, después de comer me acerqué a Sofía. Se notaba que era una chica muy educada, pero también tímida, y eso llamó mi atención.

—Hola… Sofía era, ¿verdad? —le pregunté, aunque sabía perfectamente que no me equivocaba. Era una forma de romper el hielo.

—Hola, sí, soy Sofía. ¿Qué tal lo estás pasando? —me preguntó, sin atreverse a mirarme del todo a los ojos.

— Muy bien. Sois un grupo muy bien avenido, muy agradable. Me habéis hecho sentir uno más. ¿Tú también eres del pueblo de Mauro? —pregunté, porque no me iba a involucrar con una persona que estuviera a miles de kilómetros. No es que fuera a pedirle ser mi pareja mañana, pero si quería conocerla mejor, que era a lo que estaba dispuesto, las distancias no eran buenas, que la cosa se enfriaba y se terminaba muy mal.

—No, que va, si yo soy de la capital. Lo que pasa es que mi prima, bueno, su marido, si es de allí, y como han venido a pasar unos días con Kevin, pues me ha dicho que me acercara. Es como una hermana para mí, y tenerla tan lejos, como que se me hace raro, cuando antes íbamos juntas a todas partes. Pero el amor es lo que tiene, que muchas veces te hace de cambiar hasta de localidad —me dijo, y en ese momento me di cuenta de que era una persona muy romántica. Me sacó una sonrisa.

—Tanto para lo bueno como para lo malo. Mi ex ha hecho exactamente eso mismo: cambiar de localidad —aunque sea temporalmente— para

poner tierra de por medio entre los dos. —No quería engañarla, no me gustaba que pensara que había sido un flechazo y que me había enamorado, sino que tenía que olvidarme antes de Alicia si quería empezar algo nuevo.

—Sigues enamorado, ¿verdad? Vamos, que no es de mi incumbencia. Si no quieres responderme, no pasa nada. Es que a veces peco de bocachancla —me dijo, poniéndose la mano en la cara para hacer de pantalla entre los dos.

—Es complicado. Sí, es cierto que tengo que olvidarme de ella. Y antes de que te montes una película de lo que no es, te diré que entre nosotros no ha habido terceras personas, ni mucho menos. Solo que tendemos a meter la pata cuando estamos juntos. Si no es ella, soy yo. Pero el caso es que discutimos por todo y tendemos a malinterpretar las situaciones. A veces, el amor no es suficiente en una relación. Y eso es lo que nos ha pasado a nosotros.

—La verdad es que tienes razón. Tiene que ser muy jodido querer a alguien que te corresponde con su amor, pero no ser compatibles en el día a día —me dijo, y no podía haber dicho una certeza mayor.

—Hasta esta misma mañana iba por el mundo como un alma en pena, pero hace un rato un amigo que tenemos en común me envió una foto de ella con un chico. Eso me hizo reaccionar. No es que se viera nada: a simple vista son dos amigos, pero lo que ella escribió junto a la foto me demostró que, si ella ha pasado página, yo tengo que cambiar de libro. Así de sencillo. —No sé por qué motivo me había abierto a ella, pero era como si quisiera que me entendiera, que alguien se pusiera en mi lugar. Y ella lo estaba haciendo.

—Yo no te puedo jurar amor eterno, Pablo, pero sí te puedo decir que un poco de alegría al cuerpo no le viene mal a nadie. Y yo hace muchísimo tiempo que no le doy una al mío. Concretamente, desde que mi chico desapareció en alta mar, mientras trabajaba en una plataforma. Tú eres el tipo de chico que me gusta, no me voy a andar con rodeos.

»Como habrás comprobado, en muchos aspectos soy muy tímida, pero en otros me gusta ir al grano, dejando la timidez a un lado. Si quieres, podemos empezar como amigos, con derechos o sin ellos. Ya eso lo dejo a tu elección. Y ver a dónde nos lleva, sin etiquetas ni ataduras —me dijo, y

os juro por lo que más quiero: que era exactamente lo que yo estaba buscando, lo que necesitaba en esos momentos. Así que no me lo pensé dos veces y la besé.

No os voy a decir que sentí cohetes ni fuegos artificiales —eso solo me pasaba con Alicia—, pero sí que me gustó bastante. Sentí calidez en ese beso, y algo en mi interior se revolvió, como si mi corazón estuviera de acuerdo con lo que estaba haciendo, como si yo mismo me diera el permiso que necesitaba para volver a ser feliz. Por eso no lo paré; no quería.

—Vamos, vamos… Dos horas aquí y te ligas a Sofía. Desde luego, amigo, no pierdes el tiempo —me dijo Mauro entre risas, a lo que ella contestó:

—¡Ya era hora de que saliera del celibato! ¿No crees? Y eso que solo han sido un par de besos, pero esta noche lo vamos a dar todo. Yo de vosotros me ponía tapones en los oídos, sobre todo los que estáis aquí sin pareja, porque os va a terminar saliendo un callo en la palma de la mano —dijo, y se lanzó a la piscina, dejándonos a todos riendo a carcajadas.

—Chico, mucho le has tenido que gustar a mi prima, que lleva ejerciendo de viuda casi dos años, porque su novio desapareció poco después de que nosotros llegáramos de luna de miel. Para ella fue un palo muy grande, porque además se le juntó todo: mi marcha —que somos como hermanas—, lo de su novio… Temíamos que cayera en una depresión, pero nos ha demostrado que es más fuerte de lo que pensábamos —dijo Marian, mirando a su prima con muchísimo amor.

—De momento vamos a ir despacio, conociéndonos como amigos con derecho, pero sin ataduras ni etiquetas. Ya veremos a dónde nos lleva eso, porque yo también tengo una historia muy complicada a mis espaldas —le dije, sin entrar en detalles, pero algo me decía que podía confiar en ellos, que llegarían a ser una parte importante de mi vida.

—¿Te vas a meter en el agua o eres de secano? —me gritó Sofía desde la piscina. Entonces me quité la camiseta y me lancé al agua, buceando hasta donde estaba ella. Al salir a la superficie, la besé de nuevo.

En la piscina, en un rincón, mientras los demás iban a su bola, también dándose un baño, mis manos quisieron explorar más su cuerpo. Sin pedir permiso, la cogí del trasero y la levanté, obligándola a rodear mi cintura con

sus piernas, y la besé de una forma más pasional, tal y como me lo pedía el cuerpo.

Sus manos se dedicaron a explorar y acariciar mi torso, mientras sus piernas me apretaban contra ella, rozándose con mi miembro, que no dejaba de endurecerse y engrosarse. El roce de nuestros sexos me estaba volviendo loco, y a ella no menos que a mí. Me arriesgué y deslicé la mano por el lateral de la braguita del bikini, hasta sentir su sexo completamente depilado, lo que me excitó aún más.

Mis dedos, como si tuvieran voluntad propia, comenzaron a explorarla con delicadeza pero sin pausa. Acaricié su clítoris, pellizcándolo, y en un momento, me adentré en su vagina, mientras mi pulgar seguía estimulando su botón del placer que, al igual que mi miembro, parecía hincharse cada vez más con cada caricia.

—Joder, Pablo, no pares ahora — susurró entre jadeos, justo en el instante en que su cuerpo tembló al alcanzar el orgasmo. Ver el deseo ardiendo en sus ojos fue la chispa final, la gota que colmó el vaso.

—¿Qué quieres, Sofía? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Fóllame. Aquí y ahora. Tomo la píldora desde hace años, y estoy limpia. No hay nada que nos impida hacerlo —dijo, mirándome con una mezcla de deseo y decisión.

Y, como si no importara que hubiera gente a apenas unos metros, lo hice. Saqué mi pene del bañador y la penetré con fuerza, con decisión, sin medias tintas. Necesitaba sentirla por completo, saciarme de ella. Quería que ese polvo me sirviera para arrancar a Alicia de mi cabeza.

Tengo que reconocer que no quería cerrar los ojos. Necesitaba mantenerlos abiertos, fijos en Sofía, porque sabía que, si los cerraba, el rostro que aparecería sería el de ella. Y no podía permitírmelo. Además, Sofía no merecía eso.

Ella mordía mi hombro mientras yo lamía y mordisqueaba su cuello. Ambos estábamos perdidos en la urgencia del momento, entregados al deseo de alcanzar el clímax. Y lo conseguimos. Primero ella. Y tras unas cuantas embestidas más, llegué yo, ahogando nuestros gemidos en un beso profundo, desesperado. No solo por mí, sino también por ella. Los dos

necesitábamos ese instante para dejar atrás a quienes aún habitaban nuestras mentes, aunque fuera por razones distintas.

—Gracias —me dijo, y la miré con gesto interrogante—. Por hacerme sentir viva de nuevo.

—No, las gracias te las tengo que dar yo a ti. Porque, aun sabiendo que mi corazón le pertenece a otra, te has arriesgado a intentar algo conmigo. Eres una mujer fuerte y valiente —le dije, dejando un suave beso en sus labios.

Nos quedamos allí, en ese rincón, abrazados, compartiendo arrumacos y confidencias, entre risas, secretos, alguna que otra lágrima y mucha complicidad. Con cada minuto que pasaba a su lado, tenía más claro que Sofía sería la persona que me ayudaría a sanar.

—¿A qué te dedicas, Sofía? —le pregunté. Me di cuenta de que ni siquiera sabía cuál era su profesión.

—Soy profesora en una guardería, la que está cerca del centro comercial. Me encargo de la clase de los más mayorcitos, los que el próximo año ya pasan al colegio. Y me encanta lo que hago —respondió con una sonrisa que me desarmó.

Yo también sonreí. Sabía que para ser docente no bastaba con tener un título. Hacía falta vocación. Y eso, se notaba en todas las edades.

Los pequeños, porque necesitan a alguien que los trate con cariño, que les ayude a olvidar que sus padres los han dejado al cuidado de otras personas por distintos motivos. Los que van a primaria, porque están empezando a descubrir la vida: las primeras amistades, los juegos… y su necesidad va más allá de aprender matemáticas o lengua. Y los mayores, porque se creen adultos cuando aún no lo son, pasan gran parte del tiempo desafiando a todo el mundo, hasta que aprenden que deben confiar en quienes los guían, que lo que se quiere para ellos es lo mejor.

Y eso, por desgracia, algunas personas que se dedican a la docencia no lo entienden. Ser maestro no es solo ir a exponer una lección o a examinar. Es acudir cada día dispuesto a comprender, a dialogar, a ser parte de sus vidas.

Por eso entendía a Sofía. Porque yo me sentía igual que ella frente a mis alumnos.

—Eh, tortolitos, vamos a ducharnos y a salir a dar una vuelta, ¿os apuntáis? —preguntó Álvaro, que me estaba empezando a caer bien. Aún no habíamos hablado mucho, pero lo haríamos durante esa salida.

—Si no vais a ir muy arreglados, sí, porque yo no me he traído ropa de fiesta —contestó Sofía.

Por suerte, yo sí había metido un pantalón y una camisa por si surgía la ocasión, además de algunas bermudas y polos.

—Anda ya, tonta, coge de mi maleta lo que te dé la gana. Eso sí, vamos espabilando que si no, no nos va a dar tiempo —dijo Marian, su prima.

Y entonces se me ocurrió una idea.

—Los chicos podemos ducharnos ahí —dije, señalando la ducha de la piscina—, y las chicas podéis hacerlo dentro. Así tardaremos la mitad.

—¡Menos mal que hay un hombre que piensa, gracias, Dios mío! —soltó Merche, que tenía mucha chispa. Marian no tardó en seguirle el juego.

—Sí, pero se lo ha tenido que llevar esta —añadió, mirando a Sofía. Todos soltamos una carcajada.

Estos días me iban a venir de maravilla. Solo llevaba uno aquí y ya me sentía otra persona. No quería ni imaginar cómo estaría después de una semana completa.

Cuando me duchara, aprovecharía para llamar a mi madre y contarle todo. Ella siempre me había hablado como una amiga. Por eso era mi mejor confidente, mi apoyo incondicional. Y tenía que decírselo.

Capítulo 25



Alicia

Había llegado el momento que llevaba tanto tiempo esperando: la llamada de la chica que iba a hacer los trámites con la embajada española para la adopción de Fátima. Tenía la esperanza, casi la ilusión, de que me dijeran que sí, que me la podría llevar a España en una semana. Pero también tenía miedo, miedo de que me dijeran que no, de tener que marcharme y dejarla allí, sabiendo que eso nos rompería el corazón a las dos.

La mayoría de las noches, Fátima se pasaba de su cama a la mía. En teoría, teníamos que rotar para dormir en la cabaña de los niños, pero yo me ofrecí voluntaria para hacerlo siempre. Algunas veces, Manel dormía allí conmigo, en otra cama que estaba vacía. Uno de los niños, al cumplir los catorce años, había pasado a otra zona del poblado, donde los indígenas les enseñaban distintos oficios para que pudieran decidir a qué querían dedicarse.

Eso, claro, era solo para los niños. Las niñas no tenían otra opción más que ser amas de casa. A la misma edad, pasaban a vivir con las mujeres, donde aprendían a cocinar, coser y hacer todo lo que una «buena ama de casa» debía saber. Se les asignaba un marido —normalmente elegido por su familia— y se casaban.

En el caso de Fátima sería distinto. Porque no pertenecía a ese poblado, y si se quedaba allí, no podría estudiar ni conocer otro mundo más allá de

esas cabañas. Su futuro sería aprender a cocinar y ayudar a Encarni, sin más expectativas que ver la vida pasar.

Por eso quería llevármela. Darle un futuro. Y no iba a rendirme.

El teléfono sonó y los nervios me invadieron. Lo tenía en la mano, pero era incapaz de acertar con la tecla de descolgar.

—Hola, buenos días, soy Alicia —dije con la voz entrecortada.

—Hola, Alicia, ¿qué tal? Te llamaba para comunicarte que la embajada no ha puesto ningún inconveniente a la adopción. Al tratarse de una niña española que no tiene familiar que la reclame, pasará directamente a tu tutela, como madre adoptiva.

»Necesito que me envíes una copia de tu pasaporte, y en un par de horas, aproximadamente, te enviaré un correo electrónico con la nueva documentación de la niña. Esa documentación te servirá para salir del país con ella. Una vez en España, podrás tramitar su DNI, su pasaporte español y su ingreso en un centro escolar.

Y rompí a llorar. Me la iba a llevar. Poco más de un mes había bastado para que se creara esa conexión entre nosotras, una que nos había convertido en madre e hija.

Sabía que mis padres pondrían el grito en el cielo. Me llamarían inconsciente, me dirían que con toda la vida por delante me había echado una responsabilidad que no me correspondía. Pero me daba igual. Al fin y al cabo, entre ellos y yo solo existía una relación efímera: dos visitas al año y un sobre con dinero por mi cumpleaños y Navidad. A veces, ni siquiera el sobre; solo un ingreso en la cuenta, porque «no tenían tiempo» de venir a verme. Como si uno viviera en África y el otro en Laponia.

—Me la puedo llevar. Legalmente, ya es mi hija —le dije a Manel, que me abrazó y lloró conmigo.

—Esa niña será la más feliz del mundo a tu lado. No tengas ninguna duda de que serás una madre estupenda —me dijo. Y en el fondo de mi alma, yo también lo sabía.

Esperamos ese correo electrónico que no tardó ni una hora en llegar. Y me hizo la mujer más feliz del mundo. De camino al poblado, imaginaba cómo sería la reacción de Fátima al llegar a la ciudad: los coches, la televisión, la playa… Todo me inquietaba e ilusionaba al mismo tiempo. Al

llegar, hablaría con ella. Solo me quedaba el día siguiente para prepararlo todo, porque al otro día nos volvíamos a España. Terminaba esta aventura que me había cambiado la vida por completo. Llegué rota y me marchaba llena de amor.

No pude evitar subir un *post* a Instagram, con una foto del paisaje y un pie de página que me salió del corazón:

«Llegué aquí con el corazón roto, hecha un mar de lágrimas y sin expectativas en la vida. Pero este lugar ha supuesto para mí un antes y un después. Lo que empezó como una aventura ha terminado en la historia de amor más bonita que una mujer podía experimentar. Una que continuará en mi ciudad. Doy gracias al destino por darme la oportunidad de conocer al que es el amor de mi vida, a esa persona que me ha sanado por completo, y de cuya mano no me pienso soltar nunca».

—Me cago en la mar, Alicia, que me has hecho llorar, coño —dijo Manel después de leer lo que había escrito.

—Es lo que siento. Esa niña se ha convertido en mi amor. No hace falta parir a un hijo para sentirlo como propio. Y así es como yo la siento —le respondí, pero lo noté pensativo —. Dime lo que estás pensando…

—Que si lo lee tu ex, se va a pensar que has ligado, que lo has olvidado y que ya no tiene nada que hacer contigo.

Entonces entendí su cara.

—Me da igual. Que saque las conclusiones que quiera. Ahora mismo solo tengo una prioridad, y esa es Fátima. Lo demás me trae sin cuidado. Si es tan imbécil de pensar eso, es que no me conocía en absoluto.

Y para eso estarían mis amigos: para sacarle del error. Porque ellos sí que no se lo creerían. O eso esperaba.

Al llegar al poblado, fui a hablar con Encarni. No le había contado a nadie mi intención de adoptar a Fátima, ni siquiera a ella, por miedo a que se me gafara la cosa. Pero ahora que ya estaba todo resuelto, era el momento. Luego hablaría con la niña, a ver cómo se lo tomaba.

—Encarni, chicos, me gustaría hablar un momento con vosotros —les dije, y todos dejaron lo que estaban haciendo para prestarme atención—.

Como os habréis dado cuenta, entre Fátima y yo se ha creado una conexión especial desde que nos vimos. Por eso he tomado una decisión…

—Esa niña va a sufrir mucho cuando te vayas. Nunca la había visto así con ninguno de los voluntarios que han pasado por aquí. Casi estaba pensando en llevarla mañana a dar una vuelta para evitarle el trago de la despedida —me interrumpió Encarni.

Pero negué con la cabeza.

—Eso no va a pasar, Encarni. Me la llevo conmigo. Estos días he estado en contacto con la embajada, así como con diferentes departamentos del gobierno mexicano, y ya tengo lista su adopción. Desde hace un par de horas, soy legalmente su madre. No podía marcharme y dejarla aquí, me habría roto el alma.

»Todo ha sido muy rápido porque, al no ser una niña mexicana y no tener en España ningún familiar que la reclame, solo han tenido que tramitar su documentación a mi nombre. Cuando lleguemos a mi país, con esa documentación, podré tramitar su DNI y su pasaporte español. Lo que me han expedido es como una especie de libro de familia, y con eso también tendré que pasar por el registro una vez lleguemos.

»Quería contároslo a todos antes de hablar con ella, por si necesito refuerzos. —Terminé de explicarles a mis compañeros, mientras veía cómo a más de uno se le saltaban las lágrimas. Otros lloraban a moco tendido, entre ellos Encarni, que se levantó y me abrazó con fuerza.

—Gracias, Alicia. Gracias por hacer feliz a mi niña, por llevarla al mundo al que pertenece, por ser la madre que ella va a necesitar —me decía, sin poder dejar de abrazarme.

—Ahora me toca enfrentarme a ella, a ver qué me dice —les dije, saliendo de la habitación y dirigiéndome a la consulta médica, donde Manel estaba haciendo un último chequeo a los niños antes de que nos marcháramos al día siguiente. Era para valorar si los que llegaban en unos días debían traer algún medicamento.

—Hombre, pero si está aquí la voluntaria más guapa de toda la expedición —dijo Manel, que tenía a Fátima en brazos. A ella no hacía falta revisarla tan a fondo, porque la llevaría a su consulta en cuanto llegáramos a Cádiz, pero, aun así, lo estaba haciendo.

—¡*Lisia*! —exclamó mi niña al verme entrar, lanzándose a mis brazos.

—Fátima, quiero hablar contigo. Verás… mañana nos vamos a España…

—¡*Lisia no va! ¡Tima contivo!* —dijo en su lengua de trapo, y no pude evitar reírme.

—¿Te quieres venir conmigo a España? ¿Quieres que yo sea tu mamá? —le pregunté con miedo, pero su sonrisa me quitó todos los temores de golpe.

—¿*Lisia mamá de Tima*? ¡Síii! —exclamó, y entonces no pude ni quise evitar comérmela a besos.

—Pues mañana nos vamos a España, en un avión muy grande, por el cielo —le dije, y ella me miraba asombrada. Nunca había visto un avión, solo los conocía por los cuentos que les habíamos llevado.

Esa noche no dormimos ninguna de las dos. Los nervios no nos dejaban.

No me iba a llevar nada suyo, porque la ropa que tenía era heredada de las niñas más mayores. Iban pasando de unas a otras hasta que ya no se podían zurcir más los agujeros.

En el aeropuerto le compraría un conjunto o dos que le sirvieran hasta llegar a Cádiz, y una vez allí, nos iríamos de compras. También tenía que hacerme con un carrito nuevo, porque el que usaba en el poblado ya no le servía; era el mismo que trajeron sus padres cuando llegaron con ella.

Llegó el momento de la despedida. Salvo con Encarni, a la que abrazó con fuerza y le dijo que la quería mucho, con los demás no pareció importarle demasiado separarse. Era lógico. La más pequeña del resto de los niños tenía ya cinco años, y jugaba con otras niñas de entre siete y nueve. Con ella, nadie jugaba.

Se quiso llevar un osito que trajo el primer día. Era un recuerdo de sus padres, y no me importó que lo cogiera. Era el único lazo que tenía con ellos, y le había servido para no olvidarlos, porque ni siquiera una foto conservaba de esas personas.

Hablaría con la ONG para que me dieran los datos, a ver si tenía suerte y, buscando en redes sociales, encontraba alguna imagen donde aparecieran los dos. Quería imprimirla.

Mi niña tenía que conocer sus orígenes, y yo me encargaría de ello.

—Manel, antes de embarcar, como aún es temprano, voy a entrar en esa tienda a comprarle algo de ropa a la niña. A ver si me da tiempo también de encontrar un carrito —le dije al que se había convertido en uno de mis mejores amigos. Él me hizo un gesto con la mano, dándome vía libre.

Le compré un vestidito veraniego y unas sandalias, así como un conjunto de pantalón corto y camiseta de manga corta.

Cuando salimos, ella no paraba de sonreír, mirándose en un espejo del escaparate. Y entonces lo vimos: Manel venía empujando algo, y no pude evitar sonreír.

—El carruaje de la princesa de la casa —dijo, haciendo una reverencia ante un carrito rosa fucsia de una conocida firma, precioso.

La niña se llevó las manos a la boca y se sentó de inmediato, feliz, haciéndonos sonreír a todos. Llegó la hora de la verdad.

Solo le pedía al cielo que la niña no se asustara, que no quisiera volver con Encarni. Ese era mi mayor miedo.

Pero si ocurría, estaba segura de que, con paciencia, lo podríamos superar.

Capítulo 26



Pablo

Habían pasado ya varios días desde que llegamos al chalé, y la cosa con Sofía iba *demasiado* bien. Que no es que no me gustara la situación, ojo, nada más lejos de la realidad. Solo que estaba acostumbrado a mi relación con Alicia, en la que las discusiones y los piques entre nosotros eran constantes, y de buenas a primeras me vi con Sofía, que era todo paz y amor.

Era como pasar de una tormenta a una balsa de aceite, y ni me acostumbré a lo uno ni me estaba acostumbrando a lo otro.

—Amigo, ¿qué te pasa? —me dijo Mauro, que me conocía bastante bien.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea, Mauro. Por un lado, me encanta estar con Sofía. Es una mujer espectacular, nada más hay que verla, y encajamos muy bien en todos los sentidos…

—Sí, sobre todo en la cama, que vaya noches que nos llevas dadas, cabroncete —dijo, y solté una carcajada. Porque era cierto.

Ni una sola noche desde que habíamos llegado habíamos estado sin practicar sexo, y eso también me gustaba de ella: lo pasional que era.

—No me refería a eso, que también, para qué te lo voy a negar —le dije riendo—. Pero el caso es que, en determinados momentos, me siento como si lleváramos veinte años casados, y eso me agobia tela, no sé si me explico.

—Habla con ella. Quizás esté acostumbrada a eso. Lo mismo ejercía de madre en su anterior relación… No te puedo aconsejar otra cosa.

Exactamente así me sentía en algunos momentos: como si fuera mi madre.

Os pongo un ejemplo para que lo entendáis. Esa misma mañana, sin ir más lejos, estaba revisando el correo electrónico de la gestoría, por si había alguna urgencia. Aunque todos nuestros clientes sabían que durante el mes de agosto estábamos de vacaciones, también eran conscientes de que el correo lo revisábamos a diario, por si necesitaban algún documento y no podían esperar a nuestra vuelta.

Bueno, pues me quitó el teléfono de las manos, diciendo que era hora de desayunar, no de tanto *telefonito*. Y eso me sentó como una patada en los huevos, hablando mal y pronto.

Y justo en ese momento, al entrar en Instagram, me saltó un *post* de Alicia. Tenía el perfil abierto, así que lo podía ver cualquiera.

Y fue la gota que colmó el vaso.

«Llegué aquí con el corazón roto, hecha un mar de lágrimas y sin expectativas en la vida. Pero este lugar ha supuesto para mí un antes y un después. Lo que empezó como una aventura ha terminado en la historia de amor más bonita que una mujer podía experimentar. Una que continuará en mi ciudad. Doy gracias al destino por darme la oportunidad de conocer al que es el amor de mi vida, a esa persona que me ha sanado por completo, y de cuya mano no me pienso soltar nunca».

Eso escribió, acompañando una foto del lugar donde había estado como voluntaria. Parecía estar en medio de una selva o algo parecido, por lo que se veía en la imagen.

Leer eso fue como si me atravesaran el pecho con una daga ardiente.

¿Tan poco había significado yo para ella? ¿Poco más de un mes bastó para que me olvidara, cuando yo no podía sacarla de mi cabeza?

Con todo eso, dando vueltas, lo de mi alrededor se difuminó. Me sentía ahogado. Necesitaba gritar, correr, expresar todo el dolor que tenía dentro.

Y por eso reaccioné como lo hice cuando Sofía se acercó con esa actitud que tanto me molestaba.

—¿Otra vez con el teléfono? Al final, te lo voy a tener que requisar hasta que nos vayamos —me dijo, y exploté.

Todo lo que tenía dentro salió de una manera que no fue la más correcta. Pero me lo dijo justo cuando menos debía. Sé que no nos conocíamos lo suficiente como para que ella lo supiera. Ni siquiera Mauro, que era quien más tiempo había compartido conmigo, lo sabía. Estoy seguro de que si Pedro o Alejandro hubieran estado, habrían evitado que se acercara.

Pero no estaban. Y yo no tenía remedio.

—¿Pero quién coño te has creído que eres tú, mi madre? Hago lo que me sale de los cojones, y si no te interesa, ya sabes lo que tienes que hacer: dejarme solo y no acercarte más —le solté, y pagué con ella lo que no tenía que pagar. Pero en ese momento, no lo entendí.

—Eh, tú, a mi prima no le hablas así, porque a mí no me da la gana. A lo mejor el que se tendría que marchar eres tú —dijo Marian, ante la total expectación de todos. Y eso hice.

Me levanté, fui al cuarto en el que me estaba quedando, metí mis cosas de mala manera en la mochila… y lloré.

Lloré como nunca en mi vida. Como cuando eres pequeño y te caes en el colegio, pero no está tu madre para darte uno de esos abrazos que curan.

Y entonces lo entendí todo. Comprendí que no podría estar con ninguna otra mujer hasta no olvidar por completo a Alicia. Y también comprendí que me había pasado con Sofía, que no merecía que le hablara así. Por eso, con la mochila al hombro, salí a disculparme con ella… y con todos los que lo habían presenciado.

—Sofía, siento haberte gritado y haberte hablado así. Me gustaría hablar contigo a solas antes de irme, y explicarte lo que me ha pasado —le dije, mientras ella asentía con la cabeza y se levantaba para acompañarme aparte.

Pero antes, tenía que disculparme con los demás.

—Y a vosotros también os pido disculpas. No ha sido mi intención comportarme así, pero todos somos humanos… y he recibido un mensaje que me ha roto por dentro. Aun así, me gustaría seguir contando con vuestra amistad. Mauro, lo de mi casa sigue en pie, por supuesto, y te esperaré allí con los brazos abiertos. Mientras terminan la reforma, vente a casa de mis padres. Hay una habitación libre, y estoy seguro de que no les importará.

—Tiene que ser muy jodido lo que te ha pasado para que hayas reaccionado así, aparte de que tienes los ojos rojos e hinchados de llorar. No

te preocupes, que se nota que eres una persona noble. Todos tenemos nuestros límites, y tú te has visto sobrepasado por ellos —dijo Nono, mientras se acercaba a darme un abrazo.

—No tienes que marcharte, Pablo. Yo también te pido disculpas por cómo te hablé. Pero Sofía también ha sufrido mucho, y no quería que lo hiciera más —añadió Marian, que también se acercó a darme un beso en la mejilla.

—Necesito irme, de verdad. Tengo que saber qué parte de todo lo que he visto es verdad. Me he sentido muy bien con todos, en especial con Sofía. Lo que he vivido con ella ha sido de corazón, pero nunca la he engañado. Ella sabía la verdad.

»Y ahora he comprendido que no podré estar con nadie más hasta que no olvide a Alicia, la chica con la que tuve una especie de relación y con la que terminé de una forma bastante mala —les dije a todos, antes de irme donde me esperaba Sofía.

No me anduve con rodeos. Le conté lo que había pasado, le enseñé la foto… Lloré en su hombro durante más de media hora, mientras ella también lo hacía en el mío. Había sido un bálsamo para mí, sí, pero no lo suficientemente fuerte como para sacarme a Alicia de la cabeza, y mucho menos del corazón.

Aun así, quería seguir contando con su amistad.

—Te entiendo mejor que nadie, Pablo. Yo misma llevo a Luca en mi cabeza y en mi corazón. Sé que no es lo mismo… Yo no sé si tendré la oportunidad de volver a verlo, porque desapareció de la noche a la mañana, trabajando, hace ya un par de años. Todavía me queda la esperanza de que esté vivo, en algún lugar del mundo. Que su ausencia se deba a una pérdida de memoria… y que la vida me lo vuelva a poner delante para poder decirle todo lo que lo amo.

»Mientras que tú, con solo bajar una escalera, vas a verla. Cruzarte con tu amor, verla en brazos de otro… eso tiene que ser lo más duro del mundo. Espero, de corazón, que todo te salga bien, en un sentido o en otro. Y si no puedes estar con ella, que tengas la valentía y la fuerza para olvidarla.

»Mi amistad la tendrás siempre, y espero que nos podamos tomar algún

que otro café pronto —me dijo Sofía. La abracé fuertemente y le di las gracias por todo lo que había hecho por mí en esos días.

—Por supuesto que sí. Tienes mi número, al igual que yo tengo el tuyo. Si en una semana no tengo noticias tuyas, seré yo quien te llame, para tomar un café, una copa o lo que haga falta —le dije, separándome de ella para entrar en mi coche.

Me despedí de todos y me dispuse a coger el camino hacia mi casa. Necesitaba el arropo de mi madre, el consejo de mi padre y la comprensión de ambos. Quizás penséis que estaba actuando como un inmaduro, como un niño pequeño que no sabe resolver sus propios problemas. Pero es que, en esos momentos, estaba muy perdido en la vida, y la sabiduría de ellos me iba a ayudar mucho, como ya había ocurrido en otras ocasiones.

—¿Ya estás aquí? —preguntó mi madre en cuanto me vio entrar en casa. Pero al ver mi cara, se levantó automáticamente y me abrazó como solo una madre sabe hacerlo.

—Mamá… —dije, y rompí a llorar entre sus brazos. No podía más. Necesitaba resetearme, reiniciar mi vida de algún modo… pero no sabía cómo.

—Pablo, ¿qué te ocurre? ¿Te ha pasado algo? Háblame, por favor, que me va a dar algo.

—Se ha enamorado, mamá. Me ha olvidado, y yo no puedo sacarla de mi cabeza. Mira —le dije, y le mostré la imagen que Alicia había subido a Instagram, con el mensaje que aparecía debajo.

En ese momento, entró mi padre en la habitación.

—Ahora eres tú el que está tergiversando el mensaje —dijo con calma —. No quería decirte nada, pero no puedo verte así, hijo mío. No cuando todo esto no es lo que te estás imaginando.

»Alicia habló conmigo hace unos días. Ha adoptado a una niña que estaba en situación irregular, y quería saber si podía coger la baja maternal hasta que la pequeña se adaptara a todo esto.

Casi me caigo al suelo del impacto. ¿Una adopción?

Eso era lo último que me habría esperado…

Y, sin embargo, no voy a negar que me hizo una ilusión enorme saberlo.

Capítulo 27



Alicia

Mi niña hizo casi todo el vuelo durmiendo. Solo al principio estaba un poco nerviosa, pero no porque tuviera miedo ni nada parecido, sino porque estaba emocionada al ver las nubes por la ventanilla del avión. Mirando por ella, se quedó frita en su asiento, ese que recliné para que estuviera más cómoda.

—Duerme un rato, si quieres, yo me encargo de vigilarla. Aunque no creo que haga falta, con la noche que ha pasado ha caído en redondo. Lo bueno de todo esto es que, cuando lleguemos a España, será de día, y durmiendo ahora no tendrá desfase horario. Así que dormirá toda la noche del tirón —me dijo Manel, y se lo agradecí, porque no podía con mi cuerpo.

—Pues no sabes cuánto te lo agradezco, se me están cerrando los párpados —le respondí, cerrando los ojos. Creo que tardé menos que la niña en quedarme dormida.

—¡Bellas durmientes! Vamos a iniciar el descenso y hay que poner los asientos en posición vertical —nos avisó Manel. Mientras intentaba abrir los ojos, lo cual me costaba una barbaridad, a pesar de haber dormido casi diez de las doce horas del vuelo, Fátima saltó de su asiento como un resorte.

—*Tima, Espalla, ole* — exclamó, y todos soltamos una carcajada. Manel no tuvo otra idea que decirle «¡España y ole!», y a ella le hizo tanta gracia que lo repetía como un loro, en su idioma, por supuesto.

Al ser un vuelo privado, llevábamos las maletas con nosotros, así que no tuvimos que pasar por las cintas de equipaje, ni tampoco facturarlas al

embarcar. Senté a la niña en su sillita nada más bajar, e intenté enganchar mi maleta a ella, pero no hubo manera. Al final, Manel tuvo que cargar con ambas. Tomamos un taxi hasta la estación de Atocha, donde cogeríamos el tren a Cádiz. La niña miraba todo con asombro, señalando cada cosa que le llamaba la atención.

Nos esperaban unas cuantas horas hasta llegar a casa. Encima, el tren venía con retraso, así que entramos en una cadena de comida rápida para almorzar. La niña no conocía nada de eso, así que para ella todo era nuevo. Cuando vio que Manel le traía el menú infantil con un regalo incluido, empezó a aplaudir. Pero cuando le dio el primer bocado a la hamburguesa, los ojos se le abrieron como platos.

—¡*A Tima usta mucho*! —exclamó, sacándonos una sonrisa—. ¡*Manana otia ve*!

—Claro, eso estaba pensando yo. Mañana, garbanzos —le dije, y ella me miró como preguntando: «¿eso qué es?».

—¿*Banso beno*?

—Garbanzos. ¡Buenísimos! —le aseguré, y ella seguía aplaudiendo.

En un momento dado, Manel se levantó y salió. Dijo que tenía que ir a un sitio, pero que no tardaría, que lo esperáramos allí. Cuando volvió, traía algo que no me esperaba en absoluto: había comprado una Tablet para que la niña pudiera entretenerse viendo dibujos durante el viaje de vuelta. La verdad es que tantas horas en el tren podían agobiarla, no estaba acostumbrada a eso. Manel la encendió y la configuró con su móvil, compartiéndole Internet. Cuando llegáramos a casa, la conectaría a mi wifi. No pensaba que fuera a usarla allí, más bien la reservaría para cuando fuéramos en coche o algo similar. En casa jugaría con las muñecas y colorearía. Eso me recordó que mañana tendría que pasar por el centro comercial para comprar todo lo que necesitara. Por suerte, no había tocado nada de la paga ni de los dos meses que había cobrado, y usaría eso para hacer la compra.

—¡Magia! ¡*Quento meve y haba*! —dijo asombrada al ver los dibujos animados, diciendo que los cuentos se movían y hablaban. Parecía mentira que algo tan común aquí, como la televisión y los dibujos, pudiera ser una novedad para ella. Me conmovió profundamente.

—No, cariño, no es magia. Se llama Tablet, y eso son dibujos animados —le expliqué, pero parecía no escucharme. Tenía la mirada fija en la pantalla y reía con lo que veía.

En ese momento, apareció en la pantalla que el tren había llegado. Nos levantamos para subir y buscar nuestros asientos. Otra vez habíamos tenido suerte y nos tocaban los que tenían mesita. Senté a Fátima en mi regazo mientras Manel subía el cochecito al compartimento junto con las maletas.

Si nos veías desde fuera, parecíamos una familia que volvía de vacaciones, cuando en realidad no lo éramos. Pero esta niña tenía mis mismos ojos y el color de pelo de Manel, que era muy parecido al de Pablo, quizás un poco más oscuro.

Antes de subir, mi amigo había pasado por la parafarmacia de la estación y había comprado un potito de frutas para la merienda de la niña, además de zumos y botellas de agua, por si hacía falta. Merendó muy bien y el viaje fue tranquilo. En un momento dado, como el asiento contiguo al mío seguía libre, la senté allí para que estuviera más fresquita. Y, sin darnos cuenta, volvió a quedarse dormida. Le quité la Tablet y la apagué, para que tuviera batería cuando se despertara.

Nadie de mi entorno, salvo don Manuel, sabía lo que había hecho. Se lo contaría cuando llegáramos. Avisaría a todos para que vinieran a casa a conocerla. Todo este tiempo fuera, y todo lo que había visto allí, me hicieron darme cuenta de que no solo había sido culpa de ellos, sino también mía. Y debía pedir disculpas, sobre todo por haberme marchado sin siquiera decir adiós.

Mi teléfono sonó. Lo cogí rápido para no despertar a Fátima, aunque tenía la impresión de que ni una bomba la despertaría. Todo ese jaleo había sido demasiado para una niña tan pequeña, y estaba agotada.

—Soy Alicia —dije, como siempre hacía al responder el teléfono, una costumbre de la gestoría.

—Alicia, soy Manuel —respondió él, dejando de lado el formal «don» por sí solo—. Te llamaba para saber a qué hora llegabais.

—Hola, don Manuel. Pues calculo que estaremos allí en una hora, aproximadamente.

—¿Quieres dejar de llamarme así, por favor? Soy Manuel, *Ma-nu-el* —silabeó su nombre, y eso me hizo reír.

—Está bien, Manuel. En una hora estaremos ya en casa, porque ahora mismo vamos por Jerez. Mientras nos bajamos y tomamos un taxi…

—No, precisamente te llamaba por eso. Para que no toméis ningún taxi. Bajaos en la estación de Cádiz, que allí os recojo. Solo tengo que montar unas cuantas cosas en el coche y voy para allá —dijo, y colgó, como si no quisiera que le llevara la contraria.

Y, siendo sincera, no se lo iba a discutir. Estaba agotada y tenía unas ganas enormes de llegar a casa, duchar a la niña, hacerlo yo también y tirarme en el sofá. Tenía claro que hoy en mi casa no se vería otra cosa que dibujos animados, porque la pobre no tenía nada con qué jugar. Mañana ya le compraría de todo.

Bajamos del tren. Manel me ayudaba con la maleta cuando, al mirar al frente, no podía creer lo que estaba viendo. Todos mis amigos —y algunos que no lo eran tanto, como Pablo— estaban allí esperándonos, con una pancarta que decía: «Bienvenida a casa, Fátima». Las lágrimas comenzaron a brotar sin control de mis ojos.

Mi amigo, que se dio cuenta, se paró a mi lado, me tomó por los hombros y me dio un beso en la cabeza. No pude evitar fijarme en Pablo y en su reacción ante el gesto de Manel. Vi cómo apretaba los dientes con fuerza. Incluso él se dio cuenta.

—No hace falta que me digas quién es Pablo, porque si las miradas matasen, habría caído muerto en este preciso instante. Se va a romper una muela si sigue apretando así los dientes —comentó Manel, y solté una carcajada.

Miré a Andy, que lloraba igual que yo, y solo nos hizo falta eso para salir corriendo el uno hacia el otro, abrazarnos y llorar como niños. Entonces, escuchamos a mi niña gritar desde su carrito:

—¡*Lisia mamá mía, suelta*! —Y todos rompieron a reír.

—Pero qué bonita eres, Fátima. Te pareces a tu mamá. —Escuché decir a Pablo.

Al oír su voz, me giré. Nos miramos, y nos abrazamos. No nos hicieron falta palabras; nuestras lágrimas hablaban por nosotros. Pero ella, que no

entendía de amor ni de romanticismo, volvió a soltar una de las suyas:

—¡*Bapo, me usta tú*! ¡*Papa Tima*! —dijo, en su idioma, señalándolo. Pablo sonrió, se agachó y la cogió en brazos, sacándola del carro.

—Yo también quiero ser tu papá, Fátima. Pero tenemos que convencer a mamá, a ver si me deja —le dijo él, con toda la cara dura del mundo. Lo que no esperábamos era la reacción de la niña: se llevó la mano a la barbilla y se puso a pensar, como si estuviera buscando una estrategia para convencerme. Esta mocosa tenía más arte que nadie.

—Bueno, chicos, él es Manel, un compañero de aventura que se ha convertido en un buen amigo —dije, señalando a Manel—. Y ellos son, de izquierda a derecha: Andy, Alejandro, Pedro, Míriam, Vanesa y Julián.

Pero no me había dado cuenta de que detrás había más gente.

—Y nosotros somos sus futuros suegros: Manuel y Paula —dijo mi jefe. Lo miré arqueando una ceja—. Sí, sí, no me mires así, que todavía estás a tiempo de perder esa apuesta —añadió, divertido.

—Gracias por cuidar de Alicia durante todo el viaje. Ha sido muy sanador para ella —le dijo Paula mientras le daba dos besos a Manel.

—En realidad, ha sido sanador para los dos. Nos hemos cuidado mutuamente. Ella también ha sido un gran apoyo para mí —respondió él, haciendo el mismo gesto de antes. Pablo volvió a poner cara de celos, aunque esta vez en broma.

Me despedí de Manel en el aparcamiento de la estación. Vivía en el centro, a dos minutos andando de allí. Por más que le insistí en que viniera con nosotros, no quiso. Decía que estaba molido y que lo único que quería era ducharse y tirarse en el sofá. Lo entendía perfectamente. Quedamos en hablar al día siguiente porque le quedaba una semana de vacaciones, y queríamos llevar a la niña a la playa.

La cosa iba de sorpresa en sorpresa, porque al llegar a casa, al abrir la puerta, me encontré dentro a Antonia con Manuela, que me abrazó y también a mi niña. Pablo y Andy me taparon los ojos y me tomaron de las manos para llevarme hasta lo que sería el dormitorio de Fátima. Cuando me descubrieron los ojos, no podía creer lo que veía ni saber cuándo habían tenido tiempo de hacerlo.

Habían vaciado la habitación, la habían pintado de rosa pastel y amueblado con muebles blancos. El estor, del mismo color que la pared, tenía topitos blancos, igual que la colcha de la cama. En el armario —que habían dejado abierto— había ropa de todos los colores, tanto para lo que quedaba de verano como para el invierno que vendría. Y en las estanterías, muñecas de princesas, cuentos y juegos llenaban cada rincón.

Capítulo 28



Pablo

Cuando mi padre me comentó lo de la adopción, aparte del *shock* inicial que me supuso, una tranquilidad inusitada se apoderó de mi cuerpo y de mi mente. No me había olvidado, y eso, hasta cierto punto, me dio el sosiego que necesitaba.

Una idea acudió a mi cabeza, pero para eso necesitaba la ayuda de todos, y solo teníamos cuarenta y ocho horas para llevarla a cabo. Primero que nada, se lo conté a mi padre, porque él también tenía un rol importante en toda esta historia. Tenía que convencer a Antonia para que nos dejara entrar en la casa de Alicia.

—Papá, se me ha ocurrido una idea. Alicia, cuando llegue a España, no tendrá nada preparado para la niña. Ni ropa, ni habitación, ni absolutamente nada. Podríamos darle una sorpresa y preparárselo nosotros. Sé que podemos contar con los chicos, pero lo complicado será que Antonia nos deje entrar en su casa —le dije, mientras él me escuchaba con atención.

—Pues entonces habrá que ponernos manos a la obra ya, porque tenemos esta tarde y mañana para dejarlo todo listo antes de que vuelvan. Reúne a los chicos en casa de Alicia, que de Antonia me encargo yo —me respondió justo cuando salía de casa y mi madre lo interceptó.

—Ah, no, de eso nada. A mí no me vais a dejar al margen de esto. Que yo también quiero contribuir a la sorpresa de mi futura nuera y nieta. Esperad un momento que cojo el bolso y nos vamos —le dijo a mi padre,

que la miraba con una sonrisa. Ojalá algún día pudiera tener con Alicia lo que ellos tienen; ese era mi mayor deseo.

Tomé el móvil y escribí un mensaje en el grupo de WhatsApp que teníamos desde que Alicia se fue —ese en el que ella no estaba—: *«Reunión urgente en casa de Alicia. Hay novedades importantes y tenemos que hacer algo. Nos vemos allí dentro de media hora»*.

Todos respondieron con un «ok» o con el emoji del pulgar hacia arriba. Salimos entonces hacia casa de Alicia con la intención de ayudar a convencer a la señora Antonia. Sabíamos que, si queríamos que nos dejara entrar, teníamos que darle un cometido dentro de todo lo que estábamos organizando.

—Buenas tardes, señora Antonia. Veníamos a pedirle un favor, pero antes queremos ponerla en situación, para que nos comprenda y no se cierre en banda —le dije, adelantándome a mi padre, mientras ambas nos miraban con recelo.

—Si tiene que ver con la llegada de mi niña, desde ya te digo que no cuentes conmigo —respondió con seriedad. Entonces entró en juego la diplomacia de mi padre.

—Doña Antonia, escúcheme a mí, que entre nosotros nos entendemos. Verá, Alicia ha adoptado a una niña sin familia. Sus padres eran también voluntarios en el poblado, pero murieron en un accidente de coche cuando la niña tenía apenas un año. Como no tenían más familia y toda la documentación se perdió en el accidente, quedó en tierra de nadie. Ni los de allí ni los de aquí podían hacerse cargo de ella por falta de papeles. Así que Alicia solicitó la adopción y, al no haber impedimentos, se la concedieron —le explicó mi padre con calma.

—Si es que mi niña tiene un corazón de oro… muchas personas como ella tendría que haber en este mundo —dijo la señora Antonia, con los ojos vidriosos y mucho orgullo.

—Por eso queríamos darle una sorpresa. La niña no trae nada, así que pensamos entrar en casa y prepararle un dormitorio. Comprar todo lo que vaya a necesitar, para que cuando lleguen lo tengan todo listo. Solo le faltarán los zapatos, porque con eso no podemos ayudar: no sabemos su número. Pero la talla, más o menos, la podemos intuir —añadió mi madre.

Antonia nos miró pensativa, como evaluando todo.

—Está bien. Pero con una condición: dejadme formar parte de la sorpresa. No puedo moverme del barrio, mis piernas no me lo permiten, pero puedo aportar dinero para las compras. Además, Manuela y yo nos encargamos de montar un cuarto de juegos en la habitación de la entrada. Aún guardo las muñecas de Alicia de cuando era pequeña, y sé que le hará muchísima ilusión que su hija pueda jugar con ellas —respondió finalmente. Nos pareció una idea maravillosa.

Subimos y ya estaban allí el resto de los chicos. Antonia nos entregó las llaves, avisándonos que en cuanto cerrara la tienda, Manuela y ella subirían a la casa para hacer su parte.

Mi padre les explicó todo: la adopción, las condiciones en las que estaba la niña, y lo que Alicia le había contado. Algunos lloraban de emoción, otros se miraban sorprendidos. Cuando él terminó, me tocó a mí detallar el plan, que todos aplaudieron con entusiasmo, dispuestos a dar lo que fuera por ellas.

—Entonces, quedamos así: Andy, Alejandro y yo desmontamos la habitación, compramos la pintura y la pintamos. Pedro y Míriam, vosotros vais a la tienda de muebles suecos y os encargáis del mobiliario —sin armario, que ya es empotrado—. Que no sea demasiado infantil, sino más bien atemporal, para que le dure muchos años.

»Julián y Vanesa, a vosotros os tocan la ropa de cama, las cortinas y los juguetes. Mis padres se van al centro comercial a por la ropa para la niña. Luego juntamos todo lo que hemos gastado y lo repartimos a partes iguales. ¿Todo claro? —dije, y todos asintieron.

Salimos todos a la vez de la casa, cada uno en dirección a su destino. Alejandro y yo nos quedamos desmontando mientras Andy se fue al centro comercial a por la pintura, que era lo más cercano, y además tenía descuento de empleado. Le dio su tarjeta a mis padres para que también pudieran usarla al comprar la ropa, porque con todo lo que íbamos a adquirir, el ahorro iba a ser considerable.

—Me gustaría que fuéramos a recogerla a la estación, que también se llevara esa sorpresa —me dijo Alejandro, y asentí.

—A mí también, pero no sabemos a qué hora llegan. Sería cuestión de que mi padre, mañana, hablara con ella para averiguarlo, aunque no sé si se lo dirá. De todos modos, si no hay manera, las esperamos aquí —le respondí. Él me miró sonriendo, porque eso sí que no nos lo iba a quitar nadie.

Una vez que desmontamos y bajamos todos los muebles —que no eran muchos, en realidad, ya que esa habitación solo tenía una cama de matrimonio y una mesita de noche, porque el armario era empotrado—, nos pusimos a limpiar el interior del armario, la ventana y la persiana mientras esperábamos a que Andy volviera con la pintura. Esa habitación había sido donde Andy durmió durante su estancia en casa de Alicia, pero hacía tiempo que no se usaba, y por eso todos los cajones estaban vacíos.

—¡Ya estoy aquí! Fijaos, qué tono de rosa pastel más bonito he elegido, va a quedar ideal —dijo Andy levantando la tapa del bote. La verdad, el color era precioso.

—Hará un contraste muy bonito con el blanco de los muebles. ¿Es de secado rápido? —preguntó Alejandro. Andy asintió con la cabeza.

Como la pared ya estaba pintada de blanco, el nuevo color agarró bien, y en poco más de dos horas ya lo teníamos listo. Nos dirigimos entonces a la primera habitación —donde Antonia y Manuela querían montar el cuarto de juegos—. Como nos había sobrado pintura y esa habitación era pequeña, decidimos darle también una mano. A Alejandro, que dibujaba muy bien, se le ocurrió hacer un mural en la pared con el nombre de la niña, así que se fue rápidamente en moto a su casa para buscar lo necesario mientras nosotros limpiábamos y organizábamos.

Aprovechamos una estantería que había allí, la limpiamos a fondo y la pintamos de blanco. Andy, siempre pendiente de los detalles, recordó que también habría que pintar el techo, así que trajo un bote de pintura blanca.

En ese momento llegaron los demás chicos. Solo faltaban mis padres, pero como ellos estaban encargados de la ropa, no nos preocupaba demasiado su demora. Entre todos montamos los muebles en un abrir y cerrar de ojos, y dejamos el colchón abierto sobre la cama. Era de esos que vienen enrollados y no se puede usar hasta pasadas veinticuatro horas, así que nos venía perfecto, ya que la niña no dormiría allí hasta el día siguiente.

En lugar de cortinas, Vanesa había elegido un estor rosa con topitos blancos, a juego con la colcha. Sin darse cuenta, había escogido justo el mismo tono de la pared, lo que hizo que todo combinara de maravilla. Sobre la cama colocamos unos pequeños cuadros blancos con láminas de princesas, cada uno con una letra del nombre de la niña, dispuestos en zigzag.

Las muñecas, los cuentos y algunos puzles los colocamos en la estantería nueva, y junto a la puerta, en una pared libre, pusimos un pequeño escritorio con su silla. Encima, un lapicero con rotuladores, otro con lápices de colores y varios libros de colorear repartidos sobre la superficie.

—¡Mirad todo lo que le hemos comprado! —dijo mi madre al entrar en la habitación, quedándose boquiabierta al ver el resultado.

—Está todo precioso. A Alicia le va a encantar cuando lo vea —dijo mi padre, con los ojos empañados.

Traían ropa para vestir a un colegio entero. Todos empezamos a reírnos. No solo habían comprado para el verano, sino también para el invierno. Mi madre se puso a organizar el armario, que por suerte era bastante amplio. En un lado colocó todo lo de verano: pijamas, ropa interior, bañadores, vestidos… En el otro, lo de invierno: chaquetones, chándales, *leggings*, medias. Esta niña iba a tener mucha suerte. Ninguno de nosotros permitiría que le faltara nada, ni afecto, ni cosas materiales. Y esa certeza me sacó una sonrisa.

Cuando fuimos a la otra habitación con el resto de los juguetes, nos quedamos sin palabras. Alejandro había hecho una verdadera obra de arte en la pared: en la parte superior, había escrito su nombre, y cada letra estaba sostenida por un hada. En la parte inferior, había pintado un bosque, como sacado de un cuento.

Capítulo 29



Pablo

Nos dieron las tantas, pero queríamos dejarlo todo listo para el día siguiente. Antonia nos llamó al telefonillo para que la ayudáramos a bajar todo lo que había guardado de Alicia cuando era pequeña. Su abuela, al enterarse de que su amiga tenía una habitación libre en casa, le pidió por favor que le guardara todas esas cosas *«para cuando su nieta fuera madre»*, y ella no dudó en hacerlo.

Fuimos Pedro, Julián y yo. Lo que no esperábamos era semejante cantidad de cajas. Antonia decía que parecía mucho, pero que en realidad no era tanto… hasta que las subimos a casa de Alicia. Tengo que reconocer que en esas cajas había verdaderos tesoros que muchas niñas querrían tener.

Para empezar, en la primera caja que abrimos había un pequeño tocador con su espejo. En él colocamos el maletín de maquillaje infantil que le había comprado mi madre. No era su cometido comprar juguetes, pero cuando lo vio, no pudo resistirse. Mi padre se puso a revisar las bombillas que enmarcaban el espejo, por si había que cambiar alguna, pero sorprendentemente funcionaban todas.

En otra caja había una colección de Barbies completamente nuevas. Algunas conservaban incluso su embalaje original. Las colocamos en un mueble de baldas que Manuela le había dicho a Alejandro que cogiera del trastero. También era blanco, y tras una buena limpieza, quedó como nuevo. Lo pusimos en la pared contigua a la ventana, bien anclado, claro, porque a

todos nos daba miedo que la niña pudiera tirárselo encima. Por eso, aseguramos todas las estanterías a la pared, dejándolas bien sujetas.

Otra caja contenía una colección de Barriguitas, además de varios puzles que se sumaron a los que habían traído Julián y Vanesa. Y para rematar, un coche de capota completamente vestido, una cunita y una pequeña cocinita con todos sus accesorios completaron el cuarto de juegos. Más que el de una niña, parecía el de una ludoteca.

—Y ahora, nos vamos todos a cenar juntos —dijo mi padre. Pero Alejandro y yo nos miramos: estábamos como para ir a ningún sitio, llenos de pintura y sudor. No habíamos parado en todo el día, y además ya eran casi las doce de la noche.

—Papá, mejor que hoy a cenar, mañana a comer, y de ahí nos vamos a la estación a esperarlas —le propuse. Él, con una sonrisa, asintió con la cabeza.

—Tengo otra sorpresa más —dijo Alejandro, y se dirigió al balcón a recoger algo que había dejado allí.

Cuando volvió y lo desplegó, todos nos quedamos con la boca abierta. Había elaborado una enorme pancarta que decía: «Bienvenida a casa, Fátima», con una caligrafía preciosa, adornada con varias hadas alrededor de las letras.

—Mi niña se va a poner a llorar cuando vea todo lo que habéis hecho por ellas —dijo Antonia, que no podía contener las lágrimas, igual que Manuela y mi madre.

—No se merece menos, señora Antonia. Nosotros provocamos su huida… sobre todo este y yo —dijo Andy, señalándome—. Así que, qué menos que tenerle esta sorpresa. Esa niña va a ser como si fuera parte de la familia de todos nosotros.

Nos fuimos de allí con una satisfacción enorme. Ya estaba todo listo para su llegada y sabíamos que íbamos a sorprenderlas muchísimo. Esa noche dormí como un lirón.

Al día siguiente, quedamos en el restaurante de la playa al que íbamos a menudo. Como ni Antonia ni Manuela quisieron ir, alegando que sería mucho jaleo para ellas, mi padre les mandó la comida a la lechería con una de esas empresas de reparto que trabajaban por la zona. Ellas nos esperarían

en casa de Alicia. Dijeron que subirían algo para que cenáramos todos juntos. Por más que insistimos en que ya pediríamos algo cuando llegaran, no hubo manera de convencerlas.

Mi padre sabía que el avión aterrizaba en Madrid a las dos y media de la tarde, pero no teníamos claro a qué hora cogerían el tren, y por tanto, tampoco cuándo llegarían a Cádiz. Pasaban ya de las ocho, y tras varios intentos en los que el teléfono indicaba que estaba fuera de cobertura, finalmente mi padre consiguió hablar con ella.

—Soy Alicia —contestó al teléfono. Tenía la costumbre de presentarse así, como hacía siempre en la gestoría. Era una manía común entre los empleados.

—Alicia, soy Manuel. Te llamaba para saber a qué hora llegáis —le dijo mi padre, esperando su respuesta.

—Hola, don Manuel. Pues calculo que estaremos allí en una hora, aproximadamente.

—¿Quieres dejar de llamarme así, por favor? Soy Manuel, *Ma-nu-el* —silabeó su nombre, y eso nos hizo reír.

—Está bien, Manuel. En una hora estaremos ya en casa, porque ahora mismo vamos por Jerez. Mientras nos bajamos y tomamos un taxi…

—No, precisamente te llamaba por eso. Para que no toméis ningún taxi. Bajaos en la estación de Cádiz, que allí os recojo. Solo tengo que montar unas cuantas cosas en el coche y voy para allá —dijo, y le colgó, sin darle opción a réplica.

—Gracias por decir que somos «cosas», pero vamos, que no hace falta que nos montes en el coche, que nosotros solitos podemos —dijo mi madre, rompiendo en carcajadas, mientras mi padre la miraba con esa expresión suya tan suya.

Nos fuimos directamente a la estación, repartidos en varios coches. Yo tenía miedo e ilusión a partes iguales; no sabía cómo iba a reaccionar cuando nos viera.

La vi de lejos. La reconocería donde fuera, y mi corazón dio un vuelco. En cuanto nos vio, se detuvo en seco al mirar la pancarta. Ni Andy ni ella pudieron resistirse: corrieron el uno hacia el otro. Pero, al fijarme bien, vi a un tipo que le tenía la mano sobre los hombros y le daba un beso en la cabeza. No sé qué me entró por el cuerpo. Nunca he sido celoso, pero en ese momento hubiera cogido a ese tío por el cuello y lo habría estampado contra la pared. Él me miró y sonrió, y tuve que contenerme para no quitarle esa sonrisa de un guantazo. En cambio, apreté los dientes con todas mis fuerzas.

—Hola, soy Manel. Y suelta la mandíbula, que al final te vas a partir una muela de tanto apretar. Entre ella y yo no ha habido ni habrá nunca nada. Solo una amistad de las que, por desgracia, hay pocas —me dijo, mientras me ofrecía la mano.

En lugar de estrechársela, lo abracé.

—Gracias por cuidar de ella —le susurré al oído. Al separarnos, me fui directo hacia la niña. Era preciosa.

—Pero qué bonita eres, Fátima, te pareces a tu mamá —le dije, sin poder evitarlo. Me salió del alma. Si no conociera su historia, diría que eran madre e hija biológicas.

Al volverme, vi cómo Alicia se había girado hacia mí. No hicieron falta palabras. Nos abrazamos, dejando que los sentimientos salieran en forma de lágrimas. Ya hablaríamos… teníamos mucho que hablar, pero ahora no era el momento.

—*¡Bapo, me usta tú! ¡Papa Tima!* —dijo ella en su idioma propio.

No me resistí. La saqué del carrito y la cargué en brazos, donde se quedó la mar de a gusto. Le comí la cara a besos y aproveché sus palabras para dejar clara mi intención, con ella y con Alicia.

—Yo también quiero ser tu papá, Fátima. Pero tenemos que convencer a mamá, a ver si me deja —le dije, con toda la cara del mundo.

Lo que no esperábamos era la reacción de ella: se quedó pensativa, con la mano en la barbilla, como si ya estuviera tramando cómo lograrlo. No se podía tener más arte.

—Bueno, chicos, él es Manel, un compañero de aventura que se ha convertido en un buen amigo —nos dijo Alicia, excepto a mí, que ya había

visto cómo nos habíamos presentado minutos antes—. Y ellos son, de izquierda a derecha: Andy, Alejandro, Pedro, Míriam, Vanesa y Julián.

No se percató de que detrás de todos ellos estaban mis padres.

—Y nosotros somos sus futuros suegros: Manuel y Paula —dijo mi padre, mientras ella lo miraba con una ceja arqueada y la boca entreabierta —. Sí, sí, no me mires así, que todavía estás a tiempo de perder esa apuesta.

—Gracias por cuidar de Alicia durante todo el viaje. Ha sido muy sanador para ella —dijo mi madre, dándole dos besos a Manel, confirmando lo que todos sentíamos.

—En realidad, ha sido sanador para los dos. Nos hemos cuidado mutuamente. Ella también ha sido un gran apoyo para mí —respondió él, repitiendo ese gesto de afecto, y yo volví a poner cara… pero esta vez, de broma.

Le insistimos para que viniera a cenar con nosotros, pero no lo conseguimos. Decía que estaba cansado del viaje y que prefería llegar a casa, ducharse y descansar. Acordó llamar a Alicia al día siguiente, ya que todavía estaría de vacaciones e irían a la playa con la niña.

No tenía nada en contra de él, por supuesto que no, pero Fátima y su madre irían a la playa conmigo. Eso lo tenía claro. Ya me buscaría la forma de que así fuera.

Nos repartimos en los coches y fuimos a su casa. Al entrar, nos encontramos con la señora Antonia y su fiel escudera, Manuela, que nos esperaban en el salón. Habían puesto la mesa como si fuésemos a celebrar la Navidad. Se abrazaron largo rato, y les dejamos su momento de intimidad. Pero cuando Andy y yo vimos que ya era suficiente, él le tapó los ojos y yo la tomé de las manos, llevándola hasta la habitación que habíamos preparado con tanto cariño.

Cuando Andy le descubrió los ojos y Alicia pudo ver todo lo que habíamos hecho en ese dormitorio, no pudo contener las lágrimas. Ni una palabra fue capaz de articular.

—Lo único que no hemos podido comprarle han sido los zapatos, porque no sabíamos su número. Pero aquí tienes una tarjeta regalo con doscientos euros, para que le compres lo que tú veas que le falte —le dijo mi madre, dándole un sobre.

—Os habéis pasado. Esto es mucho más de lo que yo tenía pensado hacer con esta habitación, muchísimo más —decía entre lágrimas, mirando cada rincón con detenimiento.

La niña se había quedado con Antonia y Manuela, hasta que la oímos gritar y correr por el pasillo.

—¡*Mamá, papá, men, men, mira*! —decía, en su idioma particular. Pero lo que más me emocionó fue cómo me llamó: «papá», sin que nadie le hubiera dicho nada.

Nos tomó a cada uno de la mano y nos llevó hasta lo que yo ya sabía que le había encantado. A cualquier niña le habría encantado, y ella no era la excepción.

—Pero… esto es una pasada, chicos, de verdad. Mil gracias, en nombre de Fátima y mío. No podía tener un cuarto de juegos más perfecto. Además… ¿Esas son mis muñecas? ¿Cómo las habéis encontrado? —preguntó Alicia, ahora sí completamente sorprendida.

Capítulo 30



Alicia

No os podéis imaginar la cara que se me quedó cuando la niña se dirigió a Pablo como «papá». Pero lo pasé por alto; pensé que era la emoción del momento, que a ella también le había pasado factura. Sin embargo, cuando llegamos a esa habitación —que era como una especie de trastero— y vi lo que habían hecho… fue indescriptible la sensación.

Pero ya, cuando vi que estaban mis muñecas, de cuando era pequeña —esas que mi abuela me había regalado en cada cumpleaños o en Reyes—, y también mi tocador, del que ni siquiera me acordaba… ¿de dónde habrían sacado todo eso? Yo tenía entendido que mi abuela se había deshecho de todos mis juguetes cuando fui creciendo, porque decía que solo ocupaban espacio.

—Este cuarto ha sido idea de Antonia y de Manuela. Ellas nos han proporcionado el mobiliario y casi todos los juguetes. El mural es obra de Alejandro, cuya afición secreta es la pintura y el diseño. Todas tus muñecas, juguetes y demás estaban bajo la custodia de la señora Antonia —me explicaba Pablo, que seguía con el brazo sobre mis hombros. Cualquiera que nos viera pensaría que éramos una pareja consolidada, cuando en realidad no sabía ni lo que éramos. Teníamos una conversación pendiente, pero esa ya la tendríamos otro día. Ahora tocaba disfrutar de todo lo que nos rodeaba.

Cuando me di cuenta, don Manuel estaba sentado en el suelo, jugando con la niña a hacer un puzle. Ese no era mío; seguramente se lo habrían

comprado ellos.

—Mira a mi padre, está disfrutando de lo lindo. Es el complemento perfecto para su jubilación —me dijo Pablo muy bajito, casi murmurando, señalando a su padre.

—*Tú, ¿qué de Tima?* —le preguntó la niña al que, hasta ahora, había sido mi jefe.

—¿Me estás preguntando quién soy yo para ti, Fátima? —le respondió él, y la niña asintió con la cabecita—. Pues yo soy el abuelo Manuel, y ella, la abuela Paula.

—Yo soy el tío Pedro, y ella, la tía Míriam.

—Y nosotros, los tíos Andy y Alejandro.

—Pues yo soy la *bisa* Antonia, y ella, la *bisa* Manuela. —Se fueron presentando todos.

—¡Toma ya! Hasta ayer no tenía a nadie, y ahora tiene familia numerosa. —Me salió sin pensarlo, y todos estallaron en carcajadas.

Pasamos al salón, donde la mesa ya estaba preparada. La niña, a pesar de lo pequeña que era, tenía unas costumbres muy arraigadas, por lo que, en cuanto vio que era la hora de cenar, dejó todos los juguetes en su sitio y se fue a lavarse las manos. Por ahí lo llevaba adelantado.

—*Belito Mamuel, a pome* —le dijo la niña, y a Manuel se le cayó la baba.

—Me parece a mí que al *«belito Mamuel»* se le acaba de caer el alma al suelo, y que esta niña se va a convertir en el centro de su vida de jubilado —me dijo Paula, mirando a su marido, que caminaba con la niña por el pasillo, los dos cantando la canción que le enseñaban a los niños en el poblado, en su idioma.

—Mañana tengo que ir a comisaría para sacar su documentación, así la tendré lista cuando abran los colegios en septiembre. Tiene que empezar el curso; cumple tres años en diciembre, o al menos eso decían en el centro.

»Tendré que solicitar su partida de nacimiento para corroborar los datos, porque en realidad no hay nada cierto —les conté mientras cenábamos. No puso ningún reparo a la comida; todo le gustaba, a pesar de que muchas cosas no las había probado nunca. A los postres ya no podía

con su cuerpo, así que esa noche no la bañé. De todos modos, ya lo había hecho por la mañana.

Pablo, que la vio agotada, la cogió en brazos y la llevó a su dormitorio. Entre los dos le pusimos el pijama y la acostamos en su camita, activando el intercomunicador.

—No sé cuánto va a durar ahí, porque no está acostumbrada a dormir sola. En el poblado lo hacía con todos los niños, y la mayoría de las noches acababa conmigo en la cama. No te puedes imaginar la conexión que tuvimos desde el primer momento. Era como si ella me hubiera elegido como madre, igual que ha hecho contigo, eligiéndote como figura paterna —le dije, aunque por dentro me moría al decirlo, porque no sabía cómo podía reaccionar ante mis palabras.

—Tenemos que hablar, Alicia. No quiero perder más el tiempo. Quiero formar parte de esta familia, de su vida y de la tuya. Nos hemos hecho mucho daño, y gran parte de la culpa fue mía, pero buscaré la forma de que me perdones —me dijo Pablo, tomando mis manos, aún dentro del cuarto de la niña.

—Es cierto, pero ahora no es el momento. Ya lo haremos mañana, cuando estemos más tranquilos —le respondí, acariciando su cara. Quise besarlo, pero no me atreví. Me dispuse a salir de la habitación; fuera se escuchaban las voces de nuestra familia, porque, aunque no fuéramos de sangre, así los consideraba.

—Te voy a pedir solo una cosa, Alicia: déjame dormir hoy aquí. Quiero ver su carita al despertar y acompañaros mañana con todos los trámites —me pidió, casi suplicando por el tono que usó. Y acepté. No sabía si sería un error o no, pero no me quise resistir.

Salimos al salón, donde ya habían quitado la mesa, guardado la vajilla en el lavavajillas, y todos se disponían a marcharse.

—Supongo que te quedarás un rato más, ¿no, Pablo? —le dijo Paula a su hijo, con una mezcla de nostalgia y melancolía.

—Sí, voy a pasar aquí la noche. Así, mañana podré ir con ellas y acompañarlas durante los trámites, por si tengo que quedarme con la niña fuera o algo —respondió, y su padre lo miró con una sonrisa.

—En su armario hay ropa mía de cuando tenía que fingir que era hetero. Supongo que te puede servir —le dijo Andy. Y era cierto, no recordaba que había varios pantalones chinos y alguna que otra camisa. Ambos eran de complexión parecida, así que podrían servirle.

—Gracias. Con disimulo me has dicho que mi ropa huele mal —le contestó el otro, siguiendo con el pique que traían desde que llegaron.

Poco a poco se fueron marchando, y yo aproveché para decirle que echara un vistazo a la niña, que me iba a duchar un momento. Realmente lo necesitaba, para poner mis pensamientos en orden antes de enfrentarme a esa conversación, porque tenía claro que la íbamos a tener en ese momento. No esperaríamos más.

—Ya estoy aquí —dije, y me lo encontré con la niña en brazos.

—Se despertó llorando, pero en cuanto me vio, me echó los brazos y se ha vuelto a quedar dormida —me susurró, mientras la volvía a dejar en su camita.

—Sí, le pasa mucho. Según el psicólogo de la organización, su subconsciente recuerda el momento en que sus padres ya no volvieron. Al no tener un entorno estable, no lo ha superado. Supongo y espero que, ahora que no se va a separar de mí, pueda superarlo y dejar atrás ese momento tan duro para ella —le expliqué a Pablo, que me miró muy fijamente antes de volver a hablarme.

—Yo tampoco quiero separarme de ella… ni de ti. Necesito que hablemos, ahora que estamos solos y tranquilos. Por favor.

—Tenía claro que lo íbamos a hacer. Lo de hablar, me refiero… no me mires con esa cara —le dije, al ver cómo arqueaba una ceja. Ambos rompimos a reír.

—No quiero más secretos, ni malos entendidos, ni nada que pueda enturbiar nuestra relación. Por eso necesito que me escuches. Cuando termine, podrás preguntarme lo que quieras. Yo haré lo mismo contigo.

—Está bien. Empieza.

—El día de la cena… ese fatídico día en que tuvimos la bronca… cuando te fuiste, no te dejé sola. Nadie de mi familia lo hizo. Estuvimos pendientes de ti hasta que subiste de la playa. Me dolieron tus comentarios, igual que entiendo que los míos te dolieron a ti. Pero no actué por lo que tú pensaste,

sino por no ponerte en el compromiso de pasar una semana entera de vacaciones con mis padres, sin saber si realmente te apetecía.

»La rabia se apoderó de mí. Yo nos veía como una pareja, y tú me habías dado a entender que no sentías lo mismo. Te bloqueé. Necesitaba alejarme, porque sabía que si te tenía al alcance de la mano, caería en la tentación de llamarte. El día que descubrimos que te habías marchado, lloré como nadie sabe.

»Me sumí en la rutina de no hacer nada. Mi vida consistía en comer, dormir y bajar a la playa cuando ya casi no había nadie, meterme en el mar hasta que oscurecía, y desahogarme cuando nadie me miraba, cuando nadie me veía —dijo, suspirando hondo.

Me levanté a por dos botellas de agua fría, porque la boca se nos estaba quedando seca.

—Toma, bebe, anda… que al final te vas a quedar sin voz —le dije, tendiéndole una botella. Él me sonrió.

—Como te decía… mi madre estaba muy preocupada. No paraba de decirme que no había matado a nadie, que saliera y entrara hasta que volvieras y pudiera hablar contigo. Otra de las cosas que me tenían mortificado era que tú me habías pedido disculpas. Sí, te desbloqueé solo para leer lo que me habías mandado… y vi que yo no había estado a tu altura.

»Ese día me llamó un compañero del último instituto donde trabajé. Su primo había comprado un chalé en Chiclana y me invitó a pasar unos días. Aproveché la oportunidad —tomó aire, bebió otro trago de su botella y me cogió las manos. Supuse, entonces, que lo que venía no me iba a gustar—.

»Acababa de llegar al chalé cuando Andy me envió una captura de la foto en la que salías con Manel. No fue la imagen en sí, sino el texto que escribiste lo que me rompió el alma. Pensé: «Yo pasándolo mal… y ella ya tiene a otro».

»Y no lo dudé. Quise olvidarte entre las piernas de otra. Era una amiga de mi compañero Mauro. Estuvimos liados varios días, pero no podía cerrar los ojos sin verte a ti. Quiero que entiendas que no significó nada más que una válvula de escape. Tenía que sacarte de mi cabeza y no encontraba otra forma.

—Una forma muy placentera, sin duda —le solté, con ironía. Me había dolido. Mucho. Pensaba que quienes estaban a su lado y me conocían desde siempre sabían que yo no haría algo así.

—No te pongas a la defensiva, por favor. Déjame seguir —me pidió. Le hice un gesto con la mano para que continuara.

—El último día en el campo, al ver el texto que adjuntaste en la foto que subiste antes de volver a España, estallé. Lloré como nunca. Y lo pagué con esa pobre chica. Nunca la engañé, eso sí. Le dije desde el primer momento que mi corazón tenía dueña, pero que no me correspondía. Que por eso intentaba olvidarla.

»Cuando volví a casa, se lo conté todo a mi madre. Le enseñé la foto… y volví a llorar. Mi padre me dijo que volvía a malinterpretar una situación que no era lo que yo pensaba. Me contó la verdad. Entonces supe que había hecho todo mal, pero también supe que quería empezar a formar parte de vuestra vida.

Capítulo 31



Pablo

Le abrí mi corazón por completo. Quería que me entendiera, al igual que yo intentaría entenderla a ella. No quería guardarme nada que luego pudiera separarnos de nuevo al salir a la luz. Su mirada me decía que le había dolido mi relato sobre Sofía, de quien ni siquiera mencioné el nombre para no darle más importancia de la que había tenido.

—¿Qué quieres que te diga, Pablo? ¿Que no me ha dolido escucharte decir que has estado acostándote con otra mientras yo me moría de pena? Pues no puedo decirte algo que no es cierto, porque me estaría mintiendo a mí misma. Pero tampoco puedo reprocharte nada, porque no estábamos juntos. Así que, si quiero que esto siga adelante, si quiero verme como tu pareja, tengo que dejar esas cosas atrás —me dijo mientras yo apretaba sus manos.

—Solo quiero que nos demos una oportunidad, que me dejes compartir contigo la experiencia de ser padres —le respondí, con toda la intención de que me perdonara, de que pudiéramos seguir adelante.

—Ahora me toca a mí. Esas palabras que dijiste ante la propuesta de tu madre se me clavaron en el alma. Pero la gota que colmó el vaso fue cuando, al día siguiente, en un intento de que nadie tuviera que tomar partido y evitar conflictos, se me acusó de cosas que no eran ciertas. ¿Sabes lo que sentí cuando todos me dieron la espalda? Me sentí sola, muy sola. Y, entonces, tomé la determinación de adelantar el viaje que tenía previsto.

»En ese viaje conocí a Manel, que también arrastraba su propia historia, pero eso no me corresponde a mí contarlo; lo hará él si quiere y cuando quiera. Para mí, supuso un bálsamo para el corazón. Y no te voy a negar que, si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, me podría haber enamorado de él… pero no fue el caso. —Si a ella le dolió lo de Sofía, esas palabras a mí me llegaron al alma. No lo voy a negar. Porque ese chico había vivido cosas con ella que yo no pude vivir, y eso me escocía como no os podéis imaginar.

—Lo único que me importa es que te ayudó en esos momentos de oscuridad, y que, por suerte para mí, no llegaste a enamorarte de él —le dije, mirándola a los ojos.

—No sabes cuánto, ni te lo imaginas. Por eso tengo claro que lo quiero en mi vida. Como amigo, por supuesto. Porque si entre nosotros no surgió nada en el culo del mundo, no va a surgir ahora.

—Por supuesto que sí. Y yo también lo quiero en la mía, por lo que representa para ti. Ahora que todo está aclarado, toca hablar de nosotros, de nuestra relación… porque supongo que nos ves como una pareja, ¿no? —le dije, con una incertidumbre en la voz que no sé ni cómo pude articular esas últimas palabras.

—¿Lo somos? No lo sé. Pero quiero intentarlo. Quiero que lo seamos. Que Fátima sea la primera de los hijos que tengamos. —Fueron sus palabras, y entonces no me pude resistir. Enmarqué su rostro entre mis manos y la besé.

No fue un beso demandante, no en el sentido sexual, sino uno con el que ambos quisimos hacer saber al otro cuánto significaba su compañía, la necesidad de demostrar el amor que nos teníamos. Pero justo cuando íbamos a dejarnos llevar, escuchamos unos pasitos por el pasillo.

—*Tima mimí con papá y mamá* —dijo, sentándose en medio de los dos, lo que nos provocó una carcajada.

—Anda, vamos a la cama. Pero hoy nada más, Fátima, que mañana tienes que dormir en tu camita —le dijo Alicia mientras yo la cogía en brazos.

—*No, no. Tima mimí con papá y mamá en camita nueva. Tima costada y papá y mamá sientan* —nos explicaba ella. No quería acostarse con

nosotros en nuestra cama —en realidad, la de Alicia—, sino que nos sentáramos allí hasta que se durmiera.

La llevamos hasta su cuarto. Casi iba dormida entre mis brazos. Cuando la acostamos en su camita, nos cogió una mano a cada uno y se volvió a dormir. Pasaron diez minutos en completo silencio, con su mano aferrada a las nuestras, pero con las miradas entre nosotros cargadas de deseo y complicidad. Volvíamos a ser los de antes, esos que no podían compartir habitación sin que saltaran las chispas.

Cuando nos aseguramos de que Fátima dormía profundamente, tomé la mano de Julia y la llevé hasta su habitación. Allí, dejé el intercomunicador sobre la cómoda, para poder escuchar si la niña se despertaba. Cerré la puerta, la de la niña había quedado entreabierta, y me acerqué a Julia, aprisionando su cuerpo entre la pared y el mío, para que notara cuánto la deseaba. Tengo que reconocer que las veces que estuve con Sofía, era en Alicia en quien pensaba. Nunca pude sacármela de la cabeza.

Mientras la besaba, metí las manos por debajo del vestidito que llevaba, acariciando sus piernas, levantándolo poco a poco hasta quitárselo por la cabeza, y dejándolo caer al suelo, junto a mi polo, que yo mismo me quité porque me ardía la sangre por dentro.

—No puedo esperar más, Alicia. Necesito estar dentro de ti —le dije sin poder reprimir mi necesidad.

—Hazlo. Yo tampoco puedo esperar más —me contestó. Entonces la llevé hasta la cama y dimos rienda suelta a nuestro deseo.

En este caso no hubo preliminares. No nos hacían falta. Ya los habría en el segundo asalto. Ahora necesitábamos otra cosa: sentirnos, saciar la sed mutua. Por eso no lo dudé. La despojé de su ropa interior, que era lo único que quedaba sobre su cuerpo, y, de un tirón, me quité lo que restaba del mío. La atraje hacia mí, sujetándola de las piernas, y la penetré con una fuerte embestida. Ahogó un grito con su mano, pero me lancé sobre su boca para acallarlo con la mía. Fue rápido; ambos lo necesitábamos. Alcanzamos el clímax en pocas embestidas, abrazados, con nuestras lenguas entrelazadas.

—Por favor… cuánto lo echaba de menos —dijo con una sonrisa que dibujó otra en la mía.

—Lo que siento cuando estoy contigo no lo he sentido nunca. Te lo prometo.

—¿Ni siquiera con la amiguita del campo? —preguntó con ironía.

—¿Me lo vas a recordar cada vez que puedas, verdad?

—Hasta el fin de mis días. Mientras yo estaba en el culo del mundo enseñando a leer a niños, tú estabas retozando con otra. Que no se te olvide nunca. —En sus palabras había humor, pero en sus ojos vi algo más profundo: pena. Dolor. Y no lo iba a permitir. Ella era lo primero para mí, y tenía que hacérselo saber.

—Te prometo que no logró su cometido. En cada gemido, en cada roce, eras tú a quien imaginaba entre mis brazos. Tampoco fue justo para ella. Te pido que dejemos ese capítulo en el pasado, porque ver el dolor en tus ojos me hace sentir miserable. Miremos al futuro. En el pasado ya hemos sufrido bastante —le dije. Ella me miró con una mezcla de miedo y confianza.

—Está bien. Solo espero que me estés diciendo la verdad y que lo de esa mujer se quedara en el pasado. Yo no volveré a sacar el tema, ni en broma, ni de ninguna otra forma. Ahora nos toca centrarnos en nosotros. Nada más.

Nos fuimos a la ducha. Entre el calor, el sudor y lo que acabábamos de vivir, estábamos pegajosos. ¿Nos duchamos sin más? No. Aprovechamos que la niña seguía dormida para entregarnos de nuevo, esta vez de forma más calmada. Nos reconocimos con caricias, con lamidas en los lugares donde sabíamos que al otro le gustaba, y con un sexo más pausado, aunque no menos apasionado.

Después, nos secamos y nos fuimos a la cama. Ella cogió unas braguitas limpias, y yo, un bóxer de Andy que estaba en su armario.

Nos metimos en la cama. La cogí y la recosté sobre mi pecho. Ella se quedó dormida enseguida, producto de todo lo que había vivido ese día: el viaje, las emociones, los reencuentros. A mí me costó un poco más, pero no por los motivos que antes me causaban insomnio, sino porque me embargaba la felicidad de saber que me había perdonado, de que mi sueño de formar una familia con ella empezaba a tomar forma, y no podía permitirme el lujo de perderlas a ninguna de las dos. Con esos pensamientos me venció el sueño. No sé cuánto tiempo dormí, pero sí recuerdo que,

cuando mejor estaba con Alicia entre mis brazos, escuché una voz que me provocó una carcajada.

—*Mami, shhh, papi umiendo, no espiecta* —le dijo a su madre en voz baja.

—Papi, no está durmiendo, princesa, te estoy escuchando —le dije abriendo los ojos.

—*Tonse, a sayuná, que Tima tene grrr en baiga*. —Miré a Alicia, que me tradujo.

—Te está diciendo que, entonces, a desayunar, que tiene ruido en la barriga. Vamos, que está que se muere de hambre —me dijo, y una carcajada brotó de mi interior.

—Tengo una idea: vamos a vestirnos y nos vamos a comer churritos con chocolate.

—*¿Colate? ¡Mamos, mamí, qué ico!* —Al escuchar la palabra «chocolate», se le iluminaron los ojos.

Nos levantamos de la cama. Como nos habíamos duchado la noche anterior, tan solo tuvimos que vestirnos. Yo elegí unas bermudas y una camiseta que había en el armario. Con mis zapatillas de esparto quedaban genial. Alicia se puso un vestido largo, de tirantes anchos, muy veraniego, con unas sandalias de tiras. A la niña le puso otro vestidito de los que le había llevado mi madre, con las sandalias que le compró en el aeropuerto cuando llegaron. Le recogió la melena en dos trenzas de boxeadora, que le encantaban, y ella se hizo una coleta. Sin maquillaje —solo se puso un poco de máscara de pestañas y brillo labial— cogimos la silla de la niña y salimos a la calle.

—¿Dónde va esta familia tan bonita? —nos dijo la señora Antonia al pasar por la lechería.

—*A pome colate, bisa Tonia* —le contestó la niña, causando una risa en todos.

—Es como para guardar un secreto, la niña —dijo Alicia, que llevaba el carrito mientras yo la abrazaba por los hombros.

—Esta va a ser la que me cuente a mí los cotilleos de tu casa. Qué bien me lo voy a pasar preguntándole cómo tiene el culo su papá —dijo Manuela, que también estaba allí.

—*Papá, culo goldo* —respondió ella, y todos rompimos en carcajadas.

Capítulo 32



Alicia

Ir por la calle con mi niña en el carrito y mi chico abrazándome por los hombros era como un sueño para mí. Si me llegan a decir esto hace tan solo unos días, habría acusado a quien fuera de borracho, como mínimo. Cogimos el autobús y nos fuimos al centro, donde hacían los mejores churros del mundo, a ver a mi amiga Mati y a mi amigo «el Gafas», como lo conocíamos todos.

Con los churros ya comprados, nos sentamos en una de las terrazas y pedimos un chocolate caliente, que no era lo más adecuado con el calor que hacía, pero sí lo que nos pedía el cuerpo. Por suerte —o más bien, por previsión— metí otro vestido en la bolsa del cochecito de la niña, además de un paquete de toallitas, porque sabía que se iba a poner fina de manchas, a pesar de que le puse uno de los baberos de plástico que le había comprado. Pero claro, el babero no le cubría ni los brazos ni las piernas.

Su querido padre —porque así lo veía ella— le enseñó a mojar el churro en el vaso de chocolate, y ella, encantada y asombrada a partes iguales, lo hizo. Si os digo que hubo chocolate hasta en el patio y la casapuerta, me quedo corta. El churro chorreaba por todas partes, los chorreones le llegaban hasta el codo, y tenía la boca completamente manchada, incluso los mofletes.

—Fátima, coge el churrito, que te voy a hacer una foto para mandársela al abuelo —le dijo Pablo mientras ella sonreía con el churro en la mano y el

chocolate ya por el codo. La verdad es que quedó una imagen simpatiquísima, y la puso de fondo de pantalla en su móvil.

Me dio mucha pena cuando mi niña preguntó si era para el abuelo Manuel. A mis padres los llamé para contarles lo de la niña, pero me escucharon como quien escucha llover. No me hicieron ni caso, hablando tonterías de que iban a adoptar un perro… Sería para dárselo a alguien cuando se cansaran, porque lo de cuidar a alguien no iba con ellos.

—Mi padre me está diciendo que vayamos a comer a su casa —me dijo Pablo.

—Por mí, perfecto, mientras no se hable de planear un viaje juntos, que luego salimos peleados —le contesté. No podía reprimir mi vena irónica.

—Eres una capulla muy grande, ¿lo sabes?

—¿*Mamá papulla*? —saltó la niña, y Pablo empezó a reír a carcajadas ante mi mirada de incredulidad.

—No, cariño. Mamá guapísima —le dijo él a la niña. Y es que teníamos que estar atentos a todo lo que se decía delante de ella: era como un loro de repetición.

—Pablo, como tenemos cita mañana para tramitar la documentación de la niña, me gustaría proponerte algo. Pero antes que nada, quiero que actúes sin compromiso, solo con lo que te dicte el corazón —le dije. Pretendíamos tramitarlo hoy, pero iba con cita previa y nos la dieron para el día siguiente. Mientras hablaba, él me miró extrañado.

—Me estás asustando… ¿qué ocurre? —preguntó con cierto tono de preocupación.

—Verás, me preguntaba si querías ser legalmente el padre de Fátima. Sé que es una gran responsabilidad, pero… no sé, me daba la impresión de que… —No pude seguir porque me interrumpió.

—Sí. Sería un honor para mí. Y esa responsabilidad no será tan grande, porque la compartiré contigo. Juntos seremos un equipo. Yo también quiero proponerte algo —me dijo, tomando mis manos.

—Ahora la que se está asustando soy yo —le dije, y la enana volvió a intervenir.

—¡*Tusto, tusto, no hay tusto*! —dijo, y ambos nos reímos al escucharla.

—Quiero que vivamos juntos. En principio, en tu casa, que es donde está todo listo para la niña. Pero si quieres que nos mudemos arriba cuando la obra esté terminada, por mí no hay inconveniente —me dijo. Entonces lo miré con una sonrisa.

—Esta tarde, cuando terminemos de comer en tu casa, podrías recoger tu ropa y llevarla hasta *nuestra* casa —le dije, haciendo especial énfasis en la palabra «nuestra», para que entendiera que era de toda la familia.

Estuvimos paseando por el centro, y le compramos a la niña unas zapatillas deportivas y otras para la playa. Al día siguiente, como teníamos la cita temprano, pensábamos ir un rato. La niña no conocía el mar, y queríamos ver su reacción.

Antes de dirigirnos a la casa de los padres de Pablo en taxi, decidimos hacer una parada en una freiduría muy conocida en la ciudad, famosa por su delicioso pescadito frito. Mientras tanto, Pablo aprovechó para llamar a sus padres y avisarles que no se molestaran en preparar nada especial, ya que nosotros llevaríamos la comida. Pero Paula ya había preparado un gazpacho fresquito y una ensalada fresca que complementarían perfectamente el pescado.

Mi niña no paraba de querer meter la mano en la bolsa, y es que era un pocito sin fondo. Desde que había descubierto otro tipo de comida, pues más todavía. La pobre, antes solo comía arroz, legumbres y poco más. Con los pocos recursos que tenían, lo sorprendente era que no les faltara un plato de comida a ninguno de los niños del centro.

—Toma, mi amor. —Le sacó su padre una croqueta, soplándola antes para que no quemara. El primer bocado le supo a gloria, y abrió los ojos sorprendida por el sabor.

—¡*Qué ico*! —exclamó cuando tragó el trozo.

—¿Te han gustado las croquetas? —le pregunté, para que se fuera familiarizando con los nombres.

—*Trotetas iquísimas* —dijo en su propio idioma, y el taxista se echó a reír por la forma en que lo dijo. Miedo me daba cuando al mes siguiente empezara el colegio, porque su profesora tendría que aprender a traducirla. A mí a veces ya me costaba, y eso que estaba acostumbrada a su manera de hablar. Así que no me quería imaginar a la pobre muchacha.

Llegamos a casa de sus padres. Todavía me costaba llamarlos suegros, sobre todo a Manuel, al que no me acostumbraba a quitarle el «don» de delante. Y es que habían sido muchos años dirigiéndome a él de esa forma.

—*¡Belito Mamuel! Papá trotetas… ¡qué icas!* —Fue lo primero que dijo nada más entrar. Y es que la misma conexión que tuvo conmigo, la experimentó con ese hombre. No sé si fue porque fue el primero en tirarse al suelo a jugar con ella o si notó que era una persona que le brindaría cariño. El caso es que, estando él delante, el resto del mundo desaparecía para ella.

—¿Has comido croquetas que te ha dado papá? ¿No me has guardado ninguna? —le preguntó Manuel con la niña en la falda.

—*¡Quiaro, tonto! ¡Musas!* —respondió ella con total naturalidad.

—¿Te has fijado en cómo les cambia el semblante a los dos cuando están juntos? —me susurró Pablo, y no pude más que sonreír y asentir con la cabeza. Mi niña había tenido mucha suerte. A pesar de haber perdido a sus padres, en España había encontrado una nueva familia que la quería con locura. Y eso no todos los niños podían decirlo.

En ese momento entró Paula con una bandeja en la que había puesto el pescado, y Manuel se levantó para ir a la terraza. Trajo con él una trona de madera que le habían comprado a la niña. Luego podría convertirse en una silla cuando fuera más mayor.

—¿Y esto, de dónde lo habéis sacado? —pregunté sonriendo. A cada minuto que pasaba me sorprendían más.

—Pues cuando os dije que vinierais a comer, nos dimos cuenta de que la niña no iba a llegar a la mesa. Así que, para que todos pudiéramos ser un poquito más independientes a la hora de comer, me fui corriendo al centro comercial y la compré.

»Mientras no veníais, la he montado. Por cierto, en la lechería de Antonia os he dejado otra para vuestra casa… pero esa que la monte su padre con sus… herramientas —dijo Manuel, haciéndonos reír a carcajadas por la cara que puso. El montaje de la dichosa trona le debía haber costado un huevo y medio.

—No te preocupes, papá, que yo la monto —le dijo Pablo, y la niña lo miró, analizando lo que acababa de oír.

—*Él no papá, papá tú. Él belito Mamuel* —le dijo a Pablo, que sonrió ante sus palabras. Todos nos miramos sabiendo que diría una de las suyas.

—Pues ya sabes… ahora eres el *belito Mamuel* para todo el mundo —le dijo a su padre, que lo miraba con orgullo. Y es que, con la niña, se le caía la baba—. Hablando de eso, Alicia me ha propuesto que sea el padre legal de Fátima. Y lo voy a hacer. No hay nada que me haga más ilusión que eso —explicó Pablo. Tanto su padre como su madre se mostraron muy orgullosos de él por el gesto que había tenido con la niña.

—Bueno, hijo, te habrás dado cuenta de que, después de hacer eso, has ganado la apuesta, ¿no?

—¡Ostras, la apuesta! Ni siquiera me acordaba… ¡Gracias, *belito Mamuel*! —le dijo Pablo, y todos estallamos en carcajadas, la niña incluida.

Mi hija no le hacía ascos a ninguna comida. Paula le dio a probar el gazpacho, que le encantó; decía que estaba *«fesquito»*. Con la ensalada no nos atrevimos, aún la veíamos muy pequeña, pero el pescado lo devoró. Y de postre, se comió una naranja, que tampoco había probado nunca. Después de comer, apoyó su cabecita en el hombro de Manuel —los dos sentados en el sofá— y se quedó dormidita.

Aprovechamos ese tiempo para guardar toda la ropa de Pablo, que se trasladaría a vivir a mi casa. Hoy nos llevaríamos la de verano, y la próxima vez la de invierno, porque con toda no íbamos a poder. La metió en dos maletas. Por suerte, no tenía tantos trajes de chaqueta como su padre; si no, habríamos tenido que hacer más de un viaje.

Nos despedimos de ellos y nos pusimos rumbo a casa. Primero subiríamos eso, y luego bajaríamos a por la trona, porque en nuestro barrio ninguno de los edificios tenía ascensor. Menos mal que vivíamos en un primero. La mitad de mi armario estaba vacío, al igual que el de la habitación que usábamos como cuarto de juegos, donde guardaríamos todos los abrigos. Pablo se puso a ordenar la ropa como a él le gustaba.

Mientras tanto, yo le di la merienda a la niña, que se había sentado en el sofá a ver los dibujos animados. Le hacían muchísima gracia los del gato y el ratón; se partía de risa cada vez que el ratón le hacía algo al gato, y viceversa.

Al rato se fue al cuarto de juegos a pintar. Todo lo que tenía en el escritorio de su dormitorio —al ser tan pequeña— lo trasladamos allí. Le habíamos comprado una mesita pequeña con una silla, redonda y de madera, en la que se podía mover y levantar sin ayuda de nadie. Estaba acostumbrada a jugar sola, aunque a veces requería nuestra atención para jugar con ella, cosa que los dos hacíamos encantados.

—Ya está todo colocado. ¿Voy haciendo la cena mientras bañas a la niña o prefieres que lo hagamos al revés? —me preguntó Pablo cuando llegó al salón, donde habíamos trasladado la mesa de la niña y estábamos las dos pintando.

—No, me parece bien. Recogemos esto y nos vamos a la ducha —le dije.

Mi niña, al escuchar que había que recoger, no se hizo de rogar. Guardó todos los colores, cada uno en su cubilete, y los llevó hasta el cuarto de juegos, donde me esperó para que yo llegara con la mesa y colocar todo encima, de la manera más ordenada que encontraba.

Capítulo 33



Pablo

Aquella noche me di cuenta de que éramos una familia. *Mi* familia. Y eso me compensaba más que todos los momentos de sexo desenfrenado y juerga que había vivido hasta ahora.

Ya habíamos arreglado el tema de la documentación de la niña y ahora estábamos esperando que llegaran los papeles que indicaban que yo también era su padre. Aunque ya tenía mis apellidos en su DNI: Fátima Ortiz Rubio. Así se llamaba mi pequeña.

Ese día, la gestoría abría de nuevo sus puertas, aunque Alicia no se incorporaría hasta que la niña empezara el colegio. Por eso había ido a intentar matricularla en el mismo centro en el que ella había estudiado, uno concertado que no quedaba muy lejos de casa.

—Arreglado lo del colegio —me dijo al entrar por la puerta de mi despacho aquella mañana. Le había dicho que fueran a desayunar conmigo cuando lo tuviera todo listo.

—Pues entonces, ya lo tenemos todo, ¿no? —le pregunté, aunque sabía la respuesta. Me gustaba escucharlo de sus labios.

—Nos falta el uniforme y los libros. Los materiales se los dan en el colegio... previo pago, por supuesto.

—No hay mucho trabajo, así que vamos a marcharnos. Desayunamos y luego vamos a por esas cosas. Te habrán dado una lista, supongo.

—Claro, aquí la tengo. Por cierto, ella se ha quedado fuera charlando con Míriam. En cuanto la ha visto, ha saltado a sus brazos —me explicó,

sonriente. Ni me había dado cuenta de que la niña no había entrado.

Salimos del despacho y, efectivamente, allí estaba ella, rodeada por todo el personal de la gestoría, que la estaba colmando de atenciones.

—*¡Papi! Mi cole, shulo shulo* —me dijo cuando la cogí en brazos para darle un beso.

—¿Sí? ¿Te ha gustado? —le pregunté, y ella asintió con la cabeza.

—Chicos, ya no vuelvo hasta mañana, que tengo gestiones que hacer. Cualquier cosa, me llamáis al móvil.

Nos fuimos hasta el centro comercial para comprar lo que necesitaba, y lo hicimos dando un paseo. La mañana no estaba excesivamente calurosa, así que, caminando por la sombrita, se iba de lujo.

Os preguntaréis cómo iba la obra de mi casa. Pues os diré que ya estaba terminada. Estábamos pensando si unir las dos viviendas por medio de una escalera interior, tipo dúplex, o si hablar con la vecina de Alicia —una mujer mayor encantadora— por si le interesaba hacer un trueque, y así poder unir ambos pisos, aunque eso implicara volver a hacer reformas.

—Pablo, he estado pensando que, de momento, con la casa que tenemos hay suficiente para los tres. Tu piso podrías alquilarlo y así tener un sobresueldo para tus gastos —me dijo mientras nos dirigíamos a la zona de restauración del centro comercial. Entre unas cosas y otras, se nos habían hecho las tres de la tarde.

—No necesito el dinero, Alicia. Si lo hiciera, sería para abrirle una cuenta a la niña e ir ingresando ese importe para ella. Para que el día de mañana tuviera algo de estabilidad económica… o para sus estudios universitarios —le respondí, justo cuando recibí una llamada de Mauro. Y entonces, me vino a la cabeza lo que habíamos hablado en el chalé.

—Hola, Pablo, ¿qué tal todo? —me preguntó al descolgar.

—Hola, Mauro. ¿A qué debo el honor de esta llamada? —respondí con guasa. Pero noté cómo Alicia fruncía el ceño. Supongo que se acordaría de lo de Sofía. No habíamos vuelto a hablar del tema.

—Es por lo del piso… Joder, me sabe muy mal, pero es que no encuentro nada que pueda pagar con el sueldo de un profesor. Lo mínimo que me piden por un alquiler medio decente son setecientos euros. Y entonces tendría que estar todo el mes comiendo macarrones —dijo.

Aquello último me hizo soltar una carcajada que casi despierta a la niña, que se había quedado dormida después de comer.

—¿Estás ya por aquí?

—Sí, estoy cerca ahora mismo.

—Pues vente a la zona de restauración del centro comercial. Te esperamos aquí y hablamos con tranquilidad.

—Perfecto. En quince minutos estoy allí.

Alicia me miró, queriendo saber qué era lo que quería Mauro. Al principio pensé en hacerla rabiar un poco, pero estábamos demasiado bien como para fastidiarlo, así que le dije la verdad.

—Pues ahí tienes a tu inquilino. Ponle un precio razonable, explícale la situación y verás cómo lo entiende —me dijo ella, pero yo no lo tenía tan claro.

—Ya, pero es que le dije que no le iba a cobrar nada…

—Pero eso era cuando pensabas vivir ahí. A no ser que ahora hayas cambiado de opinión y quieras volver a tu casa, que tampoco me importaría —me dijo, y eso me dolió.

—¿No te importaría? Pues a mí sí que me importa. Y ese comentario que has hecho… también —le respondí, molesto.

—¿Ya vamos a empezar como antes? Mira, Pablo, lo que te he querido decir no es que no me importe que dejes de vivir con nosotras, sino que, si necesitas espacio, si la situación te abruma, te entiendo. Y no me voy a enfadar si quieres vivir arriba con tu amigo o compañero. Somos adultos. No voy a dejar de quererte ni vamos a dejar de ser pareja, por eso —me explicó con más paciencia que el Santo Job.

—Perdóname. Tienes razón. Me he enfadado por nada, pero no es eso lo que quiero. No podría vivir alejado de vosotras, sin vuestros besos, sin tu pelo enredado en mi cara por las mañanas… Son cosas que se han vuelto imprescindibles para mí —le dije, tomando sus manos por encima de la mesa.

Y justo en ese momento, me di cuenta de que Mauro se acercaba. Pero no venía solo. Venía con Sofía. Y eso me incomodó. No por mí… sino por Alicia.

—Buenos días, compañero —me dijo Mauro, y me acerqué a darle un abrazo.

—¿Y yo qué, no me vas a saludar? —dijo Sofía, con un tono tan insinuante que me molestó incluso a mí. Le di dos besos, aunque ella intentó que fueran en la boca, girando ligeramente la cara. Por suerte, me di cuenta a tiempo de su gesto. Aun así, el segundo beso cayó muy cerca de la comisura de sus labios.

—Buenos días, yo soy Alicia —se presentó mi chica, visiblemente molesta por la actitud de Sofía, que la miró de arriba abajo y la ignoró por completo. No así Mauro, que se acercó y le dio dos besos.

—Chico, pues vengo a acoplarme con vosotros en el piso, que mi casera lo vende y me tengo que ir de allí en una semana —explicó Sofía, dirigiéndose solo a mí con la mirada.

—Pues la propuesta ha cambiado, porque ahora vivo con mi chica y con nuestra hija. Así que quería proponerle a Mauro el alquiler de mi casa: quinientos euros, más los suministros. La cuota de la comunidad va incluida en el precio —dije, intentando dejar claro el terreno, mirando a Alicia con una sonrisa. Ella me la devolvió, pero su expresión no era sincera. Estaba muy molesta, y con toda la razón.

—Joder, y a mí que me apetecía que compartiéramos vivienda… como los días en el chalé de Kevin. Y a ser posible, exactamente igual —me soltó Sofía, mientras me acariciaba el brazo.

Ese gesto, sumado a sus palabras, me dejó descolocado. Y Alicia no aguantó más: se levantó.

—Pablo, me voy a dar una vuelta para ver si la niña necesita algo más. Cuando termines, me llamas. Buenas tardes, Mauro, encantada de conocerte —dijo, y se marchó, ignorando a Sofía, igual que ella lo había hecho con Alicia minutos antes.

—Eres una hija de puta, ¿a qué ha venido eso? —le solté, bastante enfadado.

—Mira, ni esa niña es tuya, por mucho que tú lo digas, ni esa mujer te merece. Es una maleducada que se cree por encima de los demás.

—La niña es tan mía como de ella, ¿te estás enterando? Y si alguien no se la merece, ese soy yo. Pero a ti no tengo que darte explicaciones. Mauro,

ya conoces mi propuesta. Pero no se hace extensiva a ella. Lo siento, pero me ha demostrado que no se puede confiar en ella, que no es mi amiga.

—¿Cómo voy a ser tu amiga? ¿Sabes qué aprendí de ti en esos días? Que, además de que follar desestresa, no voy a encontrar otro hombre como Luca. Así que cuando alguno me guste y me haga gemir en la cama como tú lo hiciste, voy a ir a por él. Y me dan igual las circunstancias —me soltó, orgullosa, como si eso fuera una virtud. Orgullosa de lo que había dicho, pero más aún de la mujer en la que se había convertido, dejando atrás esa inocencia que, justamente, era lo que más me gustaba de ella.

—Pues conmigo lo llevas claro. Ya la perdí una vez y no voy a ser tan imbécil de hacerlo de nuevo —le dije. Le di la mano a Mauro, esperando su respuesta, y me marché a buscar a Alicia.

La llamé varias veces, pero no contestó. Empezaba a desesperarme, hasta que vi a nuestra hija montada en uno de los caballitos de balancín de una exposición. Su madre no debía andar muy lejos. Justo entonces, me sonó el teléfono: era ella.

—Pablo, se me ha perdido la niña. Estaba mirando unos pantalones de deporte y, cuando miré al carro, ya no estaba. Llevo un rato buscándola y estoy desesperada. Voy a llamar a la policía —dijo entre sollozos.

—Para, para. Vente a la zona de juguetería, que está aquí. La acabo de encontrar. Pensé que estarías con ella. Te he llamado varias veces, pero no contestabas.

—Con los nervios, ni me he enterado, la verdad. Voy para allá.

Me acerqué a la niña, que me miraba con ojitos de culpa. Me agaché para hablar con ella y hacerle entender que eso no podía volver a ocurrir. Sabía que era muy pequeña, que no estaba acostumbrada a este tipo de cosas porque lo único que había conocido era su vida en el poblado, pero tendría que aprender que la ciudad no era igual, por mucho que esta fuera pequeñita.

—Fátima, ¿dónde está mamá? ¿Te has escapado? Eso no se puede hacer, cariño. Puede venir alguien y llevarte lejos. ¿Eso quieres? ¿No ver a papá y a mamá nunca más? —le dije. Y ella empezó a llorar.

—*No, papi… pendón* —se disculpó en su idioma, mientras se abrazaba a mí con fuerza. Justo entonces llegó Alicia.

—¿Te parece bonito lo que has hecho, Fátima? Me has dado un susto de muerte —le dijo con calma, sin gritar, hablándole en el mismo tono en que yo lo había hecho.

—Mamá, ya se ha disculpado. Y no lo volverá a hacer, ¿verdad, Fátima? —le pregunté. Ella asintió con la cabeza, la cogí en brazos y salimos del centro comercial rumbo a casa.

No hubo palabras feas. No hubo reproches. Pero sí hubo un silencio incómodo durante todo el camino. Ambos sabíamos que teníamos que hablar, que era nuestro deber aclarar todo lo que había pasado en el centro comercial cuando llegó Sofía. Pero ninguno de los dos dio el paso de empezar la conversación. Cada uno iba sumido en sus propios pensamientos, buscando la manera más adecuada de enfrentarnos a eso que tanto miedo nos daba: hablar. Hablar de verdad. Expresar nuestras dudas, nuestras heridas, nuestros sentimientos.

Capítulo 34



Alicia

Cuando vi llegar a esa mujer, algo me dijo que nos traería problemas, y su forma de hablar y de tocar a Pablo me lo confirmó. A pesar de ver la incomodidad en su rostro y en sus gestos, algo me hacía desconfiar.

—Buenos días, yo soy Alicia —me presenté, viendo que Pablo se había quedado tan en *shock* que ni siquiera había reaccionado. Mauro se acercó y me dio dos besos, pero la mujer que venía con él ni siquiera me miró, y eso me mosqueó. Muchísimo, además.

—Chico, pues yo vengo a acoplarme con vosotros en el piso, que mi casera lo vende y me tengo que ir de allí en una semana —explicó ella, mirando solo a Pablo, y tuve que morderme la lengua. Como esa mujer entrara en ese piso, el que salía del mío era él, lo tenía clarísimo.

—Pues la propuesta ha cambiado, porque ahora vivo con mi chica y con nuestra hija. Así que quería proponerle a Mauro el alquiler de mi casa: quinientos euros más los suministros. La cuota de la comunidad va incluida en el precio —les dijo Pablo a ambos, como intentando dejar claro que teníamos una relación. Me dedicó una sonrisa que intenté devolver, pero me salió más falsa que Judas.

—Joder, y a mí que me apetecía que compartiéramos vivienda, como los días que estuvimos en el chalé de Kevin, y a ser posible, exactamente igual —dijo ella, acariciándole el brazo como si no importara que él acababa de dejar claro que tenía una familia. Entonces ya no pude aguantar más. Vi la incomodidad en el rostro de Pablo, pero también me di cuenta de que no le

había parado los pies. No sé si por qué lo pilló de sorpresa o si no supo cómo reaccionar, pero ya tenía claro quién era esa mujer, y por ahí no iba a pasar.

—Pablo, me voy a dar una vuelta para ver si la niña necesita algo más. Cuando termines, me llamas. Buenas tardes, Mauro, encantada de conocerte —le dije, y me despedí de su antiguo compañero. Tenía que salir de esa espiral en la que estaba entrando o iba a tener que lamentar una desgracia. A ella ni siquiera la miré; la traté con la misma indiferencia con la que ella lo había hecho conmigo.

Me puse a pasear por el centro comercial sin rumbo fijo, intentando calmarme, porque llevaba un enfado que me quemaba por dentro. No era con Pablo, que más no pudo hacer. Incluso escuché cómo la llamó «hija de puta» mientras me alejaba. Pero no soporto a la gente que no respeta a los demás, sea en el ámbito que sea.

En un momento dado, me paré a mirar un pantalón de deporte que me había llamado la atención. Parecía muy cómodo para estar en casa en los días de frío. Cuando encontré mi talla y me giré para ir a pagarlo, vi que la niña no estaba en el cochecito.

Me puse a buscarla por los alrededores, sin dar con ella. En ese momento, todo pasó a un segundo plano: Pablo, esa mujer —creo que se llamaba Sofía—, incluso yo. Solo quería encontrar a mi niña y abrazarla, aunque luego le echara una buena bronca para que no lo volviera a hacer.

Dentro de la desesperación, pensé en llamar a Pablo. Quizá entre los dos daríamos con ella antes, y si no, llamaría a la policía. En esta ciudad esas cosas no solían pasar, pero se ven tantas noticias que me puse en lo peor. Al coger el teléfono, vi que Pablo me había llamado varias veces. Con los nervios, ni siquiera escuché el timbre.

—Pablo, se me ha perdido la niña. Estaba mirando unos pantalones y, cuando miré al carro, ya no estaba. Llevo un rato buscándola y estoy desesperada. Voy a llamar a la policía —le dije, corriendo y entre lágrimas.

—Para, para. Vente a la zona de juguetería. Está aquí, la acabo de encontrar. Pensé que estarías con ella. Te he llamado varias veces, pero no contestabas.

—Con los nervios ni me he enterado, la verdad. Voy para allá.

—¿Te parece bonito lo que has hecho, Fátima? Me has dado un susto de muerte —le dije a la niña en un tono pausado. No quería gritar ni hacer dramas, solo que entendiera que eso no podía volver a pasar. Tenía claro que Pablo ya había hablado con ella porque estaba abrazada a él y llorando a moco tendido. Así que no quise hacer más leña del árbol caído.

—Mamá, ya se ha disculpado y no lo volverá a hacer, ¿verdad, Fátima? —le preguntó Pablo, y la niña asintió con la cabecita, mirándome con los ojos llenos de lágrimas. Su padre la cogió en brazos y nos marchamos a casa.

¿Alguna vez habéis tenido la sensación de tener una conversación pendiente, pero el miedo te invade tanto que no puedes articular palabra? Pues así me sentía. Ninguno de los dos se atrevía a dar el paso, pero sabíamos que no podíamos dejarlo pasar. Supongo que intentábamos encontrar la manera adecuada para empezarla, una que no encendiera la mecha, que no nos estallara en la cara.

—Tenemos que hablar —dijimos los dos a la vez, nada más cruzar la puerta de casa.

—Fátima, cariño, ve a jugar con tus muñecas, que papá y mamá tienen que hablar —le dije, y obedeció. Pero a mitad de camino se paró, se volvió con los ojos llorosos y habló atropelladamente:

—*Tima… pendón… No pasa más… Tima quele quedar casa* —dijo, llorando, desconsolada. Pensaba que la íbamos a llevar de vuelta al poblado. Nada más lejos de la realidad.

—Tranquila, mi amor, no te vas a ir a ninguna parte. Te quedarás aquí para siempre, con mamá y papá. Nosotros no queremos hablar de eso, son cosas de mayores. Así que danos un beso y ve a jugar, que ahora vamos nosotros y jugamos contigo, ¿de acuerdo? —le dijo Pablo, y la niña nos dio un beso a cada uno antes de meterse en su cuarto.

Ya a solas, era el momento de hablar de lo que había sucedido, y fui yo quien dio el primer paso, dejando clara mi postura.

—No quiero a esa mujer cerca de ninguno de nosotros. No me gusta un pelo y no pienso consentir que la tengas como inquilina —le dije muy seria, sentada en el sofá.

—En eso estamos de acuerdo. Supongo que has deducido que se trata de la mujer con la que me acosté durante esos días. Pero tengo que reconocer que era una loba con piel de cordero. Me vendió una historia y una forma de ser que no corresponden con la actitud que he visto hoy.

»Tampoco la quiero cerca. Se lo he dejado claro, tanto a ella como a Mauro. Le he dicho que si no puede pagar el alquiler solo, que se busque otro compañero, pero que no sea Sofía. A ella no le voy a permitir el acceso a mi casa —me respondió sin dudar, y eso me gustó.

—No me ha gustado ni un pelo su actitud. Y aunque él ha estado correcto en todo momento, su mirada me decía que estaban de acuerdo. No sé cómo explicarlo —le confesé, y Pablo me miró sorprendido.

—Yo no he notado nada en Mauro, la verdad. Pero claro, tampoco he estado pendiente de él; me preocupaba más la invasión de mi espacio personal por parte de Sofía. Si no quieres que se lo alquile a él tampoco, no tengo ningún inconveniente. Lo único que quiero es que entre nosotros no haya problemas, que sigamos como hasta ahora, nada más —me dijo. Y tampoco era del todo justo lo que estaba sintiendo. Podía ser solo una percepción mía, equivocada y motivada por lo que me hizo sentir esa mujer. Así se lo hice saber.

—Tampoco creo que sea justo —añadí—. A lo mejor es cosa mía, que ya estaba predispuesta a pensar lo peor de todo el mundo. Porque, en realidad, Mauro no ha dicho ni hecho nada que avale mi teoría.

—Es muy noble eso que dices, y así lo haré. Tengo pensado hacerle un contrato solo, por lo que dure el curso. Si no hay problemas con él, el próximo se lo haré de dos años. Y si vemos cualquier cosa que no nos gusta, pues lo tengo fácil: no se lo renuevo y listo —me respondió Pablo.

Terminamos la conversación con un beso y un abrazo, y llamamos a la niña para cambiarla. En ese momento, el teléfono de Pablo empezó a sonar. Era su padre.

—Pablo, hijo, te llamo porque tu madre y yo hemos visto que hay una película en el cine de esos dibujos animados que tanto le gustan a la niña. Nos preguntábamos si podríamos pasar a recogerla para llevarla a verla —le explicaba a Pablo mientras él me miraba con un gesto de pregunta. Yo no vi por qué no. Además, así nosotros tendríamos un ratito para estar solos.

—Claro que sí. Además, está vestida, podéis pasar cuando queráis a por ella. Se va a volver loca —le dijo Pablo a su padre, justo cuando sonó el telefonillo. Eran ellos, que ya estaban abajo. Nos echamos a reír.

—Fátima, es el *belito Mamuel*. ¿Quieres irte con él y con la *bela* Paula? —le pregunté a la niña, que se puso a saltar de alegría.

—*¡Sí, sí, Tima con el belito Mamuel!* —gritaba entusiasmada. En cuanto lo vio en la puerta, salió corriendo y no se despidió de nosotros.

—Chicos, nos la llevamos. Cuando la traigamos ya será después de cenar, que la vamos a llevar a la hamburguesería después del cine —nos dijo su madre.

El abuelo se fue con la niña en brazos, y no quisieron llevarse ni el carrito. Lo que no sabían es que, en cuanto diera dos pasos, ya diría que estaba cansada y pediría que la cogieran. Por suerte para ellos, el cine y la hamburguesería estaban en el mismo centro comercial, así que solo tendrían que cargar con ella de vuelta.

En cuanto cerraron la puerta, Pablo se volvió hacia mí y me miró de una forma que anticipaba lo que se venía. Solo pronunció unas pocas palabras antes de acercarse y besarme con desesperación.

—Tenemos cuatro horas para nosotros. Así que me parece que vamos a encargarle un hermanito a Fátima —me dijo, antes de devorarme la boca como hacía tiempo que no lo hacía.

Es verdad que un hijo es una bendición, pero también lo es el tiempo a solas en pareja. Ese que cada vez se tiene menos y cuya falta, por mucho que uno no quiera admitirlo, puede terminar afectando. Nosotros lo sabíamos y tratábamos de evitarlo, encontrando pequeños ratitos para estar juntos, solo nosotros.

Capítulo 35



Pablo

Por fin nos habíamos quedado solos. Después de la conversación que habíamos tenido y del mal trago con la aparición de Sofía, sabía que esto era justo lo que necesitábamos. Por eso, cuando mis padres se fueron con la niña, tenía claro lo que iba a hacer. Solo pronuncié unas palabras:

—Tenemos cuatro horas para nosotros, así que me parece que vamos a encargarle un hermanito a Fátima —le dije, y me lancé a besarla.

Es cierto que la niña nos había unido como nunca, pero también necesitábamos nuestro momento como pareja, disfrutar del sexo como nos gustaba. No es que no lo hiciéramos mientras ella dormía, pero debíamos tener más cuidado. Un grito podía despertarla, y no queríamos interrumpir su sueño.

Fui al cuarto de baño, llené la bañera, eché sales minerales y un chorrito de ese gel que tanto le gustaba, el que dejaba un aroma a azahar que duraba todo el día. Descorché una botella de vino blanco que tenía en la nevera y cogí dos copas. Sabía que eran poco más de las seis de la tarde, pero quería que fuera un momento especial, un respiro para los dos.

—Su baño la espera, señorita Rubio —le dije desde el pasillo. Ella, sentada en el salón, me miró divertida.

—Espero que me acompañe, señor Ortiz —respondió con una mirada traviesa que me anticipó lo que pasaría en esa bañera.

—Y la lavaré a conciencia, no lo dude —la tomé de la mano y la llevé conmigo hasta el baño.

Empecé a desnudarme con tranquilidad, mientras ella me observaba, apoyada en la encimera del lavabo. Intentó empezar a desvestirse ella también, pero con un leve gesto de negación con la cabeza la detuve. Una vez desnudo, con mi miembro erecto y duro como una piedra, me acerqué a ella y la fui despojando lentamente de su ropa, mientras lamía y mordisqueaba su cuello.

Primero dejé caer su vestido a sus pies descalzos, luego desabroché su sujetador, que lancé sin mirar. Tomé uno de sus pechos y lo llevé a mi boca, succionando y mordiendo su pezón, antes de hacer lo mismo con el otro, mientras ella acariciaba mi erección con una de sus manos.

Bajé por su cuerpo, dejando un reguero de besos desde el cuello, pasando por la clavícula, el valle entre sus pechos y el vientre, hasta llegar a su sexo. Deslicé los dedos por el elástico de sus braguitas y se las quité. Con ella completamente desnuda y yo de rodillas, puse una de sus piernas sobre mi hombro y me dediqué a saborearla hasta que su piel se erizó. En pocos minutos, alcanzó el orgasmo con un grito sin pudor.

Después de eso y antes de entrar en la bañera, la giré, la puse de espaldas a mí frente al espejo, levanté un poco sus caderas y la penetré. Quise que el primer asalto fuera así, con la imagen de nuestros cuerpos reflejados, para que viera que para mí no habría otra mujer. Empecé lento, tortuoso.

—Más rápido, Pablo, más fuerte, te lo suplico —dijo, y sus deseos fueron órdenes.

—Como tú digas, mi vida —le contesté, acelerando el ritmo, hasta que los dos alcanzamos el clímax, ella con gemidos intensos, yo con un gruñido profundo.

Tras recomponernos, la tomé en brazos y la metí en la bañera, sentándome detrás de ella, recostándola sobre mi pecho. Con una esponja, empapé su cuerpo con agua caliente, impregnándolo del olor del gel. Ese olor —su olor— me enloquecía. Cada esencia huele distinto en cada piel, y en la suya, era simplemente adictivo.

Dejé la esponja y usé mis manos con gel para recorrer su cuerpo, lavándola como le había prometido. Al llegar a su sexo, Alicia abrió las piernas instintivamente, y al tocar su clítoris, ya sobre estimulado, soltó un

gemido que me llegó directo a la entrepierna. No paré hasta hacerla correrse otra vez, esta vez con mis dedos.

Entonces se giró, se montó a horcajadas sobre mí, y guiando mi miembro con su mano, se penetró. La dejé marcar el ritmo, mientras yo me lanzaba a sus pechos con ansiedad.

—Me estás matando, preciosa. Es una tortura… pero deliciosa —le dije, empujando con las caderas para llegar hasta el fondo y provocando otro grito de placer.

—Sigue, no pares —susurró mientras la sujetaba de las caderas y la movía a mi antojo. Ni loco pensaba parar.

No duramos mucho. Ambos estábamos deseándonos tanto que era imposible saciarse. Como dos imanes que no podían separarse.

El agua se había quedado fría, así que quitamos el tapón y abrimos la ducha para enjuagarnos. Pero nos enredamos de nuevo, esta vez con un sexo oral que me dejó los ojos en blanco.

Salíamos de la ducha, envueltos en albornoces, cuando sonó mi teléfono. No esperaba llamada alguna, así que fui al salón a mirar: era Mauro.

—Hola, Pablo, ¿estás ocupado? —preguntó.

—No puedo hablar una hora, pero unos minutos sí. Dime —contesté. Lo escuché resoplar.

—Lo que tengo que decir no es para hablarlo en unos minutos. Dime dónde y cuándo podemos vernos.

Sabía que algo no iba bien por su tono. No me gustaba hacia dónde iba la conversación.

—Pablo, no te preocupes. Queda con él y aclara las cosas. Total, ya hemos tenido nuestro momento especial —dijo Alicia, guiñándome un ojo.

—Está bien, te paso la ubicación. Hablamos tranquilos en mi casa, así de paso también la ves —le dije, dudando, pero sabiendo que tenía que hacerlo.

Ni diez minutos después, Mauro estaba llamando al portero. Le abrí y lo esperé en la escalera. Le propuse a Alicia que subiera con nosotros, pero se negó. Dijo que eso era entre él y yo, que ya me había dejado clara su postura: no quería a esa mujer cerca de nosotros.

—Subamos, estaremos más tranquilos —le dije.

—Sí, además prefiero que esto lo hablemos a solas —contestó, y algo se encendió dentro de mí.

—No tengo secretos con mi pareja. Si vienes a pedirme que Sofía comparta la casa contigo, la respuesta es no. Y un no rotundo —dije al cerrar la puerta tras nosotros.

—Es que no lo veo justo por tu parte, Pablo. Ella ha compartido conmigo su casa mientras que no encontraba nada, y ahora que me pide ayuda, ¿se la tengo que negar por qué tú quieras?

— Qué fuerte me parece eso que estás diciendo. Es mi casa, y en ella admito a quien a mí me dé la gana, no tengo que verme obligado a aceptar una cosa porque tú te veas en el compromiso. No la quiero cerca de mí ni de los míos, ya lo sabes.

—¿Y tampoco puedo invitarla a comer o cenar aquí? Si te alquilo el piso, podré traer a quien quiera, ¿no?

—No estoy diciendo eso, solo digo que el contrato lo pongo a tu nombre, que ella no va a tener esta dirección postal. Me ha costado mucho empezar de nuevo con Alicia, tenemos una hija en común, y no pienso joderlo todo por Sofía.

—¿Acaso te crees que ella te quiere para algo más que para echar un polvo? Porque entonces déjame decirte que estás muy equivocado. Conmigo también se ha acostado, ¿y qué? Entre Sofía y yo no hay nada serio, solo sexo ocasional. No renunciaré a eso por tus caprichos.

—Yo no la quiero ni para eso. Has venido hasta aquí, me has jodido el plan con mi pareja y ahora me echas en cara que si no follas con Sofía, es culpa mía.

—Es que es culpa tuya.

—Mira, déjame hablarlo con Alicia. Mañana te llamo y te digo algo. Ahora no puedo responderte.

—Antes no necesitabas consultar nada con nadie, y menos sobre algo que es de tu propiedad. En fin, los calzonazos también se hacen, no solo nacen —respondió. Si pretendía forzarme con esas palabras, estaba consiguiendo todo lo contrario.

—No me tientes a darte un no rotundo desde ya. Y ahora, si no te importa, me espera mi chica —le dije, haciéndole un gesto para que se

fuera.

Este no era el Mauro que conocí en el trabajo, ni el que estuvo dispuesto a ayudarme ese verano. Esta versión que acababa de estar en mi casa no la conocía. No sabía si el verdadero era aquel… o este. Y eso me hizo desconfiar.

Bajé y, al verme, Alicia supo que algo tenía que contarle. Frunció el ceño. Ya lo sabía: no le iba a gustar.

Capítulo 36



Alicia

Cuando lo vi entrar con esa cara —como si viniera de un velatorio—, blanco como la pared y resoplando, supe que se avecinaba una conversación complicada.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué traes esa cara? —le pregunté, esperando a ver qué me tenía que contar, porque sabía que lo haría.

—Pues no sé si vengo cabreado, indignado, o es una mezcla de las dos cosas —me respondió, resoplando.

—¿Tan mal ha ido? No me creo que haya salido tan mal. Según me habías contado, Mauro no es un tipo complicado, más bien todo lo contrario.

—Pues parece que me equivoqué con él. Te juro que, después de la conversación que acabo de tener, no lo reconozco, y lo que más me preocupa es que lo hayan manipulado.

—No entiendo a qué te refieres —le dije, acercándome con dos latas de refresco, porque pensé que las íbamos a necesitar, ambos —. Quizá si me explicas todo desde el principio, pueda ayudarte.

—Ha empezado echándome en cara que es injusto que él tenga que negarle la ayuda a Sofía solo porque a mí me da la gana. Que ha sido ella quien le ofreció su casa estos días y que, por mi culpa, no podrá seguir acostándose con ella. Porque esa es otra: por lo visto llevan acostándose desde que me fui del chalé. Dice que han llegado al acuerdo de seguir siendo amigos con derecho a sexo, y que yo seré el culpable de que ella se

busque a otros si no viven juntos —me contaba, mientras mi boca se abría cada vez más.

—¿Estás seguro de que están juntos? Porque si es así, no debería afectarnos como pareja. Lo único que quiero es que no se interponga entre tú y yo. Pero… si están juntos, ¿a qué venía ese toqueteo y esas insinuaciones hacia ti?

—Pues eso es lo que no me cuadra, Alicia. Le he dejado clara una cosa: si quiere vivir en mi casa, el contrato lo haré solo a su nombre. Ella no aparecerá en ninguna documentación, y mi relación será exclusivamente con él. Ahora bien, una vez que viva ahí, no puedo prohibirle que invite a quien quiera, por mucho que me fastidie.

—Es que no lo entiendo. Si estoy con alguien, no permitiría que, delante de mí, coqueteara con otra persona… a no ser que todo sea mentira y le haya prometido algo por ayudarla, que también puede ser —le dije, confusa.

—¿Sabes qué me dijo cuando le comenté que debía hablarlo contigo? —me preguntó, y negué con la cabeza —. Que me he convertido en un calzonazos, que antes ni se me habría ocurrido consultarlo con nadie, y menos algo que se supone que es solo decisión mía, al ser mi propiedad.

—¿Ese tío sabe lo que significa consensuar en pareja? Porque no pretendo decidir sobre tu casa, pero sí puedo expresar lo que me molesta. Aunque, por supuesto, la última palabra la tienes tú.

—He pensado hacerle un contrato hasta final de año, lo que sería el primer trimestre, y, según su evolución, ya veré.

—Eso es una tontería, Pablo. Al ser tan corto, lo más probable es que no la traiga más que de visita, pero en cuanto renueves, la meterá sí o sí.

—También tienes razón. Estoy hecho un lío —me dijo, pasándose las manos por el cabello, desesperado.

En ese momento, sonó el timbre y escuchamos la voz de la niña hablando con el abuelo. Al abrir la puerta, ambos traían puestas unas orejas de peluche del dibujo animado, y la abuela venía cargada de bolsas con cosas que habían comprado.

—*Mami, mira, belito Mamuel y Tima iguales. Bela Paula no podía*.

—Claro, porque la abuela Paula tenía ya el pelo recogido, pero el *belito Mamuel* tenía que echarse el flequillo hacia atrás —dijo Pablo, que ya se

dirigía a su padre como lo hacía la niña. Este lo miró y ambos soltaron una carcajada, ya que, en realidad, el flequillo brillaba por su ausencia.

Pablo habló con su padre sobre el alquiler, mientras Paula, la niña y yo íbamos a su dormitorio para sacar las cosas de las bolsas. Entre ellas había un peluche que simulaba la respiración, ideal para niños que se despiertan muchas veces, y que tanto a Pablo como a mí nos vendría de lujo para no tener que levantarnos por la noche.

—Hijo, eso solo puedes decidirlo tú. Si te sabe mal dejarlo en la calle después de haberle ofrecido tu ayuda, alquílaselo, pero renovable por trimestres. Así evitamos que él se vuelva a su casa y se te quede esa mujer ahí apalancada. De ese modo, no podrá quedarse durante el verano, y tampoco querrá estar haciendo maletas todo el tiempo. Seguro se buscará otra cosa —le dijo Manuel, y al mirarme, asentí. Era mejor que lo comprobara por sí mismo. Lo mismo y ni aparecía, aunque lo dudaba.

—Mañana hablaré con él y le pondré las cosas claras. Lo citaré en la gestoría para firmar el contrato —dijo Pablo, y yo estaba convencida de que era lo mejor.

La niña no paraba de hablar de la película, del cine, que ella llamaba «salón con Tablet grande». Era la primera vez que veía uno. Según los abuelos, ni parpadeó, no se movió en ningún momento y se reía a carcajadas cada vez que el muñeco hacía una travesura, contagiando al resto del público con su risa.

Esa noche, gracias al peluche de la abuela Paula, pudimos disfrutar de una nueva noche de pasión, donde las sábanas fueron testigos de la temperatura de nuestros cuerpos, de la lujuria compartida y del deseo con el que nos entregamos.

✣ ✣ ✣

—Alicia, mi amor, me voy a la oficina. Si puedes, acércate y desayunamos juntos —me susurró al oído, pero yo seguía dormida y le dije que mejor lo recogía para comer.

Poco después, la niña vino a buscarme diciendo que tenía hambre y quería churritos. Me levanté, la dejé sentada en el sofá con su biberón de

leche con cacao. Cuando no podía vigilarla, se lo daba allí porque, si no, la leche acababa por todo el pasillo. Le dije que me iba a duchar y que no se moviera. Podía estar tranquila: no se movía del sitio y la puerta de la terraza estaba cerrada con llave. Me duché rápido y cuando salí, estaba en el mismo sitio donde la había dejado.

—Fátima, ven que te vista, que vamos a ver a papá —le dije. Quería aprovechar los últimos días de mañanas juntas, porque el lunes empezaba el cole, y yo, en la gestoría. Después, solo tendríamos ratos en fines de semana o festivos.

—*Voy lando* —dijo corriendo por el pasillo.

—Volando, vas a salir el día que a mí se me crucen los cables —le respondí. Ella se reía, diciendo que yo no tenía cables, que no era una lavadora.

Aquel día amaneció especialmente caluroso. A veces hacía más calor en septiembre que en julio o agosto. Así que, en vez de caminar, preferimos ir en bus, ya que la parada estaba junto a casa y nos dejaba cerca de la gestoría.

Al llegar, Míriam y Marta estaban murmurando. Al vernos, el rostro de mi amiga cambió: se puso blanca, nerviosa, sin saber cómo actuar.

—¿Te pasa algo, Míriam? —pregunté, pero solo balbuceaba.

—No, nada… Es que Pablo está reunido con un compañero de su antiguo trabajo, no te va a poder atender…

—Sé quién es. Así lo saludo yo también. ¿Os importa quedaros con la niña un momento? —pregunté. No sabía qué, pero algo no encajaba. Me estaban mintiendo en la cara y no pensaba quedarme de brazos cruzados.

Me dirigí al despacho de Pablo y abrí la puerta sin llamar. Lo que vi me rompió por dentro, pero no dejé que se notara por fuera.

Mi marido estaba sentado en su sillón. Sofía, en ropa interior blanca y con las piernas abiertas, se encontraba sobre su mesa. Se suponía que él le estaba practicando sexo oral.

Me quedé allí. No salí. Quería que se le cayera la cara de vergüenza. Me hice notar. Pablo se descompuso al verme, os lo prometo, pero ya de poco me servía.

—Para la próxima, acuérdate de cerrar por dentro. Si en vez de yo hubiera sido un cliente, darías una imagen muy profesional —le dije, conteniendo las lágrimas. Una infidelidad era lo único que no podía perdonar, y él lo sabía.

—Alicia, te juro por Dios y por nuestra hija que esto no es lo que parece —decía, pero solo lo miré con asco. Me di media vuelta y me fui.

—Chica, no te vayas, únete a nosotros si quieres —dijo ella. Pablo respondió algo, pero no lo escuché. Cerré la puerta, cogí el cochecito de mi hija y me marché.

No sabía a dónde ir. Mi hija preguntó por su padre, y solo le dije que estaba trabajando. Nos fuimos solas a desayunar churros. Mi amiga me preguntó qué me pasaba, pero tan solo le dije que tenía dolor de cabeza, cuando en realidad me dolía el alma.

Le di los churros a la niña y seguí andando. Entonces me crucé con él. Intenté girarme, pero me sujetó del brazo.

—Alicia, por favor, escúchame. Entre esa mujer y yo no ha pasado nada, te lo juro —suplicaba, mientras yo lo miraba con tristeza. Pudo tener todo lo que siempre deseó y más, pero lo había tirado todo por la borda a las primeras de cambio.

—Estaba sobre tu mesa, abierta de piernas y en ropa interior. ¿Eres ginecólogo y no me he enterado? Porque si no lo eres, la situación habla por sí sola —le respondí, sin saber si reír o llorar.

Capítulo 37



Pablo

Había quedado en mi oficina con Mauro a las once de la mañana. Quería decirle que sí, que le iba a alquilar la casa por temporadas, dejándole claro que, una vez que terminara el curso, tendría que marcharse y dejarme la casa libre. Tal y como me había dicho mi padre, esa era la única solución para que esa mujer no se instalara allí definitivamente.

¿Cuál fue mi sorpresa? Pues que no apareció él, sino ella: Sofía, con un vestido abotonado por delante que dejaba muy poco a la imaginación. Me enteré de su llegada cuando Míriam me avisó de que tenía visita.

—Jefe, tiene visita. ¿La hago pasar? —me preguntó. Pensando que era Mauro quien había llegado, le di paso. Si lo hubiera sabido, no la habría dejado pasar ni por la puerta.

—¿Se puede saber qué coño haces tú aquí? —pregunté, bastante enfadado, al ver quién había abierto la puerta. En ese momento supe que no le alquilaría la casa, porque estos dos estaban compinchados, y la primera impresión de Alicia era cierta.

—Mauro no ha podido venir, tenía una reunión en el instituto y no se acordaba. Así que vengo yo en su representación. Me ha dicho que sea yo quien decida… —me dijo. Y cuando quise darme cuenta, la tenía encima de la mesa, medio desnuda y con las piernas abiertas. Os prometo que no fui capaz de reaccionar de ninguna manera. Me quedé petrificado, hasta que oí una voz. Su voz. Y me descompuse por completo. No sabía qué hacer ni qué decirle.

—Para la próxima vez, acuérdate de cerrar por dentro. Porque si en vez de ser yo la que entra, es un cliente, darías una imagen muy poco profesional —me dijo. En su rostro noté la decepción, la traición que parecía que yo había cometido, aunque nada de eso era cierto.

—Alicia, te juro por Dios y por nuestra hija que esto no es lo que parece. —Si dije tan manida frase, fue porque mi mente no procesaba lo que estaba pasando.

—Chica, no te vayas. Únete a nosotros si quieres —le dijo Sofía a Alicia, pero ella solo se dio media vuelta y se fue.

—Aquí la única que se tiene que marchar eres tú. Y en este preciso instante —le dije, cogiéndola por el brazo y lanzándole la ropa a la cara. La llevé hasta la puerta y la eché de allí.

¿Cómo sabía que en ese instante aparecería Alicia por la gestoría? No me quedaba otra que pensar que nos había estado espiando. Era demasiada casualidad que mi chica entrara justo en el momento en el que ella se colocaba de esa forma en mi escritorio.

Tenía que salir a buscarla, pero ¿a dónde iba? ¿A qué lugar me dirigía? Entonces me di cuenta de que, si Alicia había entrado sola al despacho, la niña se había quedado con Míriam. Y gracias al poder que tenía mi hija de contarle a todo el mundo sus planes, iba a poder saber dónde buscarla.

—Míriam, ¿dónde te ha dicho la niña que iba a ir? —pregunté, desesperado.

—Pablo, si pretendes que te lo diga, vas listo. Si quieres despedirme, hazlo, pero una vez le di la espalda a mi amiga y no pienso hacerlo de nuevo —me dijo. Noté dolor en su tono, no por ella, sino por Alicia, que había dado todo por nuestra relación, y pensaba que yo la había traicionado.

—Te prometo por mi hija que entre esa mujer y yo no hay nada. Por mucho que ella lo haya intentado o lo intente —le dije, al borde de las lágrimas. Al ver mis ojos acuosos, se apiadó de mí.

—Han ido a comer churros. Si te das prisa, igual todavía la encuentras por allí —me dijo. Salí corriendo sin el móvil, dejándolo todo en el despacho. Lo primero era, y siempre sería, ella.

Corrí literalmente desde la gestoría, como si me quemara. Miraba por todas las calles cercanas al puesto de los churros. Sabía cuál era, porque a

mi chica no le gustaban los de otro sitio. Aunque tenía claro que ella no probaría bocado, también sabía que no le daría a nuestra hija algo que ella no comería. Cuando casi me daba por vencido, las vi, y salí a su encuentro. Tuvo la intención de darse la vuelta, pero la sujeté del brazo y la frené.

—Alicia, por favor, escúchame. Entre esa mujer y yo no ha pasado nada, te lo juro —le supliqué. Su mirada, cargada de pena y dolor, me atravesó el alma. Ninguno de los dos había provocado esta situación, pero tenía que lograr que me escuchara.

—Estaba encima de tu mesa, abierta de piernas y en ropa interior. ¿Eres ginecólogo y no me he enterado? Porque entonces, si no lo eres, la situación habla por sí sola —dijo con ironía. Incluso enfadada, no perdía ese toque sarcástico que tanto me fascinaba.

—Solo te pido que me escuches. Si cuando lo hayas hecho quieres mandarme a la mierda, te juro que no te molestaré más —dije con la boca pequeña, esperando que no lo hiciera, porque me moriría si sucedía.

—Vamos a sentarnos ahí. Tienes exactamente cinco minutos, ni uno más ni uno menos. No quiero que luego se me acuse de malinterpretar una situación —me dijo. Aplaudí interiormente, porque tenía la oportunidad de explicarle todo.

Nos sentamos y le conté lo que había pasado: desde que Sofía entró en mi despacho hasta que la eché.

—Solo dime una cosa, ¿notaste que te seguían? —le pregunté, porque no tenía otra explicación.

—Esa sensación la tengo desde hace varios días, pero supuse que eran paranoias mías —me contestó, aún pensativa.

—No lo eran. Te ha estado siguiendo, conociendo tu rutina. Por eso sabía que llegarías a esa hora, porque es la misma a la que has venido todos estos días. Por eso montó el numerito. Te lo puedo demostrar: instalé cámaras en mi despacho hace unos meses, cuando tú te fuiste. No lo recordaba, pero si no me crees, te lo muestro ahora mismo —le dije, y tomé su móvil para acceder a las imágenes. Pero ella me tomó de las manos y me detuvo.

—Si no te creyera, no podría estar contigo de nuevo. Y si viera esas imágenes, sería señal de que no confío en ti. No quiero una relación basada en la desconfianza. Quiero la misma que tenemos, pero sin locas

obsesionadas con acostarse contigo, por favor —me dijo. Me sacó una sonrisa. Enmarqué su cara con mis manos y la besé, despacio, saboreando su boca, deleitándome con su sabor.

—Te amo, Alicia. Más de lo que te puedas imaginar.

—No tanto como yo a ti —me respondió. En ese momento supe que estaba perdido, que no podría vivir sin ella, sin sus besos y, por supuesto, sin su amor.

Decidimos dar un paseo hasta la gestoría, recoger mis cosas y tomarme unos días libres, hasta que Alicia volviera a trabajar y la pequeña empezara el colegio. Como el tiempo todavía era bueno para ir a la playa, fuimos a casa, nos pusimos los bañadores y salimos para allá. Sabíamos que seguramente mi madre estaría con sus amigas, así que también llamamos a mi padre.

—Papá, vamos a pasar el día en la playa con la niña. ¿Por qué no te vienes? Así te explico la jugada que querían hacernos esos dos sinvergüenzas —le dije, y le faltó tiempo para bajar con su nieta.

—Os espero abajo. No traigáis nada, que saco la sombrilla y las sillas del trastero, y paso por la tienda de Salan a comprarle un cubo y un flotador —nos contestó, sacándonos una risa a Alicia y a mí.

Al llegar a la playa, nos encontramos con que ya había montado todo el tinglado: dos sombrillas, las sillas y, como si eso no fuera suficiente, había comprado una piscina inflable y la había llenado de agua calentita para la niña. Mientras tanto, mi madre, que seguía jugando al bingo con sus amigas, se acercó al vernos llegar.

—Más de media hora lleva tu padre montando todo. Si se lo hubiera pedido yo, todavía estaría esperando sentada. Pero con su nieta no parte peras, hijo mío —nos dijo mientras nos acercábamos.

Era cierto: tenía devoción por su nieta, y ella por él. La conexión entre ambos era tan grande que nada ni nadie podría romperla. Estaba seguro de que perduraría en el tiempo, haciéndose más fuerte si cabía.

—Cuéntame qué ha pasado —me dijo mi padre, mientras ayudaba a la niña a meterse en la piscina. Mi madre ya le había puesto crema solar. Cuando estaban ellos, nosotros pasábamos a un segundo plano.

Le conté todo lo que Mauro y Sofía habían planeado. Mi padre me miraba serio, mientras que mi madre soltaba improperios. Por suerte, Alicia me creyó, porque mi vida habría vuelto a ser un desastre si la perdía otra vez.

A las dos, mi padre fue a pedir una paella y un surtido de pescado para llevar. Pensábamos subir a su casa, pero estábamos tan a gusto en la playa que decidimos comer allí. Menos mal que también había bajado la mesa. Me preguntaba cómo había hecho todo él solo, y eso me sacó una sonrisa.

El resto de la semana la pasamos igual: en la playa, comiendo allí, pidiendo comida o llevándola nosotros. Nos daban las nueve de la noche cada día, y solo nos íbamos porque oscurecía.

Casi sin darnos cuenta, llegó el primer día de colegio para Fátima. Allí estábamos todos, mis padres y nosotros, viéndola entrar con su uniforme, su pequeña mochila y su coleta alta, sonriendo y buscando su clase de la mano de su *seño*, mientras nos decía adiós con la manita.

Epílogo



Alicia

Cuatro años después…

Aquí estábamos, en la puerta del colegio, esperando a que la abrieran para entrar a la fiesta de fin de curso de Fátima, en la que saldría bailando vestida de hawaiana, con su falda de paja y su top de flores. Al abuelo se le caía la baba con sus dos nietos, pero en especial con ella.

Nuestro hijo, Manuel, estaba en brazos de su padre, y yo tenía la barriga hasta la boca. Pero mejor os cuento todo lo que ha pasado en estos cuatro años.

Mis suegros se cambiaron de casa y se vinieron al piso de su hijo, alquilando el otro a unos alemanes que se habían venido a vivir a la ciudad después de pasar unas vacaciones aquí. Coincidieron en el chiringuito una noche, en la que se enteraron de que buscaban una casa de alquiler. No lo pensaron dos veces: les enseñaron la suya y les pidieron tres días para hacer la mudanza, porque decían que así estarían más cerca de la niña.

Ese año, por Navidad, nos enteramos de que estábamos embarazados. Pablo y yo hicimos una apuesta: él decía que sería niña, y yo que sería niño. Nos apostamos la posibilidad de elegir el nombre. ¿Qué ocurrió? Pues que cuando nuestra hija Fátima vio la carita de su hermano en la ecografía 4D, dijo: «Qué bonito, mi hermanito Manuel», porque con las clases en el colegio y el contacto con sus compañeros ya hablaba bastante bien. Así que,

de nada sirvió la apuesta, porque el nombre lo eligió la niña. Manuel iba a cumplir ya tres añitos el mes siguiente.

Mis padres decidieron no conocer a sus nietos, y yo opté por dejar de tener contacto con ellos. La última noticia que tuve fue un ramo de flores con una tarjeta por mi cumpleaños, hacía ya cuatro años. Encima se equivocaron de día, porque lo enviaron un mes antes. No sé si se confundieron de fecha o de persona, porque la tarjeta era una de esas impresas que valen para todo el mundo, así que cualquiera sabía.

Pero a mis hijos nunca les ha faltado el calor de sus abuelos, porque Paula y Manuel se lo han dado a raudales. Nunca podré agradecerles todo lo que han hecho por ellos y por nosotros.

Tanto Pablo como yo seguimos trabajando en la gestoría: él al frente y yo como empleada. Infinidad de veces me ha dicho que me traslade al despacho de su padre para ayudarlo con la gestión, pero yo prefiero mil veces mi trabajo, así que no lo hago. Entre vosotros y yo, no tengo intención de hacerlo nunca.

Con respecto a nuestros amigos, Andy y Alejandro se habían casado el verano pasado y ahora están a la espera de formalizar la adopción de un niño. Ya lo han visitado varias veces; tiene tres años y se llama Alan. Solo les falta un trámite para poder traerlo a casa, y si todo va bien, le damos la bienvenida, la próxima semana. Al igual que hicimos con mi hija Fátima, todos contribuimos al montaje de su dormitorio y su cuarto de juegos.

Pedro y Míriam están separados, aunque siguen manteniendo una bonita amistad. Ella conoció a uno de nuestros nuevos clientes en la oficina, y fue un flechazo en toda regla. Llevan viviendo juntos unos meses y están pensando en ampliar la familia. En cambio, Pedro sigue como un soltero empedernido: hoy con una, mañana con otra. Dice que no sirve para vivir en pareja, o al menos que no ha encontrado a la mujer con la chispa que él necesita.

Julián y Vanesa siguen juntos, aunque ya no viven aquí. A Julián le ofrecieron un suculento puesto de trabajo en Londres, que no pudo ni quiso rechazar. Ella no se lo pensó y se marchó con él. Tienen dos inglesitos que son gemelos: Paul y John. Sus padres no se complicaron mucho con los nombres. De vez en cuando, o nosotros vamos, o ellos vienen, sobre todo en

verano y en Navidad. Aunque este año no sabemos si podremos vernos, porque a mí me queda una semana para cumplir con mi tercer embarazo, y ella está embarazada de cinco meses. Así que nos conformaremos con hablar por videollamada, como hacemos todas las semanas.

El tío Anselmo nos dejó el año pasado, pero antes disfrutó muchísimo de toda la familia. Al final, abandonó el apartamento tutelado y se fue a vivir con su hermano y su cuñada a su antigua casa, esa que Pablo había reformado de una manera exquisita. Una noche, después de cenar, se quedó dormido y no volvió a despertar. Para nosotros fue un duro golpe, porque ese hombre se hacía querer, sobre todo para mi suegro, al que Fátima ayudó mucho y contribuyó a su recuperación de la mejor manera que sabía: con su cariño y sus risas.

Nuestra Antonia sigue tan fuerte como siempre. Esa mujer parece eterna. Desde que tengo uso de razón, la recuerdo igual: cotilla, siempre bien arreglada y detrás del mostrador de su lechería, acompañada de su inseparable Manuela, a la que cada vez le cuesta más trabajo bajar las escaleras. Por eso decidieron vender sus pisos y comprarse uno juntas en la planta baja de mi bloque. Así que prácticamente vivimos todos juntos.

Estábamos viendo a mi niña bailar. Al abuelo se le caía la baba grabándola con el móvil, dejando escapar una sonrisa de orgullo que iluminaba su rostro. A su lado, su hermano Manuel aplaudía entusiasmado. El próximo año serían dos artistas a los que tendríamos que ver, ya que en septiembre mi niño empezaría también en el mismo colegio de su hermana, y en el que estudió su madre.

—Alicia, ¿te pasa algo? —me pregunta Pablo, mirándome muy seriamente.

—Nada, no te preocupes. Solo que, cuando termine de bailar la niña, sal corriendo a buscarla, que me acabo de poner de parto —le digo con una sonrisa.

Gira la cara hacia mí y sale corriendo a buscarla, entrando en medio del baile.

—¡Lo siento! ¡Su madre se acaba de poner de parto! —grita mientras lleva a la niña en brazos.

Yo me río a carcajadas por la situación y mi suegro sigue grabando todo con el móvil.

Desde luego, este vídeo va a ser uno de los más vistos en las Navidades en familia.

—No se te ocurra borrar ese vídeo, que me muero por ver de nuevo la cara de tu hijo —le digo sin poder parar de reír, mientras él está completamente descompuesto.

—¿Te apuestas algo a que le quito el móvil a mi padre y lo borro?

—Claro que sí. Vecino, ¿hacemos una apuesta?

FIN

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora